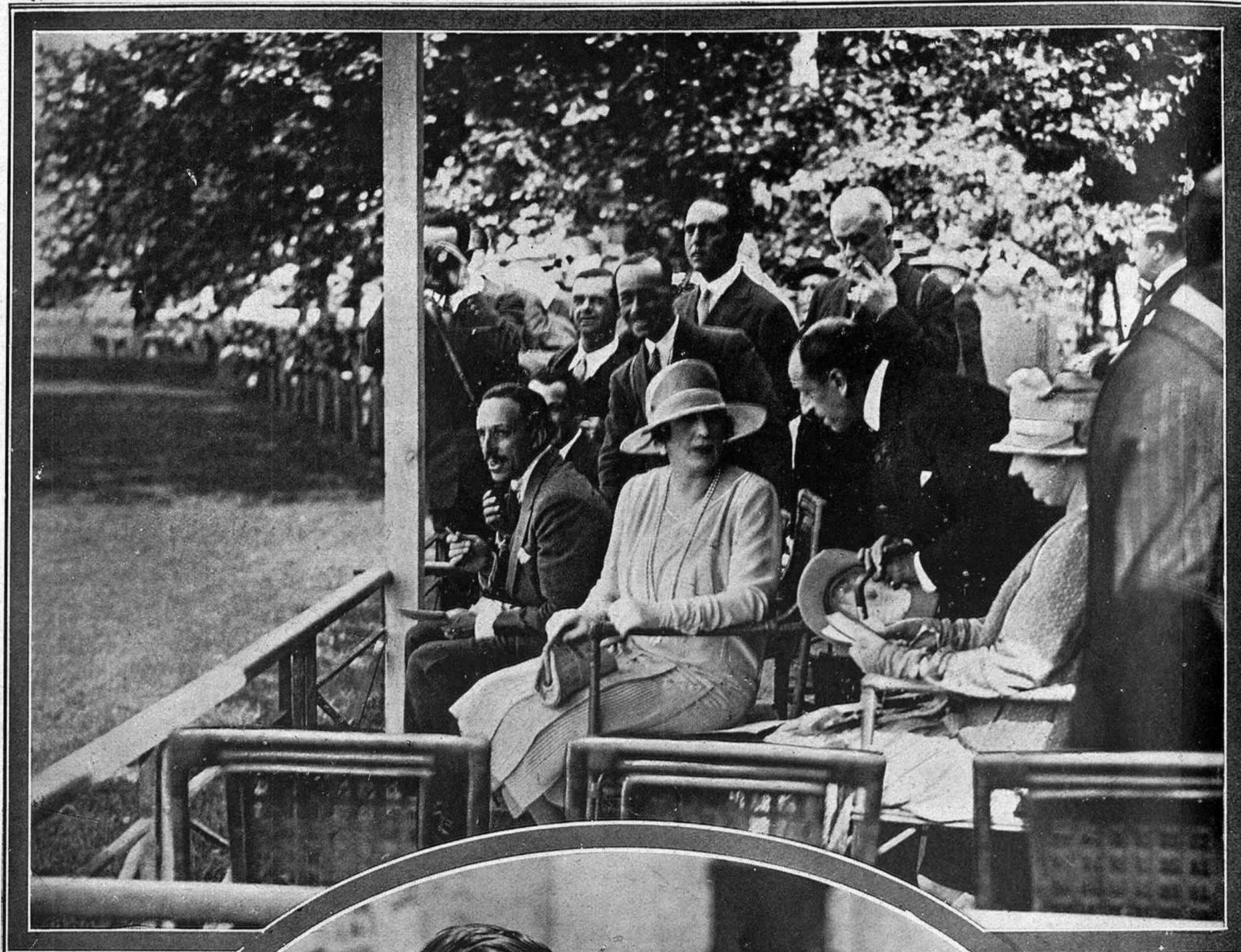




*Una nota de la estancia
del Príncipe de Gales
y su hermano en Sevilla*

Sevilla se ha vestido sus mejores galas para recibir al Príncipe de Gales y su hermano, que fueron á la incomparable ciudad andaluza acompañados de los Soberanos españoles. En honor de los ilustres huéspedes se han celebrado fiestas en que ha resplandecido la clásica gentileza sevillana, puesta de relieve una vez más con motivo de esta visita de las augustas personas. En la tarde del domingo último, SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria y los Príncipes de Gales y Jorge estuvieron en el Hipódromo presenciando las carreras de caballos. En nuestra fotografía aparece el heredero del trono inglés con su hermano paseando durante un descanso de la fiesta hípica. (Fot. Campúa)



Sus Majestades los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria en su tribuna del Hipódromo de Sevilla durante las carreras de caballos



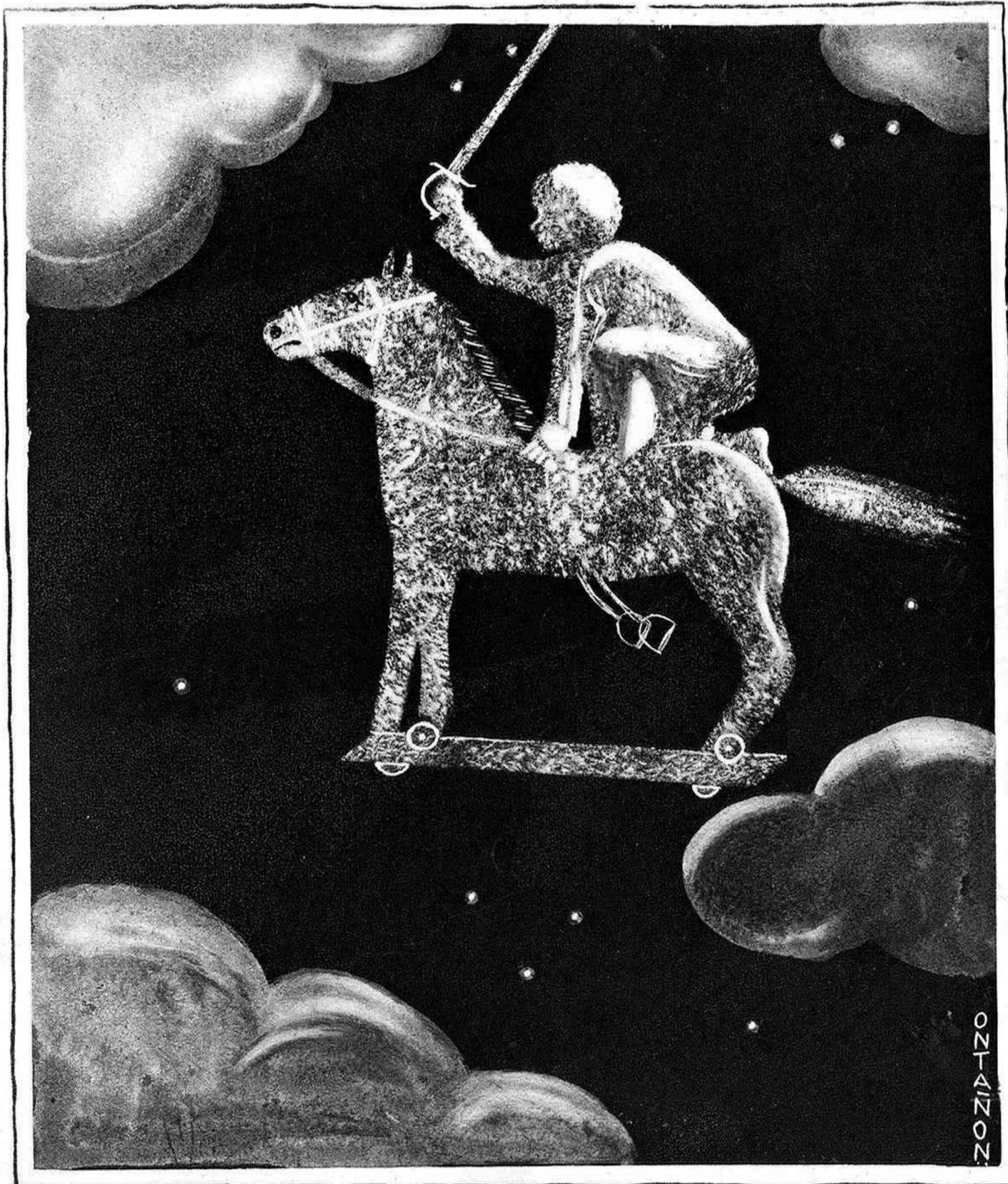
El Rey de España, Don Alfonso XIII, con el Príncipe de Gales, por las calles de Sevilla

(Fots. Campúa)

MAGNÍFICA cordialidad la que ha puesto Sevilla en la acogida cariñosísima dispensada á los soberanos españoles y á las ilustres personas extranjeras—el Rey de Suecia, primero, después el Príncipe de Gales—que este año han querido conocer la primavera sevillana. El recibimiento hecho á los monarcas y á los príncipes, y las

NOTAS GRÁFICAS DE LA JORNADA REGIA EN SEVILLA

manifestaciones de afecto que les han sido tributadas durante su estancia en Sevilla, han tenido no sólo el esplendor y la solemnidad oficiales, sino la efusión viva y espontánea del pueblo. En el Hipódromo, en la Feria, en las calles, los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, y los príncipes de Gales y Jorge han sido ovacionadísimos.



*Tengo un caballito—carrizo, cartón—
los ojos de brasa son chispas de sol.
Cuando llego á casa todo es vibración
é impaciente júbilo al oír mi voz.*

*Y si marchó á clase, triste, en el balcón,
parece decirme: "¡Adiós, niño, adiós!
Si escribes la plana y das tu lección
pronto volveremos á jugar los dos".*

*Caballito mío,
— carrizo, cartón —
hay risa de flores
en el verde alcor.*

*Corre, caballito
—carrizo, cartón—;
látigo ni espuela
tiene tu señor.*

POEMA DE NIÑOS

EL CABALLO

POR

JOSÉ MARÍA SABATER

(Dibujo de Ontañón)

*Acaricio sus crines de plata
y comparto con él la merienda...
Al final del pasillo le digo,
temblorosa la boca, en su oreja:*

*"Esta noche hay que ir, en un vuelo,
carretera adelante, á una cueva,
y apresar á la bruja que dice
si los niños no van á la escuela."*

*En lumbre de estrellas
galopa veloz
y cree que siempre
será vacación.*

*(Se rompió el caballo,
—carrizo, cartón—
y sorda la casa
sin él se quedó).*

ZOZIZOZ



Hortensia Gelabert, la bella primera actriz del Teatro Lara, en la obra de Martí Orberá «Las muñecas», estrenada recientemente con gran éxito, y en la que ha obtenido esta actriz uno de los más brillantes triunfos de su carrera artística

(Fot. Alfonso)

DESIGUALDADES

EN cualquiera de los teatros de la Corte va a estrenar un autor de primera fila, llámese Benavente, Linares, los Quintero, Marquina..., la obra que les ha sido solicitada insistentemente por la Empresa.

El autor escoge el momento que más le conviene, el mes, el día. La lectura de la obra es ya un acontecimiento que se apresuran a divulgar los actores de la Compañía en las tertulias de los cafés, siempre con elogio para la nueva producción.

El efecto ha sido magnífico; para la Empresa y para los cómicos aquello es lo mejor que se ha escrito para el teatro. Cada frase, cada situación, cada chiste, si la obra los tiene, han sido celebrados con unánimes y calurosos parabienes. Muchas de las cosas que escribió el comediógrafo sin creer que fuesen pensamientos trascendentales, ó ingeniosas agudezas, promueven un entusiasmo loco. Se vaticina á la obra un exitazo, principalmente por aquellos á quienes tocó en el reparto los papeles más importantes.

La Empresa se apresura á secundar la propaganda que iniciaron los artistas, y sobre la que insisten en todos aquellos momentos adecuados, haciendo publicar gacetillas rimbombantes en los periódicos más leídos, fijando bandas con gruesos caracteres y llamativos colores por esquinas y vallas.

En las proximidades del estreno el ditirambo arrecia, el anuncio se multiplica. Nadie puede ignorar que se estrena la nueva obra; se ha hecho en torno de ella una atmósfera tan favora-



ble, que los billetes para el estreno se agotan en contaduría con anticipación de una semana, y el público que acude á presenciarlo lleva una dosis de optimismo, de buena voluntad, que, á poco que la comedia le guste, bate palmas y pide la presencia del autor en el escenario; como no es fácil discernir si es efectivamente el entusiasmo del público, ó el de la claqué, el que realiza esta manifestación de complacencia, lo más piadoso nos parece atribuírsela al público, mientras con sus siseos ó sus protestas más pedestres no se decida á demostrarnos nuestro error.

La obra gusta, en efecto, ó pasa á duras penas, que es lo más corriente; pero ya la Empresa se ha cuidado de preparar unas gacetillas mucho más rimbombantes que las anteriores y unas bandas de mayor tamaño y con colores más vivos, asegurando que el éxito es el más clamoroso de la temporada, que es la obra cumbre del autor, que el teatro se llena todas las noches. A veces, la nerviosidad de la Empresa es tanta, que hace que algunas de estas gacetillas se publiquen antes del estreno de la obra, lo que demuestra el fundamento que suelen tener. Y durante muchos días, aunque las representaciones se efectúen con el teatro casi vacío, la propaganda sigue firme, hiperbólica, detonante, sin producir otro resultado, las más de las veces, que mermar considerablemente las disponibilidades económicas de la Empresa.

Pero se ha hecho por el autor y por la obra, y claro que por la taquilla, todo cuanto se puede hacer, más, mucho más de lo que el buen sentido y el tributo á la verdad aconsejan.

Además, para que el autor no se incomode, para que no niegue otra obra que quizá sea más afortunada, se le dan á la que está en cartel cien representaciones, á veces más, aunque las cincuenta ó sesenta últimas sean sólo para los acomodadores y los bomberos, que quieras que no han de asistir sin perder una.

•••••

Véase ahora la suerte que corre el autor nuevo, el trato que se le da por unos y por otros, las dificultades con que lucha para que su obra sea un éxito, aunque le guste al público.

Claro que al decir nuevo no me refiero en manera alguna al que no ha estrenado, al que no



MADAME MARCELLE GENIAT

Quien durante mucho tiempo formó parte de la Compañía Nacional de la Comedia Francesa, y que figura, como primera actriz, en la formación de Raphael Karsenty que actúa en el Teatro Fontalba

MADAME MARGUERITTE VALMOND

Bellísima dama joven de la Compañía Karsenty, de comedia francesa, que da á conocer en el Teatro Fontalba los últimos grandes éxitos teatrales de París

tiene un nombre y no cuenta en su haber con algunas obras aplaudidas, porque ese, el inédito, no estrena como no se decida á hacerse empresario, ó no cuente con influencias tan fuertes que puedan romper la barrera de hielo que se opone á todo el que intenta abrirse camino, por mucho que valga y muchos méritos que su obra tenga, porque ni se le atiende, ni se le guardan siquiera las consideraciones á que le hace acreedor su hoñrado y lícito propósito.

Aludo al autor que teniendo un nombre, habiendo estrenado ya algunas obras con éxito, pero no encontrándose aun consagrado definitivamente por uno de esos que hacen época y lo colocan á uno de un salto en la primera línea, cosa casi imposible en las deplorables condiciones en que suelen estrenarse sus obras, tiene aún que sucumbir á las conveniencias de la Empresa, que suelen estar reñidas con las del autor y con las de la obra.

En primer lugar, ésta se estrena en lo peor de la temporada, cuando el teatro está frío por los fracasos anteriores, ó simplemente por lo bajo de la temperatura, que retiene al público en sus casas por temor á las pulmonías, en cuaresma, cuando, en fin, los autores privilegiados no quieren de ningún modo dar sus obras nuevas y la Empresa carece de espectáculo con que atraer un poco la atención y no persigue otro fin que llenar el hueco hasta que llegue la épo-



MONSIEUR RAPHAEL KARSENTY

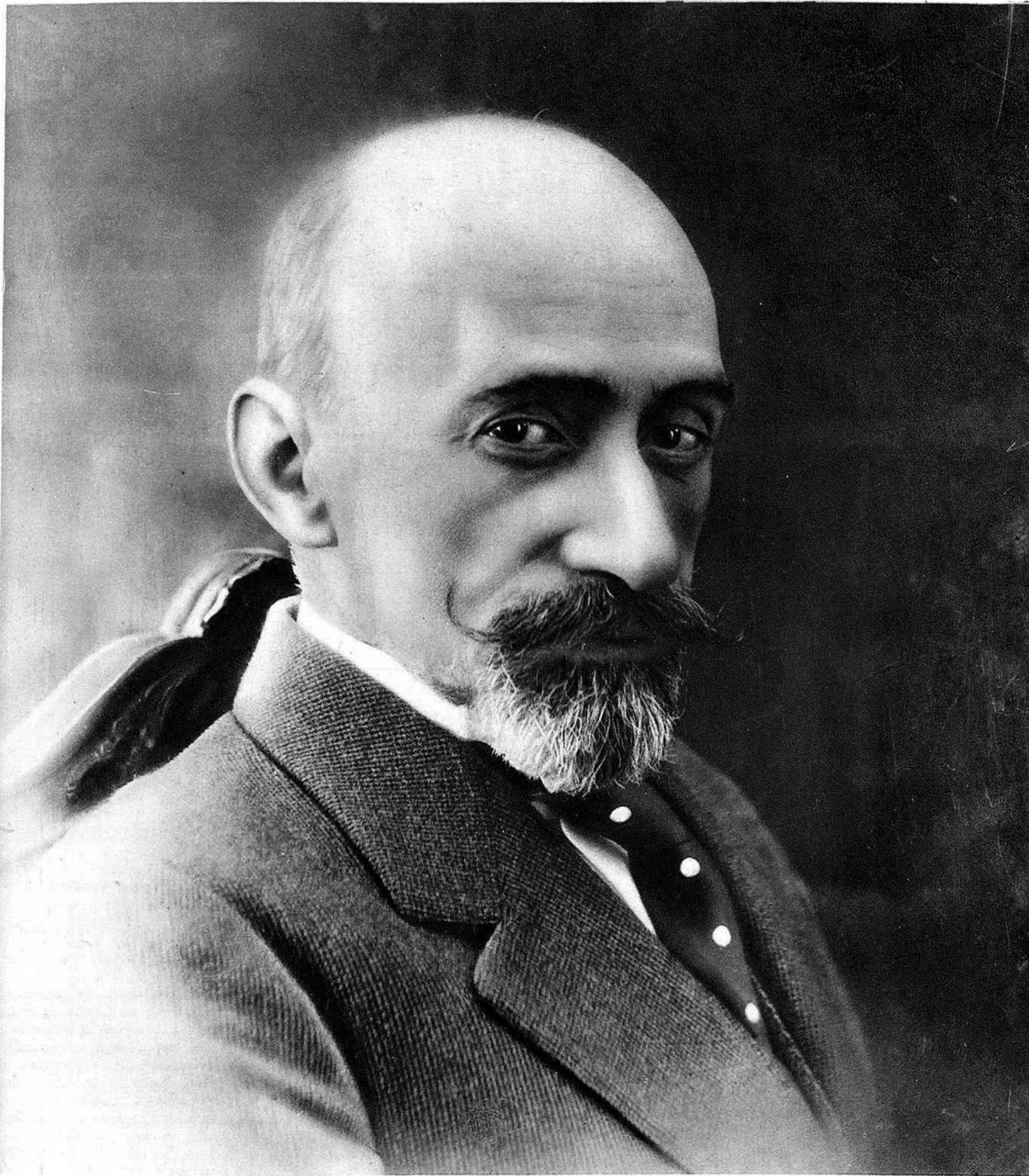
Primer actor y director de la Compañía francesa que se presenta al público madrileño en el Teatro Fontalba

ca en que al autor de campanillas le convenga estrenar su producción flamante.

En estas pésimas condiciones, precipitadamente, para ver si por casualidad se consigue ir sosteniendo el tinglado con menores pérdidas, ensáyase la obra, cuya lectura, para la que no puede haber expectación, soportan los actores como un sacrificio bien contrario á su voluntad, y sin que en tal ambiente de mal humor é indiferencia logre conseguir la atención debida y hayan, por el contrario, de pasar inadvertidas fatalmente las bellezas que pueda tener.

Como todos saben que las obras que se estrenan en esas condiciones no inspiran la menor confianza á la Empresa, ni tienen otro fin que el indicado, ó constituyen un enojoso compromiso que hay que cumplir á regañadientes, la obra se ensaya sin interés, desmayadamente, á veces con mutilaciones despiadadas y absurdas; y así llega el día del estreno, con grave peligro de que la frialdad de sus intérpretes se comunique al público y la haga fracasar sin merecerlo. Así se explican sorpresas tan inesperadas como las de *Juan José*, *La Dolores* y tantas otras en cuyo éxito nadie creía, y menos los actores y las Empresas, y luego asombró á todos, porque la virtud de las obras fué tanta, que logró imponerse á ese ambiente tan desfavorable, si no de franca hostilidad.

El estreno de estas obras se hace casi en secreto, sin previo anuncio, ó lo que es peor,



BENAVENTE, EL EXIMIO

Con su nueva y admirable comedia «El hijo de Polichinela», nuestro inmenso D. Jacinto vuelve á cosechar laureles inmarcesibles, como suyos. Benavente sigue siendo el primero, y tal vez sea, también, el único. Viejo ya, físicamente, muestra todavía una espléndida juventud espiritual que para sí quisieran los jóvenes que le discuten y detractan por afán de «pose» y de notoriedad, sin otro mérito que la audacia (Fot. Díaz Casariego)

con un anuncio vergonzante que hace pensar al público, acostumbrado á esas gacetillas ditirámicas y á esas tiras estridentes con que se hace el reclamo de las obras de primeras firmas, que ninguna importancia tiene la que se va á estrenar y ningún interés debe merecerle. Y, como es lógico, se queda en casa esperando á lo que le digan los periódicos al día siguiente del estreno, ó mejor aún, porque mayor fe les merece, los amigos que por casualidad la hayan visto.

La crítica va también al estreno de estas obras con un prejuicio desfavorable. Está en los secretos de entre bastidores, y no puede sentirse ins-

pirada por mayor interés que el bien escaso que demuestran la Empresa y los cómicos; y en tales circunstancias, ha de ser una obra verdaderamente magnífica para que logre el triunfo.

Siendo solamente estimable, naufragará indefectiblemente, aunque haya gustado y aunque merezca un verdadero éxito.

La crítica se ocupará fría ó desdeñosamente de ella, cuando no con insidia y crueldad injustificadas; la Empresa, si hace algún reclamo, seguirá haciéndolo con parquedad y timidez perjudiciales, porque para estas obras le duele el dinero que para otras despilfarra; y cuando, por

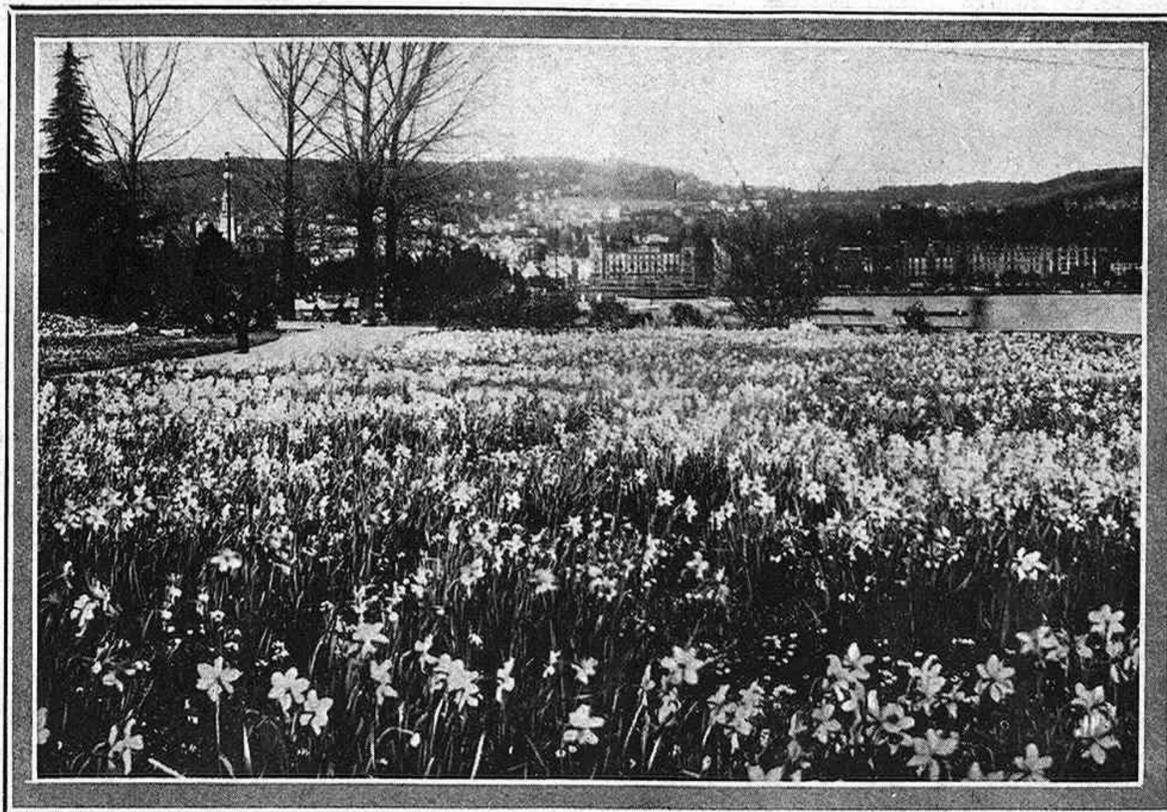
referencias de los pocos espectadores que hablen con elogio, el público comience á interesarse, la obra habrá desaparecido del cartel, cumplido el fin que con su estreno perseguía la Empresa, para dejar el sitio libre á la del autor consagrado, la única que merece todos los privilegios, á la que se dedican todas las atenciones y en la que se cifran todas las esperanzas.

Aunque no siempre son estas obras, como recientemente se ha visto, las que consiguen el verdadero éxito y salvan la situación económica del negocio teatral.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

FUERA DE ESPAÑA

LOS BELLOS JARDINES DE HAARLEM



Un hermoso campo de narcisos

VIAJANDO por Holanda, camino de Amsterdam, una atracción irresistible obliga á hacer un alto en Haarlem. A medida que se va acercando el tren, á uno y otro lado de la vía, van surgiendo pintorescas casas de campo y jardines maravillosos. Ya en la ciudad, cuando se interna uno en ella, va encontrando por todas partes canales, esos famosos canales holandeses que surcan todo el pequeño país. Y en esos canales, molinos de viento, puentes giratorios, barcos de pescadores con la vela desplegada, casas que se miran en las aguas dormidas.

En el centro casi de la ciudad, la plaza más abigarrada que pueda conocerse. Al fondo, la catedral, enorme y en cierto modo deforme edificio, en cuya torre suena un carillón. En torno á ella, según costumbre medieval, casas bajas y un edificio estrafalario, pero pintoresco, que tiene algo de estilo español y á la vez cierto aire de cosa exótica é indostánica. Los órganos de Haarlem son famosos. En ellos tocaron músicos tan insignes como Handel y Mozart. Pasan por ser los mayores del mundo.

La ciudad no es muy extensa. Calles con casas de ladrillos lavados, pintados, blanqueados; canales encerrados entre muelles plantados de árboles, por donde pasan barcas de rechoncho vientre. Muchas de ellas, tan bien conservadas están, que parecerían nuevas si su frontis no estuviera algo inclinado y si sobre las puertas no se leyera aquí y allá alguna fecha bastante remota: 1617, 1620, 1683.

Hay un barrio viejo hacia la puerta del Este, que tiene su historia, según cuentan. Allí habitan los pobres, en pequeñas casas todas parecidas, y que forman una calle entera. Esas viviendas las habitan los pobres gratuitamente. Una dama caritativa hizo ese legado en 1617 á los más desgraciados de Haarlem. Es un tipo de casa como la pintada por Ostade y por Teniers, y donde Rembrandt hizo entrar el rayo de sol que ilumina á la madre amamantando su hijo.

Desde lo alto de la torre de la catedral, el panorama que se divisa es espléndido. La

llanura se extiende verde, cortada por los bosques, por las aguas del Zuyderzee cercano, por las dunas de arena en el litoral no muy distante. Vienen á la memoria los paisajes de Ruysdaël.

Andando por las calles, se detiene uno para ver pasar un barco por el canal ó desfilar una de esas mujeres de la Frisa con su tocado pintoresco y sus adornos de oro.

Pero el verdadero encanto de Haarlem está en sus maravillosos jardines. El origen de éstos es interesante. Fueron un tiempo, siglos atrás, una ostentación de lujo en la burguesía adinerada. A la hora presente es una de las industrias más lucrativas, y son tantas las que tiene, con que se enorgullece Holanda.

La superficie que hoy se cultiva es de unas 1.400 hectáreas, convertidas en jardines.

En el siglo XVII, Holanda había llegado á alcanzar una prosperidad extraordinaria, y había dejado por el disfrute de la nueva riqueza sus antiguas costumbres patriarcales, que eran de suma modestia. Las modestas casas de antaño se habían convertido en suntuosas mansiones, en que las sedas, las púrpuras abundaban traídas de todos los países de Europa y del Asia lejana, adonde habían ido sus famosos navegantes. Cuadros, muebles, tapices, porcelanas, llenaban las estancias de esas mansiones burguesas, donde vivían con todo esplendor los negociantes acaudalados. Entonces éstos cayeron en la locura más extravagante. Dieron en cultivar los tulipanes. El tulipán era el lujo máximo. Había dos clases. Por una de ellas se llegó á pagar 4.400 florines; por la otra, 2.000. De uno de estos tulipanes, un día no quedaron más que dos ejemplares, uno en Haarlem y otro en Amsterdam. Todos trataron de comprarlos. Por un ejemplar se ofrecieron 4.000 florines y un carro con dos caballos provistos de magníficos arneses; por el otro ejemplar se ofrecieron unas buenas tierras de cultivo y una casa. Y no los quisieron vender.

A éste propósito se cuenta la anécdota, que debe ser más legendaria que histórica, del marino que, cansado de estar esperando al

armador del buque en que navegaba, viendo unas cebolletas sobre una mesa, pensó en matar el tiempo comiendo. En efecto, sacó un pedazo de pan del bolsillo, cogió una cebolleta y la mordió, y como la encontrara amarga, la tiró al suelo. Así hizo, una tras otra, con once. En esto llegó el armador y á palos echó al imprudente marino. Le había estropeado los tulipanes, y la broma le costaba más de treinta mil florines. *Si non e vero...*

Los campos de Haarlem, hoy día, no son más que inmensos y prodigiosos jardines. Pero ya no sirven sólo para el recreo, sino que sirven para el lucro. Son viveros de tulipanes, de jacintos, de narcisos y de otras muchas clases de plantas y flores.

Vistos desde el tren, esos jardines parecen tableros de damas con cuadros amarillos, rojos, blancos, color rosa. Son un derroche de color. Los ojos quedan extasiados contemplando tanta hermosura. En ningún sitio del mundo acaso se ofrezca al viajero un espectáculo tan magnífico.

Y ello es también una gran riqueza. Todos los años, desde fines de Marzo á fines de Mayo, Haarlem hace una Exposición de horticultura que atrae á gentes de todos los países. En esa época, todas las tierras de los alrededores de Haarlem se hallan tapizadas de flores.

El negocio es redondo. Bloemendaal ó Hillegom, las dos aldeas que más reputación tienen por los tulipanes, y Drerveen, la patria de los más hermosos jacintos, ganan cada una de ellas todos los años un millón de florines, más de dos millones de pesetas. La exportación se hace á Inglaterra, á Norteamérica y á Alemania. Pero en los libros de venta de los grandes cultivadores y exportadores de Haarlem figuran otros países como la Argentina, China, Japón, Africa del Sur, Australia, Rumania y Noruega.

Da pena viendo esos jardines de maravilla pensar que las flores se deshojan y que tantos y tan vivísimos colores se desvanecen para renacer de nuevo, en la eterna renovación de la naturaleza y de la vida.

ANGEL GUERRA

POSTALES DE TETUAN

LOS ENCANTOS DEL BARRIO MORO



El ensanche europeo de Tetuán con sus calles simétricas

PARA sorprender bien la belleza de todos los rincones de Tetuán «la blanca»—capital de nuestro Protectorado africano—, no basta una

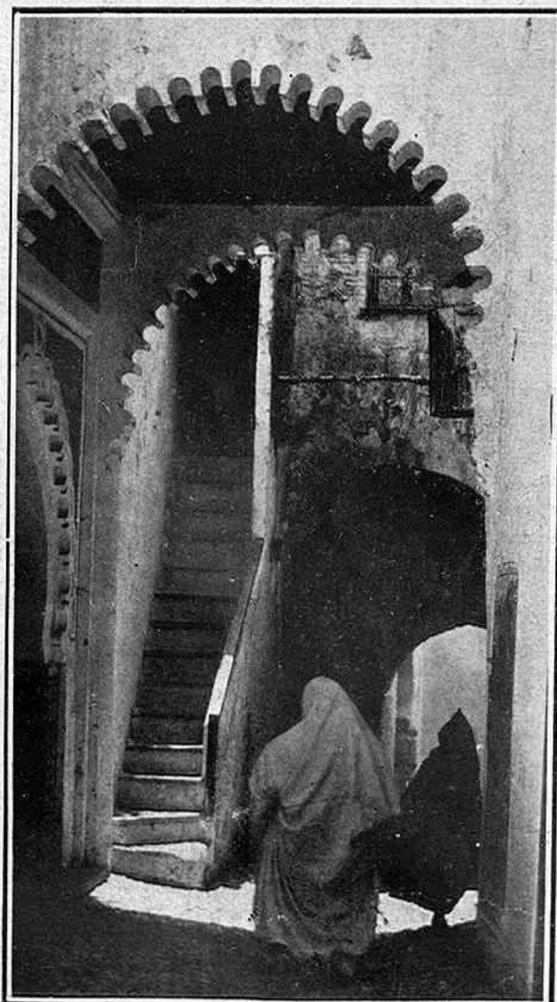
rápida visita de turista. Es preciso adentrarse por el dédalo de sus tortuosas callejas, suavemente veladas de sombras, y buscar, buscar siempre los contrastes de luz bajo los arcos que aunan la ciudad como en un laberinto sin fin.

Para admirar los encantos del barrio moro hay que alejarse de los ruidos de la ciudad nueva, del ensanche europeo, con sus calles simétricas y soleadas al pie del Yebel Dersa, pero poco defendidas de los vientos que cruzan el cañón montañoso de Beni Hosmar y Uadras para desembocar en el tierno valle del Martín y azotar con furia el caserío tetuaní, blanco y apiñado en rolde á la más alta mezquita, que se alza en medio del blanco enjambre, airosamente, como un vigía.

Hay que abandonar también el bullicio del zoco, donde concurren moros de toda la contornada, que vienen á primera hora de los aduares cercanos con los productos de la cabila: frutas, gallinas, carbón ánforas de manteca, de leche de ovejas, de miel, pellejos de aceite, tortas de zahína, cereales... Hay que huir de este hervidero del zoco, pleno de colores y de gritos, dominado sólo por el tintineo de las campanillas de cobre con que los aguadores moros anuncian su mercancía... Hay que ir á refugiarse á las calles escondidas del corazón de la morería, donde la luz entra discreta y suavemente por entre los arcos; en estas calles donde el silencio permite oír, tras las tupidas rejas, el bisbiseo de frases femeninas que se hacen así más atractivas y encantadoras, y que nos hacen alzar la vista para buscar inútilmente unos ojos negros de leyenda, velados por el encaje de estas rejas diminutas con que los moros ocultan sus mujeres al viandante...

Es en el silencio de este dédalo de callejas tan admirablemente dispuestas—para librarlas así de los ardorosos rayos del sol y del azote del fortísimo viento que sopla siempre sobre Tetuán—donde podemos sentirnos realmente en Marruecos, y como transportados muchos años atrás. Nos ayudan á ello estas siluetas blancas y silen-

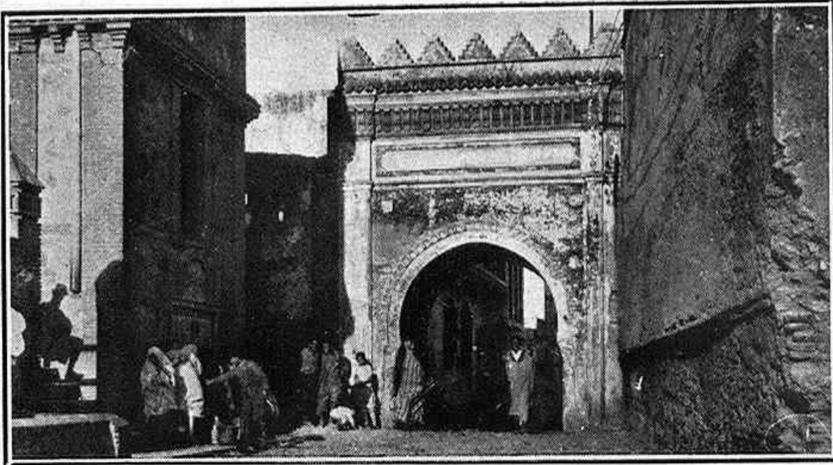
ciosas que cruzan bajo los arcos, sin rozar apenas el suelo; un ciego que aparece en lo alto de una escalinata umbrosa con el sitio de los ojos



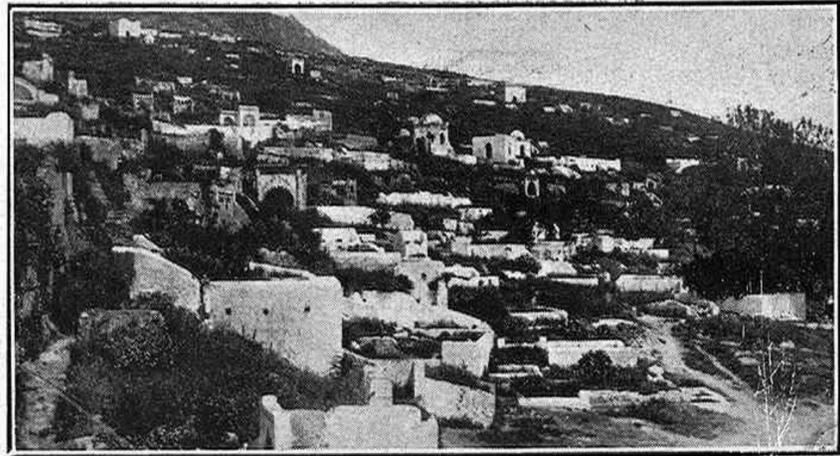
Siluetas blancas y silenciosas que cruzan bajo los arcos sin rozar apenas el suelo



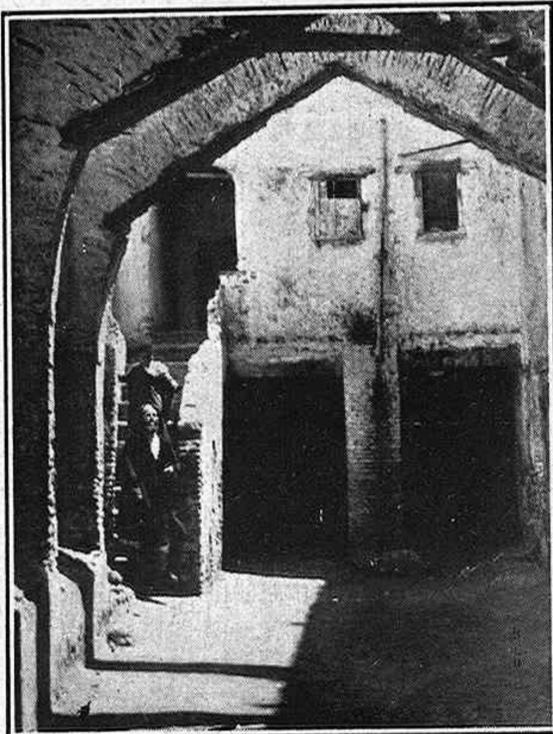
Callejas de reducidos tenderetes incrustados materialmente en los muros



Hay que ir á refugiarse á las calles escondidas del corazón de la morería



El cementerio moro de Tetuán, con sus pequeñas criptas y sus frisos blancos

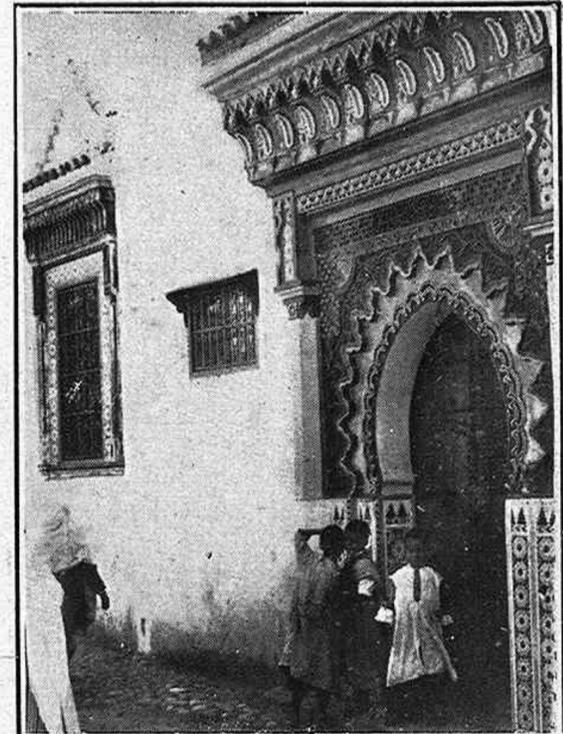


Un ciego que aparece en una escalinata umbrosa

mordidos por el fuego, castigo impuesto, sin duda, por algún caid vengativo; el rumor del agua, que tras los muros de las casas nos va acompañando como una cancioncilla lejana; la visión de algunas callejas de reducidos tenderetes, incrustados materialmente en los muros, donde viejos moros venerables, hundidos en sus blancas yilabas; leen siempre el Korán tan atentamente, que diríase que nada les importa más allá del libro sagrado...

De pronto, un arco que se abre al campo. Al fondo, el cementerio moro, con sus pequeñas criptas y sus frisos blancos, donde acuden todas las tardes infinidad de moros á ver morir el sol. Lugar de recogimiento y de oración, han escogido el cementerio como el sitio más á propósito para contemplar desde él la agonía del sol, el último beso del crepúsculo á estas tumbas blancas de los hermanos muertos...

Y al volver al Ensanche, con sus ruidos y sus calles azotadas por el viento—después de pasar unas horas tan lejos de la civilización—, nos parece como que volvemos de un sueño grato; de un sueño durante el cual gozamos voluptuosamente contemplando unos bellos ojos negros tras tupidas celosías, y unos huertos de floridos naranjos, donde cantaba siempre el agua...



Los encantos del barrio moro

LOPEZ RIENDA



Otro aspecto del ensanche de Tetuán



El jueves de la pasada semana se verificó en el Ayuntamiento la recepción en honor de Su Majestad el Rey Gustavo V de Suecia. El Monarca sueco—que vestía uniforme de gala de la Armada española, con fajín, insignias de almirante y la gran cruz de la Orden de Carlos III—fué recibido en el vestíbulo por el alcalde interino, Sr. Antón, todos los concejales y alto personal del Ayuntamiento. En la escalera se hallaban formados porteros de banda y ujieres con uniforme de gran gala. En la meseta principal recibieron al Rey Gustavo, el minis-

**EL REY DE SUECIA
EN LA RECEPCION
CELEBRADA
EN SU HONOR EN
EL AYUNTAMIENTO**

(Fot. Díaz Casariego)

tro de la Gobernación, el duque de Rubí, el rector de la Universidad Central, los gobernadores civil y militar, el ministro de Suecia, señor Danielson, y otras altas personalidades. Entre el alcalde, Sr. Antón, y el Monarca sueco se cruzaron sentidos y cordiales discursos de salutación. La simpática fiesta terminó entre vivas entusiastas á Suecia y España, retirándose Su Majestad, con las personas de su séquito, á los acordes del himno nacional sueco, acompañándole el alcalde y concejales, con los maceros y personalidades oficiales, hasta la puerta.



Recogemos en esta página un momento de la pasada visita del augusto Soberano de Suecia, Gustavo V, á Toledo. El regio huésped, que vino á España á conocer personalmente la riqueza de nuestro tesoro artístico y el espléndido azul del cielo de nuestra patria, visitó la Catedral, de característico estilo gótico; el Alcázar, la Fábrica de Armas, la Academia de Infantería, y al fin se detuvo en la Casa del Greco, en la que entró por la puerta del jardín, siendo recibido por el mar-

**DETALLE DE LA EXCURSION REGIA A TOLEDO,
EL REY DE SUECIA
SALIENDO DE VISITAR
LA CASA DEL GRECO**

qués de la Vega Inclán, quien acompañó al Monarca forastero y su séquito en dicha visita. El augusto Soberano de Suecia quedó maravillado de su excursión á la magnífica é imperial ciudad, de la que, sin duda alguna, guardará imperecedero recuerdo, por la belleza imponderable de sus monumentos y por la típica traza de la secular capital, cuna del arte y de la tradición, que encierra en su seno las sugerencias de un pasado esplendoroso. (Fot. Marín)



El

Asalto

A las once de la mañana, el magnífico local, en forma de herradura, del Banco, rebosaba gente. El público bullía inquieto en el centro, bajo la altísima rotonda de cristales que coronaba el edificio y lo anegaba en un torrente de luz cruda, y los empleados, casi todos jóvenes, pulcros y de cabellos bien alisados, trabajaban absortos sobre sus pupitres al otro lado de un medio tabique, ligero y solidísimo a la vez, hecho de mármol, bronce y cristal.

Fermín Alonso se aproximó a la ventanilla de

«Pagos» y entregó un cheque, á cambio del cual le dieron un número: el «ciento cuatro», impreso con grandes cifras en un trocito de papel amarillo. Hecho esto, fué á sentarse junto á una de las dos largas mesas situadas en el comedio del salón. Maquinalmente leyó los rótulos, de caracteres dorados, que fulgían sobre cada ventanilla: «Ingresos»... «Giros»... «Extranjero»... «Provincias»... «Cupones»... «Cambio»... Miró también el piso, forrado de linoleum, y los elevados muros, lisos y revocados de un color gris tenue.

Todo á su alrededor era fuerte, limpio, diáfano, como contagiado del espíritu frío, inexorable y calculador que preside el dinamismo de los Bancos. Luego meditó en sí mismo: en las cien mil pesetas que iba á cobrar, en su viaje de aquella noche y en Margarita, su novia, con quien iba á reunirse, para casarse...

Una voz, que á intervalos resonaba monótona, le volvió á la realidad:

—¡El ciento cuatro!...

Acercóse á la ventanilla de «Caja» y presentó



Un vaivén insólito del coche fué adverso al ladrón, que cayó de espaldas, y Fermín Alonso consiguió ponerle sobre el pecho una rodilla...

la contraseña amarilla, que, durante aquellos minutos de espera, sus dedos, distraídamente, habían ajado un poco. El pagador interrogó:

—¿De cuánto es el cheque?

—De cien mil pesetas.

Súbitamente inquieto miró á las ocho ó diez personas que, impacientes por cobrar, se apretujaban en torno suyo, y vió á su lado á un individuo de ojos azules, embigotado y de aspecto robusto, bien vestido y algo más alto que él. Con esa diligencia fulminante con que el espíritu va y vuelve, Fermín Alonso reflexionó: «Ha oído que voy á cobrar cien mil pesetas. ¿Intentará robarme?...» Miróle receloso; mas como advirtiese que no tenía sombrero, se dijo: «Debe ser un empleado.»

Detrás del rectángulo de la ventanilla, la voz impasible del cajero había empezado á contar los billetes, de á mil pesetas, que sus manos finas, ágiles y pálidas, iban amontonando con ritmo cadencioso y alucinante:

—Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis...

Cuando hubo contado diez, los dobló, reuniéndolos en un paquete, y volvió á empezar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Así prosiguió seguro, imperturbable, hasta formar diez haces.

—Vea usted—dijo—si están bien.

Fermín Alonso, que había ido sumando al mismo tiempo que él, replicó:

—Gracias. No es necesario.

Llevado de un impulso más codicioso que elegante, recogió el dinero, que guardó en el bolsillo interior de su chaleco, y sin mirar á nadie, como temeroso de que alguna de las personas que le sabían poseedor de aquella respetable suma quisiera robársela, se lanzó á la calle.

Era una de las primeras mañanas de Marzo, tibia, diáfana y azul. Desde el Banco, Fermín Alonso se dirigió á la Central de Teléfonos, donde redactó para su novia el siguiente parte: «urgente»:

«Salgo hoy expreso. Todo arreglado. Alegría infinita.»

Para distraer el tiempo entró en una peluquería; luego, caminando despacio, llegóse á la oficina central de los Ferrocarriles del Norte, y en el despacho de billetes pidió una «primera» para Burgos.

En tal momento sintió que alguien—otro viajero que traía prisa sin duda—le empujaba, y al girar la cabeza para mirarle vió unos ojos azules y rapaces fijos en él. Un calofrío le sacudió. Aquellos ojos le recordaban algo; estaba cierto de conocerlos y de haber sufrido su magnetismo en otra ocasión; pero ¿dónde?... ¿cuándo?... Acaso hubiera caído en la cuenta de que el individuo de rudo bigote y vestido de negro que tenía tan próximo era el mismo que momentos antes viera sin sombrero en el Banco, á no ser porque una interrogación del empleado le distrajo de sus cavilaciones:

—¿Quiere usted cama ó butaca?...

Fermín Alonso iba á contestar: «Cama». Pero á la vez pensó: «En un *sleeping* estaré demasiado solo; pueden asaltarme.» Y repuso:

—Butaca.

Pagó y salió á la calle; un temor indefinible le rondaba, y miró á todas partes en descubrimiento de alguna silueta sospechosa. Un automóvil pasaba, y Fermín Alonso subió á él, recomendándole al motorista que fuese aprisa. A poco la velocidad con que escapaba el vehículo comenzó á encalmarle.

—Si alguien me hubiese seguido hasta aquí—pensó—, se ha llevado chasco.

•••••

El último expreso para Hendaya salía á las diez de la noche; pero Fermín Alonso llegó á la estación media hora antes: pertenecía al número de esos viajeros meticulosos que antes de elegir asiento registran todo el convoy. El pasaje era escaso, en lo que debió de influir el tiempo, que súbitamente había cambiado. Hacia frío, y los cristales de las ventanillas estaban empañados. Después de inspeccionar varios vagones, Fermín Alonso se decidió á instalarse en uno de los compartimientos centrales del segundo coche. No había nadie, y la esperanza de poder dormir holgadamente le acarició. Satisfecho, cerró la puerta, para mejor aprovechar la calefacción, que ya empezaba á sentirse; colocó su maleta en la redicilla de bagajes, desdobló su manta, con la que se envolvió las piernas cuidadosamente, y se acomodó en el asiento del rincón, de espaldas á la máquina.

El bienestar físico que acababa de proporcionarse llenó su ánimo de ideas optimistas. Aun no había cumplido los treinta años; era saludable, mozo apuesto, casi rico, y su carrera de ingeniero, cursada con brillantez sobresaliente, le autorizaba á esperar un porvenir magnífico. La imagen de Margarita, bella, espiritual y elegante, le iluminó el corazón con el esplendor azabachado de sus ojos y la armiñada blanca de sus dientes; y á continuación recordó los veinte mil duros que llevaba consigo y emplearía íntegros en ponerle adecuado marco á su felicidad.

El arranque del tren, que ya partía, le restituyó la noción de la hora presente, y considerando que en tal momento una nueva vida empezaba para él, parecióle que se despedía de sí mismo.

—¡Cuando vuelva á Madrid—suspiró—ya no vendré solo!...

Con sus guantes limpió el vaho alechigado que enturbiaba el cristal de la ventanilla, y miró hacia el andén, desierto y humedecido por la niebla. El expreso rodaba aún lentamente, y los vagones, casi deshabitados y sin equipajes, tenían resonancias extrañas. Fermín Alonso examinó las luces de su departamento, que lucían apagadamente, y advirtió que no había timbre de alarma.

—Estará en el pasillo...—pensó.

Luego de recibir la visita del revisor, desdobló un periódico y se puso á leer. Momentos después los ojos comenzaron á escocerle, y bostezó: no le interesaba la lectura. Pasado El Escorial, comprendiendo que el sueño le vencía, corrió todas las cortinillas; con su gabán y el maletín, donde guardaba sus enseres de tocador, se aderezó una almohada, extinguió las luces, y, bien arropado en su manta, tendióse cuan largo era sobre el asiento, y se durmió.

Ya la estación de Avila había quedado atrás cuando el ingeniero despertó bruscamente. La puerta de su compartimiento acababa de abrirse, y bajo el marco, iluminado por la débil claridad que había en el corredor, se perfilaba la silueta alta y ancha de un hombre. Fermín Alonso, mal despabilado aún, pensó:

—Un viajero...

Pero en el mismo instante, al recibir la mirada fría, como de acero, de sus pupilas azules, reconoció en él al individuo que viera aquella mañana en el Banco, y luego en las oficinas del ferrocarril, y no dudó de que iba siguiéndole para robarle. Seguro de esto, quiso desembarazarse de la manta que le agarrotaba los pies é incorporarse. El recién llegado no le dió tiempo, y de un salto se precipitó sobre él y con ambas manos trató de estrangularle. Pero el ingeniero era bravo y fuerte, y dejándose resbalar ágilmente hasta el suelo, á la vez que daba media vuelta, consiguió ponerse de pie. Una lucha salvaje entablóse entre los dos hombres, que tan pronto se agredían á puñetazos como se abrazaban buscándose mutuamente la garganta. Los violentos traqueteos del convoy, haciéndoles perder el equilibrio, aumentaban el horror del duelo, y los dos cuerpos rodaban de un extremo á otro del departamento mal alumbrado, convertidos en una masa monstruosa y palpitante. Trataba el asaltado de ganar la puerta, para escapar; pero su enemigo, más vigoroso que él, se lo impedía, y sin treguas lo acorralaba contra los ángulos del lado opuesto.

Un vaivén insólito del coche fué adverso al ladrón, que cayó de espaldas, y Fermín Alonso consiguió ponerle sobre el pecho una rodilla. Teniéndole así le dió varios golpes, uno de los cuales, partiéndole la nariz, le bañó el rostro en sangre. La suerte le favorecía; la victoria iba á ser suya.

En instante tan crítico, el asaltante, que estaba de cara al pasillo, vió aparecer al «ruta».

—¡Socorro..., que me matan!...—gritó.

Engañado el empleado del tren, arremetió contra Fermín Alonso, á quien inmovilizó, sujetándole por los brazos; circunstancia que el facineroso aprovechó para asestarle debajo de la mandíbula un golpe que le tiró al suelo sin conocimiento.

Sofocado y restañándose con un pañuelo la sangre que le enrojecía el semblante, el taimado añadió:

—Ha querido robarme...; poco ha faltado para que me matase...; avise usted á la policía... ¡pronto!... ¡Antes de que se recobre! ¡Yo cuidaré de él!...

El «ruta», asustado, salió precipitadamente á cumplir la orden. No bien se fué, el ladrón se inclinó sobre el caído; le desabotonó el chaleco, donde sabía que aquél llevaba guardado el dinero, y desapareció.

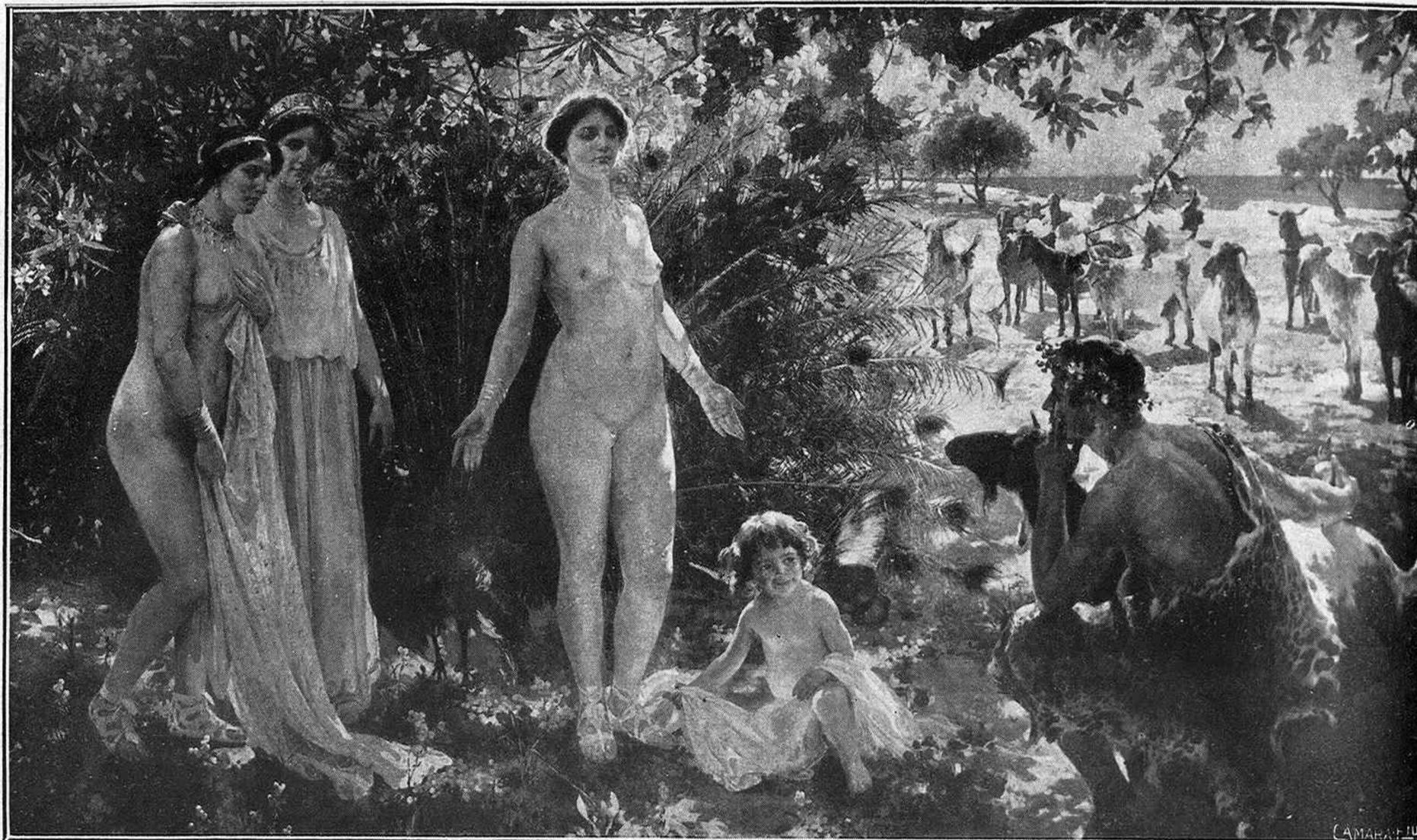
Cuando el «ruta» volvió, seguido de dos policías, Fermín Alonso estaba solo.

EDUARDO ZAMACOIS

(Dibujos de Bartolozzi)

«IN MEMORIAM»

ENRIQUE SIMONET



«Juicio de Paris», notable cuadro del ilustre artista Enrique Simonet, fallecido recientemente en Madrid

HAY en el Museo de Arte Moderno un lienzo que, como *El chubasco en Granada*, *Garrote vil*, *Salus Infirmorum* y algunos dos ó tres más, conservan en medio de las encontradas opiniones estéticas un fulgor permanente y una sólida firmeza.

Obras que ayer—¡con qué rapidez implacable se rezagan estas efemérides artísticas!—obtuvieron elevadas recompensas, ditirambos apasionados, y que luego los ecos nuevos, las iconoclastias impacientes envolvían en penumbra y silencio.

Pero al revés de tantas como se hundían definitivamente, y que no podían sostener la competencia despiadada de los arrivismos y de las legítimas novedades, ese grupo de obras donde figuran el lienzo de Muñoz Degrain, el de Ramón Cases, el de Luis Menéndez Pidal, ya mencionados, tornaba á causar la emoción primera y seducía con el encanto inmarcchito de sus mejores horas.

El cuadro á que aludimos, paragonándole con las escasas aportaciones perdurables de otro tiempo, es *Flevit super illam*, original de Enrique Simonet.

Cuando se expuso, hace más de treinta años, tuvo el don de inquietar la placidez lacustre en que se habían remansado las corrientes pictóricas de aquel tiempo. Era, en cierto modo, una obra revolucionaria de técnica y de expresión. Volvía por los fueros idealistas, vencidos por el realismo y el naturalismo dominantes, después de un largo período de pintura de historias, empeñada en reanimar yertos personajes y ambientar remotos episodios.

La obra de Enrique Simonet obtuvo, además del éxito popular y profesional, la consagración oficial. *Flevit super illam* fué premiado con primera medalla.

Flevit super illam era acaso el lienzo de mayores dimensiones, el de más codicioso propósito; pero no significaba un hecho aislado. Coincidentes de él había ido creando Simonet una larga serie de paisajes, de notas, de tipos del lejano

Oriente. Una larga estada en los Santos Lugares hizo surgir esta serie de cuadros, como luego vendrían los lienzos marroquíes, y antes los de italiano fondo y juvenil ímpetu.

El artista estaba en el umbral de su madurez. Ante él se abría la sonriente perspectiva de los triunfos futuros. En el grupo de los maestros, la silueta ágil, el rostro inteligente del joven recién llegado tenía ya relieve propio.



ENRIQUE SIMONET
Autorretrato

Evocábamos todos aquel resplandor glorial en esta tarde de Abril de 1927 en que ha sido enterrado el ilustre pintor, después de una cruenta enfermedad que apagó cuanto había en él de activo y de apasionado por la belleza.

Simonet había nacido en Valencia hace sesenta y cuatro años. (¡Inagotable matriz la de Valencia, que tantos nombres admirables ha impuesto á la pintura española!) También en la Real Academia de San Carlos, de donde han salido casi todos los prestigios actuales de la pintura valenciana, realizó Simonet sus primeros estudios. Luego, ya acuciado por la perenne inquietud que fué la norma de su vida, marchó á Málaga y acabó de formarse en el estudio de Bernardo Ferrándiz.

Pensionado en Roma por el Estado, pintó *La decapitación de San Pablo*. Pensionado otra vez por la Diputación Provincial de Málaga, pintó *El corazón* é hizo sus magníficas copias de los frescos de Pompeya.

Luego, ya reintegrado á Madrid, el ilustre artista alternó la pintura con la ilustración editorial. El hecho se menciona por lo que tiene de significativo dentro de la capacidad de Simonet.

Generalmente, los pintores no saben, no pueden ser ilustradores. Este arte especial, que hoy día está en su mayor expresión de renacimiento, exige aptitudes y agilidades técnicas que el pintor especializado en la creación de cuadros no posee.

Simonet tenía esas cualidades. Testimonios elocuentes sus dibujos de la campaña marroquí de 1893 y 1894 en *La Ilustración Española y Americana*; sus dibujos, años más tarde, en otras revistas de la época.

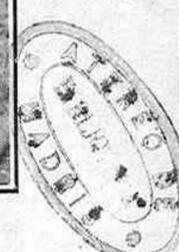
Finalmente, Enrique Simonet fué nombrado profesor de Arte decorativo en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, y dirigió los cursos de verano de la Residencia de Paisajistas en el Monasterio del Paular.

SILVIO LAGO

Una expedición científica en busca de los descendientes directos del dinosaurio



La señora Burden examinando uno de los lagartos gigantes capturados por la expedición científica enviada á la isla Komodo



El profesor William Burden, jefe de la expedición enviada en busca de los lagartos gigantes

EN 1912 se habló de la existencia de unos lagartos gigantes, supuestos descendientes directos del dinosaurio prehistórico, que poblaban las selvas de la isla Komodo, próxima á Java.

Hace pocos meses, el Museo Americano de Historia Natural organizó una expedición científica, cuyo objeto fué la exploración de dicha isla Komodo, para tratar de obtener ejemplares de los citados lagartos.

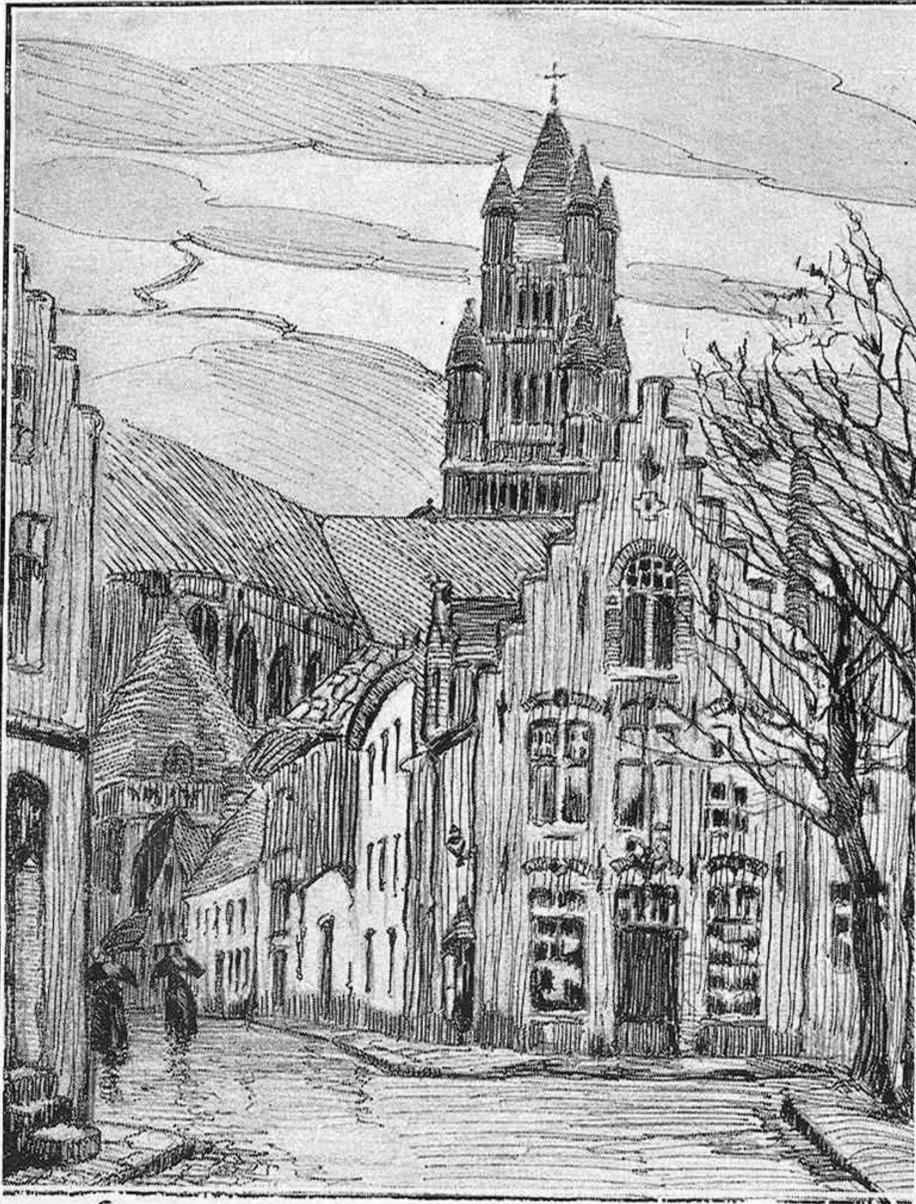
Constituyeron tal expedición el profesor William Douglas Burden; su esposa, la señora Burden; el profesor Dunn, del Colegio Smith; el cazador francés Defossé, y guía chino.

Los expedicionarios consiguieron matar varios ejemplares de lagartos gigantes, y capturar vivos á dos, que se hallan actualmente en el Jardín Zoológico de Bronx.

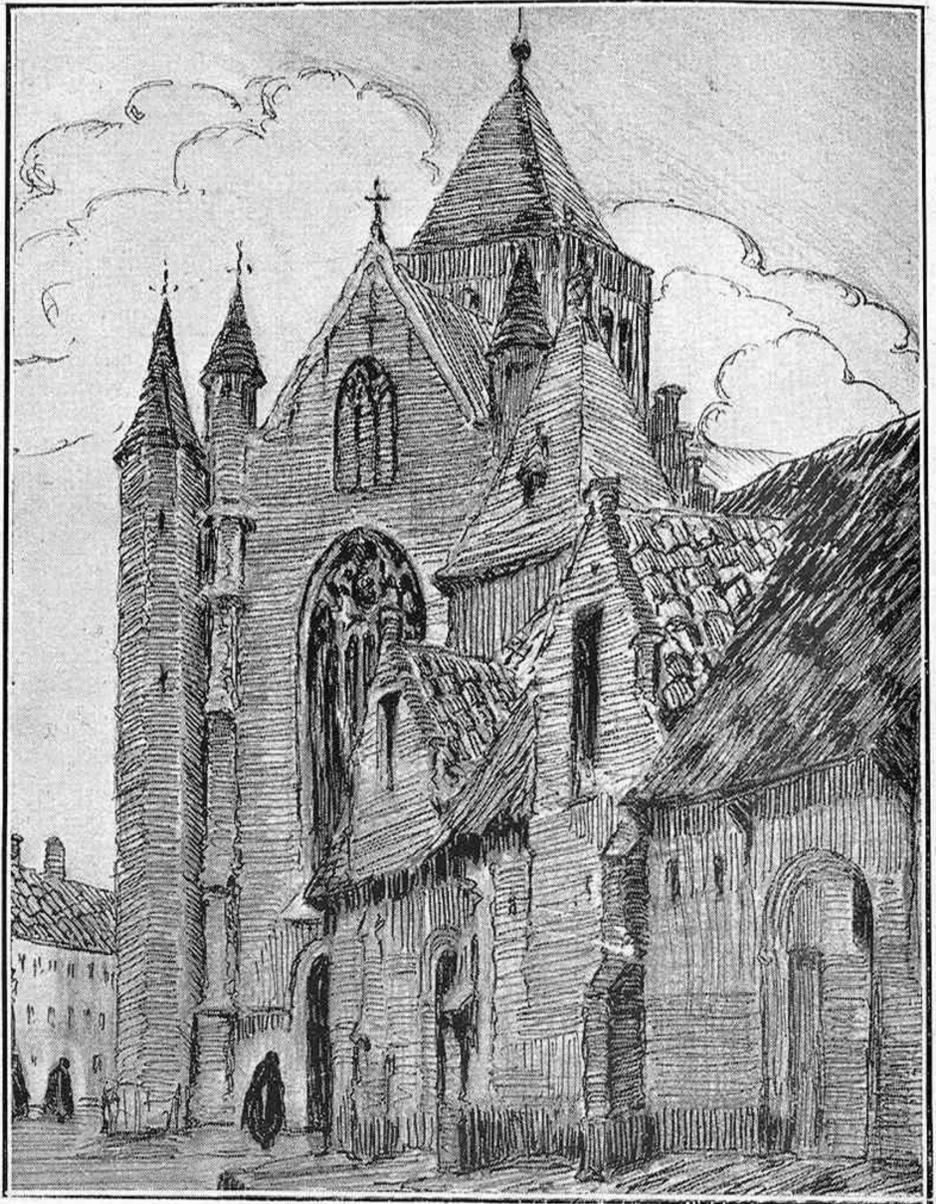
Estos lagartos, que, en efecto, pueden considerarse como descendientes de los dinosaurios, han recibido el nombre de *Varanus Komodoensis*.



La señora Burden dando de comer á un cachorro de «Cuscus», animal nocturno de la isla Komodo (Fots. Vidal)



La magnífica Catedral de Brujas



La Iglesia de San Jacques, Brujas

EL VIUDO

HUGO recomenzaba cada tarde el mismo itinerario siguiendo la línea de los muelles con un andar indeciso ya levemente encorvado, á pesar de sus escasos cuarenta años. Pero la viudedad fué para él como un otoño precoz. Se despelaban sus sienes, y tenía el cabello encenizado de gris. Sus ojos marchitos miraban lejos, muy lejos, más allá de la vida

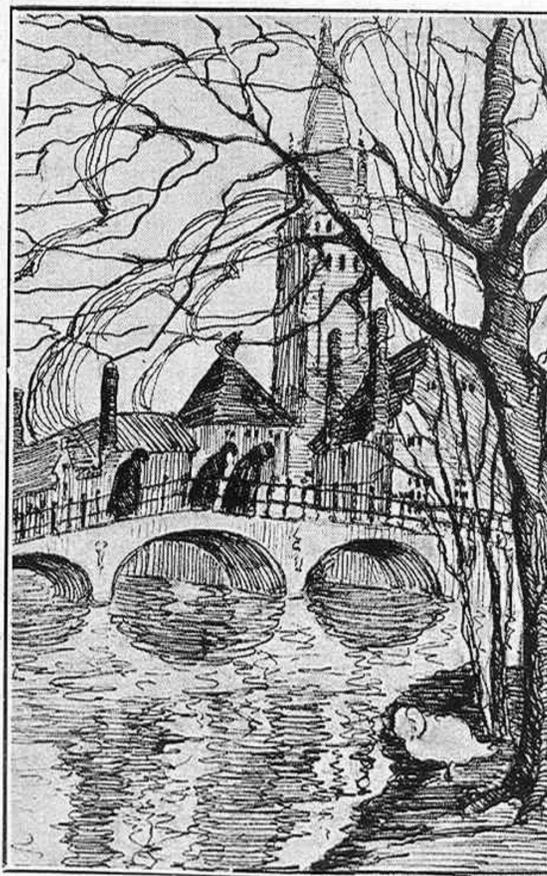
¡Y qué triste, también, Brujas, en estos finales de atardecido! Por esto la amaba. Fué por esta tristeza por la que hubo de elegirla para vivir en ella luego del gran desastre. Antes, en la época dichosa, cuando viajaba con su mujer, viviendo, á capricho de la fantasía, una existencia cosmopolita en París, en tierra extranjera y á la orilla del mar, vino alguna vez á Brujas sin que la gran melancolía de la ciudad pudiera influenciar su júbilo. Pero más tarde, al quedarse solo, se re acordó de Brujas, y tuvo la instantánea intuición de que era preciso residenciarse en ella. Se establecía una ecuación misteriosa: á esposa muerta, ciudad muerta. Su enorme duelo exigía tal decorado. Ya sólo aquí le sería soportable la vida. Vino por instinto. Podía el mundo al otro lado agitarse, sonar, encender sus fiestas y tejer sus mil rumores. El tenía necesidad de silencio infinito, de una existencia tan monótona que apenas diera la sensación de vivir.

En la atmósfera muda de las aguas y de las rúas inanimadas, Hugo sintió menos el sufrimiento cordial y pensó más dulcemente en la muerta. La reveía, la oía mejor encontrando al filo de los canales su rostro de Ofelia que se iba, escuchando su voz en la grácil y lueñe canción de los carillones.

También la ciudad, amada y bella en otro tiempo, era propicia á la encarnación del pesar. Brujas era su muerta. Su muerta era Brujas.

Y aquella tarde más que nunca, mientras caminaba al azar, le hechizó el negro recuerdo, emergiendo de debajo de los puentes donde llo- ran los rostros de las fuentes invisibles.

Una impresión mortuoria emanaba de las ca-



Puente del Beguinado

sas cerradas, de los vidrios como pupilas empañadas de agonía, de los piñones decalcando en el agua escaleras de crespón.

Siguió el *Quai Vert*, el *Quai du Miroir*, se alejó por el *Pont du Moulin* hacia las barriadas tristes que bordean los álamos. Y en todas partes caía sobre su cabeza el goteo frío de pequeñas notas de las campanas parroquiales como esparcidas por el invisible hisopo de los responsos.

En aquella soledad vespéral y otoñal en que el viento barría las últimas hojas, sintió más que nunca el deseo de haber concluido la vida y la impaciencia de la tumba. Le parecía que de las torres hasta su alma se alargaba una sombra; que de los viejos muros un consejo de renunciación llegaba hasta él; que del agua ascendía el musiteo de una voz. Del agua que venía ante él como también fué hacia Ofelia, según dicen los sepultureros de Shakespeare.

LA CIUDAD GRIS

Hugo tenía lo que pudiera llamarse «el sentido de la semejanza», un sentido suplementario, feble y doliente que ligaba las cosas entre sí, y que, tendiendo de árbol á árbol hilos invisibles, creaba una telegrafía inmaterial entre su alma y las torres inconsolables.

Por esto había elegido á Brujas. Brujas de la que el mar—como una gran dicha—se había alejado también. Fué en virtud de un fenómeno de semejanza, puesto que ya su pensamiento se había unido á la mayor de las Ciudades Grises.

¡Melancólico gris el de las rúas de Brujas, donde todos los días se parecen al de las Animas! Un gris como hecho del blanco de las tocas monásticas y el negro de las sotanas sacerdotales, en su pasar incesante y contagioso. ¡Misterioso gris de un eterno medio luto!

Matizadas de él hasta lo infinito están las fa-

chadas á lo largo de las calles. Unas con un temple verde pálido ó de gastados ladrillos entrejuntados por toques blanquecinos; pero junto á ellas otras son negras, de severa traza, como abrasadas aguafuertes cuyas tintas remedian y compensan los tonos vacuos un poco claros. Y del conjunto mana, flota el gris y se propaga de unos muros á otros. El cántico de las campanas que se imaginaría negro, es como un oro guatado, fundido en el espacio, y su rumor llega igualmente gris, ondulante sobre el agua de los canales.

Y esa misma agua, á pesar de tantos reflejos—rincones de cielo azul, tejas de las techumbres, nieve de los cisnes, verdor de los álamos bordeantes—se unifica en caminos de silencio incoloros.

Acá y acullá, por milagro climatológico, hay una penetración recíproca, no se sabe bien qué química atmosférica que neutraliza los colores demasiado vivos y los trae á cierta unidad de ensueño, á una amalgama de sonnolencia gris.

Es como si la frecuente bruma, la velada luz del cielo nórdico, el granito de los muelles, la lluvia constante y el paso sonoro de las campanas hubieran concluído por influenciar con su alianza el color del aire. Y, también, que la ceniza muerta del tiempo, el polvo del reloj de arena de los años hubiesen cumplido su obra silenciosa de acumulación sobre la ciudad senecta.

He aquí la razón de por qué Hugo quiso retirarse allí para sentir cómo sus últimas energías se hacían arena y se sepultaban imperceptiblemente, seguramente, bajo aquel polvo de eternidad que acabaría por darle también un alma gris del color de Brujas.

LAS CAMPANAS

Hugo se notaba cada vez más su alma bajo esta influencia gris. Sufría el contagio del silencio esparcido, del vacío, sin otros transeuntes que las viejas.

Algunas viejas de manto negro, oculta la c -

beza bajo el capuchón que, parecida á sombras, venían de haber encendido un cirio en la capilla de la Santa Sangre.

Es curioso. Sólo en las viejas ciudades se ven tantas mujeres viejas. Caminan—ya del color de la tierra—antañonas y mudas, como si ya hubiesen gastado todas sus palabras. Hugo las veía apenas, absorto por su antiguo dolor y sus preocupaciones actuales.

Caía la tarde. Orbayaba, con una lluvia menuda que se estiraba y se aceleraba y alfileraba el alma...

Hugo deambulaba por los barrios antiguos sin saber hacia dónde, vago y lamentable en medio del barro. La lluvia se hacía más apremiante, devanaba sus hilos y acababa por tejer una malla cada vez más estrecha y húmeda, donde poco á poco Hugo se sentía preso y reblandecido.

Y entonces empezaba á recordar. Pensaba en Jane. ¿Qué hacía á aquellas horas y con aquel tiempo desolado? Pensaba en la muerte. ¿Qué era de ella también?... ¡Ay, la pobre tumba con sus coronas y sus flores arruinándose bajo el chaparrón!...

Las campanas tintineaban pálidas y lejanas. ¡Qué lejos la ciudad!

Diríase que tampoco existe, que se ha fundido, deshecho, que se fué ahogada en la lluvia donde todo se sumerge.

Y por Brujas la muerta, desde uno de los más altos campanarios supervivientes, una sonería parroquial cae, aún, afligida...

LAS CAMPANAS

La ciudad tiene rostro de creyente.

Los consejos de fe y de renunciamiento que emanan de sus muros hospicianos y conventuales, de sus frecuentes iglesias arrodilladas en la piedra, comienzan á imponerse á Hugo.

La ciudad se transforma en un personaje, en el principal interlocutor de su vida que impresiona, disuade, manda y, según el cual, se orienta, y del que obtiene todas sus razones activas.

Hugo se vió pronto conquistado por esta faz mística de la ciudad, mientras se sentía escapar á la figura sexual y á la mentira de la Mujer. La oía menos á ésta, y más á las campanas...

Campanas numerosas y siempre incansables, mientras él, en sus recrudescimientos de tristeza, había vuelto á salir los crepúsculos errante y sin rumbo por los canales desiertos.

Le dolían estas campanas permanentes—doblar obituario, de requiem, sonería de maitines y vísperas—balanceando todo el día sus incensarios negros que no se ven y de los que sale como una humareda de sonidos...

¡Campanas de Brujas que no interrumpen en el aire su salmodia del oficio de difuntos! De ellas brotaba el desgano de vivir, el claro sentido de la total vanidad, la advertencia de la muerte próxima...

Por las calles vacías, donde se espacian los pestaños de los reverberos, aisladas siluetas se van... Son mujeres del pueblo envueltas en largos mantones negros como las campanas de bronce y oscilantes como ellas. Y paralelamente, las campanas y los mantones parecen caminar hacia las iglesias en un mismo itinerario único. La ciudad, con su rostro de creyente, reprochaba, insistía. Oponía el modelo de su propia castidad, de su severa fe.

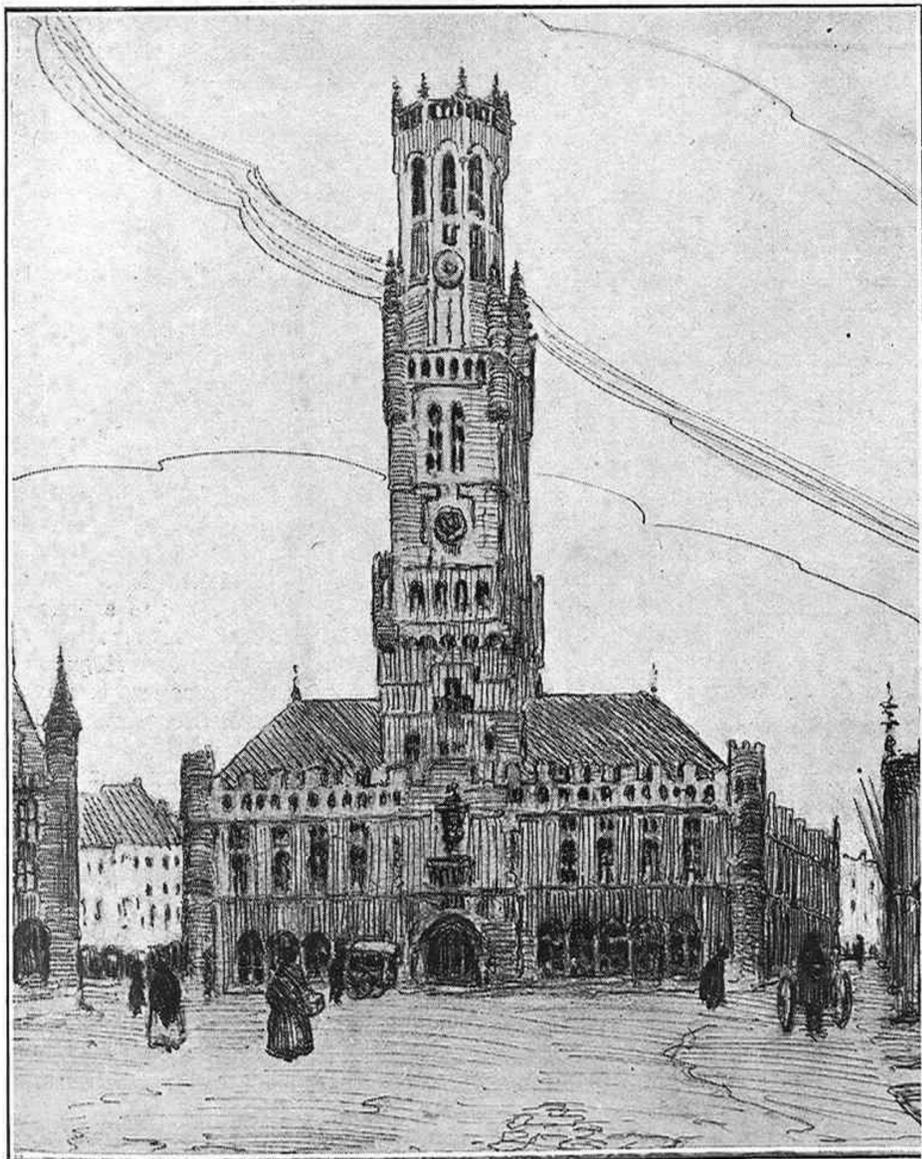
Y las campanas, mientras él erraba todas las tardes en una angustia creciente, estaban en connivencia con el sufrimiento por el amor de Jane, el pesar de la muerta y el temor de su pecado y de la posible condenación...

Las campanas persuadían al principio amicales con buenos consejos... Luego se hacían implacables, le codiciaban visibles y sensibles para él como las cornejas en torno de las torres, le atropellaban, se le metían en la cabeza, violándola para quitarle su miserable amor, para arrancarle su pecado...

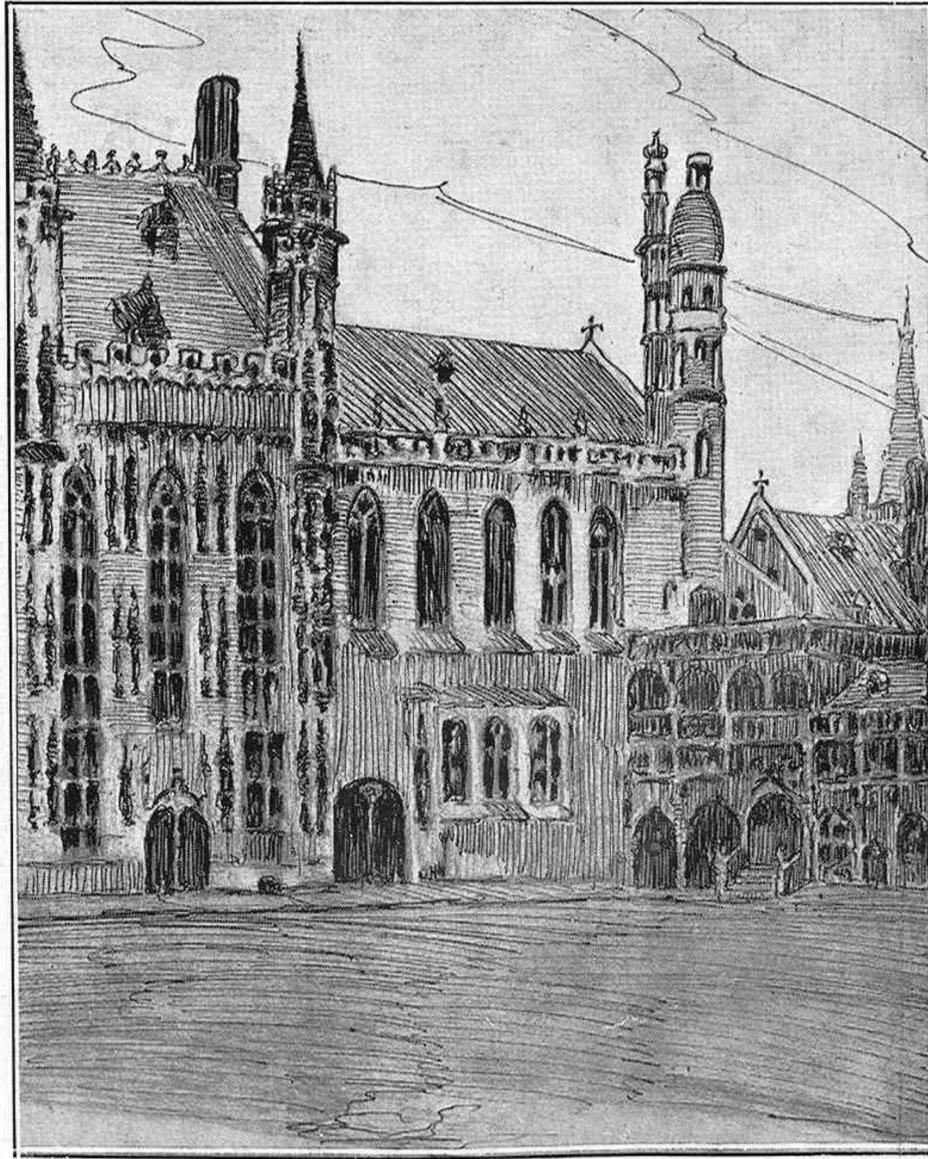
GEORGES RODENBACH

Traducción de FORTUNIO

(Ilustraciones de María Pérez Herrero)



La Gran Plaza de Brujas



Basilica de la Santa Sangre

EL SIMBOLISMO DEL ARTE DECORATIVO EN CHINA

CUÁNTAS veces han sido regalo de nuestros ojos ávidos los detalles alambicados y minuciosos con que la paciencia artística de los chinos han enriquecido la decoración de los objetos! ¡Cuántas veces, ante un armario, un abanico, un jarrón oriundos de China, ó decorados á su modo, nos hemos sentido un poco soñadores, dejando vagar la imaginación hacia paisajes incógnitos y remotos, llenos de sugerencias y estímulos!

El arte decorativo chino tiene, ciertamente, un gran poder evocador en su fastuosa pompa detallista. Cada minucia labrada es como un camino de fantasía hacia el reino—¡ay, inasequible!—de lo maravilloso.

Frente á la decoración china se abren, en el ánimo contemplativo, todas las apetencias libérrimas de la imaginación. Sin embargo, nada más discorda con el verdadero carácter del arte decorativo chino, donde todo tiene una expresión definida, y cada dibujo, á veces cada línea, tiene una significación sujeta á normas invariables y seguras.

En la decoración de los objetos, los chinos expresan sus votos, y vale así su arte como una epístola, en la que se le dice á la persona que recibe el objeto los buenos augurios que formula la amistad del ofertor.

En definitiva, pues, el arte decorativo en China es siempre simbólico. Y, por lo tanto, cada motivo, cada representación estilizada, cada objeto reproducido, tienen una significación característica y un valor propio que halla su equiva-



Estampa de la colección de M. F. Leprince-Ringuet

lente en el lenguaje y, más concretamente, en la expresión de votos. Lejos de permitir á la fantasía arbitrarias é independientes interpretaciones, el arte decorativo con que se avaloran los objetos en China tiene, en cada caso, una traducción literal, por decirlo así, sujeta á leyes ya seculares. Nada ha sido puesto caprichosamente por el artista, ni nada puede ser caprichosamente interpretado. Esto, que se pudiera poner en duda con referencia al gran arte (aunque la significación teológica del Dragón confirma la hipótesis), es inalterablemente cierto en lo que concierne al arte popular, á la decoración de los pequeños objetos útiles, de las futelezas graciosas que suelen servir para regalos y ofrendas.

Al tratar de esta materia, con erudita y documentada precisión, Eduard Chavannes distingue hasta cinco modos de expresión simbólica en el arte decorativo popular, es decir, cinco procedimientos distintos para expresar mediante la gracia de lo decorativo la cordialidad de los sentimientos.

El primer modo consiste simplemente en escribir las palabras que expresan los votos que se desea formular. La escritura china, de una indiscutible elegancia de trazos, se presta admirablemente á servir de tema decorativo.

«Un segundo modo de expresión—añade Chavannes—es el símbolo por asociación de ideas; así, un lingote de oro representará la riqueza; un libro, la sabiduría; una granada, á causa de la abundancia de sus granos, una numerosa descendencia.»

Conviene advertir, sin embargo, respecto á esta segunda manera, las dificultades que puede presentar para los no nacidos en China, puesto que si hay asociaciones de ideas que son naturales (como las que cita M. Chavannes), otras, muy usadas en la decoración, son exclusivas de China y escapan, por la sutilidad de su tramitación espiritual, á la comprensión ajena. Lo mismo cabe decir respecto á la pluralidad de concepto atribuida á muchos objetos, causa de que la interpretación exacta dependa de las circunstancias especiales de cada caso concreto.

Otro medio de expresión simbólica consiste en evocar nombres utilizando imágenes que sugieren su pronunciación. En el fondo se trata de una forma de *calembour*.

El cuarto medio de expresión que reseña M. Chavannes es el de servirse de la representación de ciertos personajes ó figuras que, por unas ú otras razones, evocan ideas determinadas.

Como estos personajes son numerosísimos, se les distingue por algún atributo especial. He aquí un ejemplo: vemos en muchas porcelanas chinas dos jóvenes gozosos que van de compañeros. Son los *ho-ho* (concordia y unión), y se les llama así porque si el uno lleva en la mano un nenúfar, el otro muestra una caja redonda que se llama *ho*.

De aquí arranca precisamente el último de los cinco modos de expresión simbólica á que nos venimos refiriendo, y que consiste en no representar en muchos casos más que los atributos, puesto que éstos son los que, en realidad, definen y caracterizan á los personajes.

Claro está que, dentro de estas cinco normas que sabiamente ha llegado á establecer el sabio profesor francés, hay multitud de variedades y facetas, de peculiaridades distintas y de riquísimas y sutiles argucias, á que ha dado lugar el ingenio arbitrista y paciente de los decoradores chinos.

Por lo demás, esta tendencia expresionista y este carácter simbólico del arte popular chino se advierten también en las estampas, y propenden á perpetuarse por esa misma suprema y constante y arraigada aspiración á la felicidad que, genérica en el alma aria, es específica en China.

Consulte ahora el lector los dos grabados que avaloran este artículo puramente informativo.

El uno representa un *jou-i* (cetro de honor). El original se conserva en el museo Guimet. Expresa el deseo de la longevidad, porque tiene en el que podríamos llamar remate superior la forma de un *tche* (una variedad de seta que, si se coge á principio de invierno, se conserva indefinidamente sin corromperse, y que por esta circunstancia es considerada como símbolo de larga vida, y en algunos casos, de la inmortalidad). Además, la palabra *jou-i*, que da nombre al objeto, significa también «según vuestros deseos».

El otro grabado es reproducción de una estampa popular perteneciente á la colección de M. F. Leprince-Ringuet. Es un verdadero poema simbólico. Lleva la siguiente inscripción, como interpretación de los votos que expresan las figuras y los objetos en ella representados:

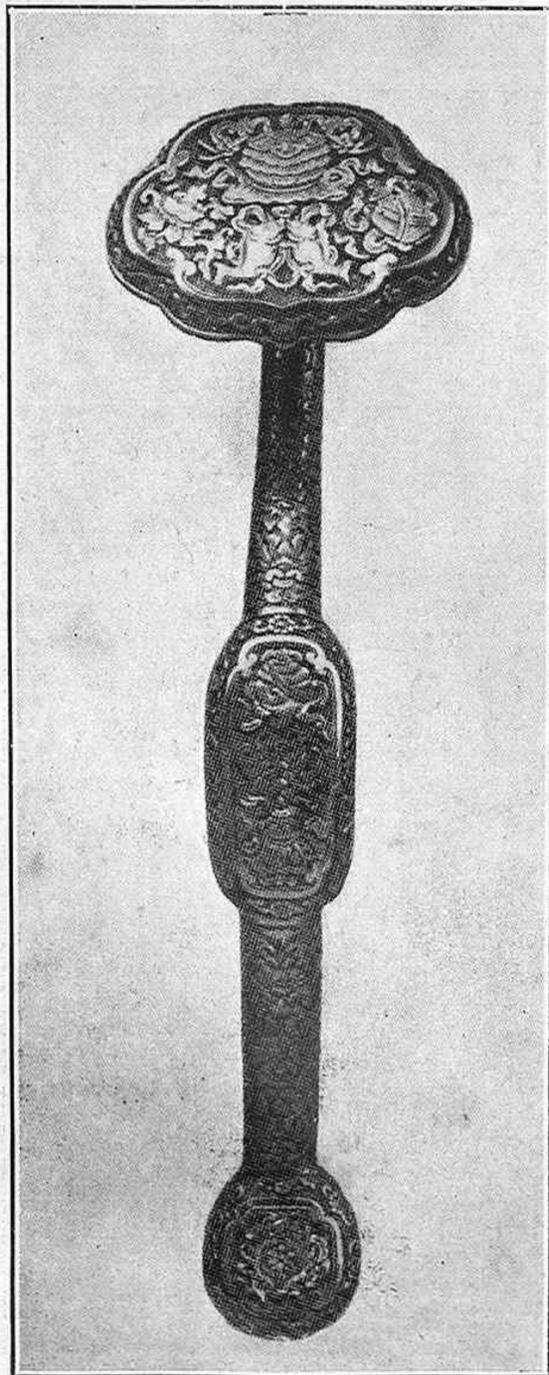
«Votos para el año nuevo. Que con alegría os regocijéis en la paz próspera; que ocurra la transformación de los peces en dragones; que un día próximo podáis elevaros en grada.»

Figuran en la estampa un padre, una madre y cinco hijos, cuatro de los cuales llevan linternas distintas (simbólicas todas ellas), mientras al cetro lo pasea en brazos una niñera.

Cada una de estas figuras, por su actitud y por el objeto que señala ó apresa, tiene una significación propia y aporta un concepto á la fórmula expresiva de buenos deseos que hemos traducido. Pero el análisis de estas particularidades exigiría el conocimiento de pormenores no esbozados en esta crónica, en la que sólo se ha querido señalar esta curiosa característica del arte popular chino.

Quizá es una de las virtudes auténticas más definidoras de ese pueblo que hoy, en pie y resuelto, es actualidad en el mundo.

RAFAEL MARQUINA

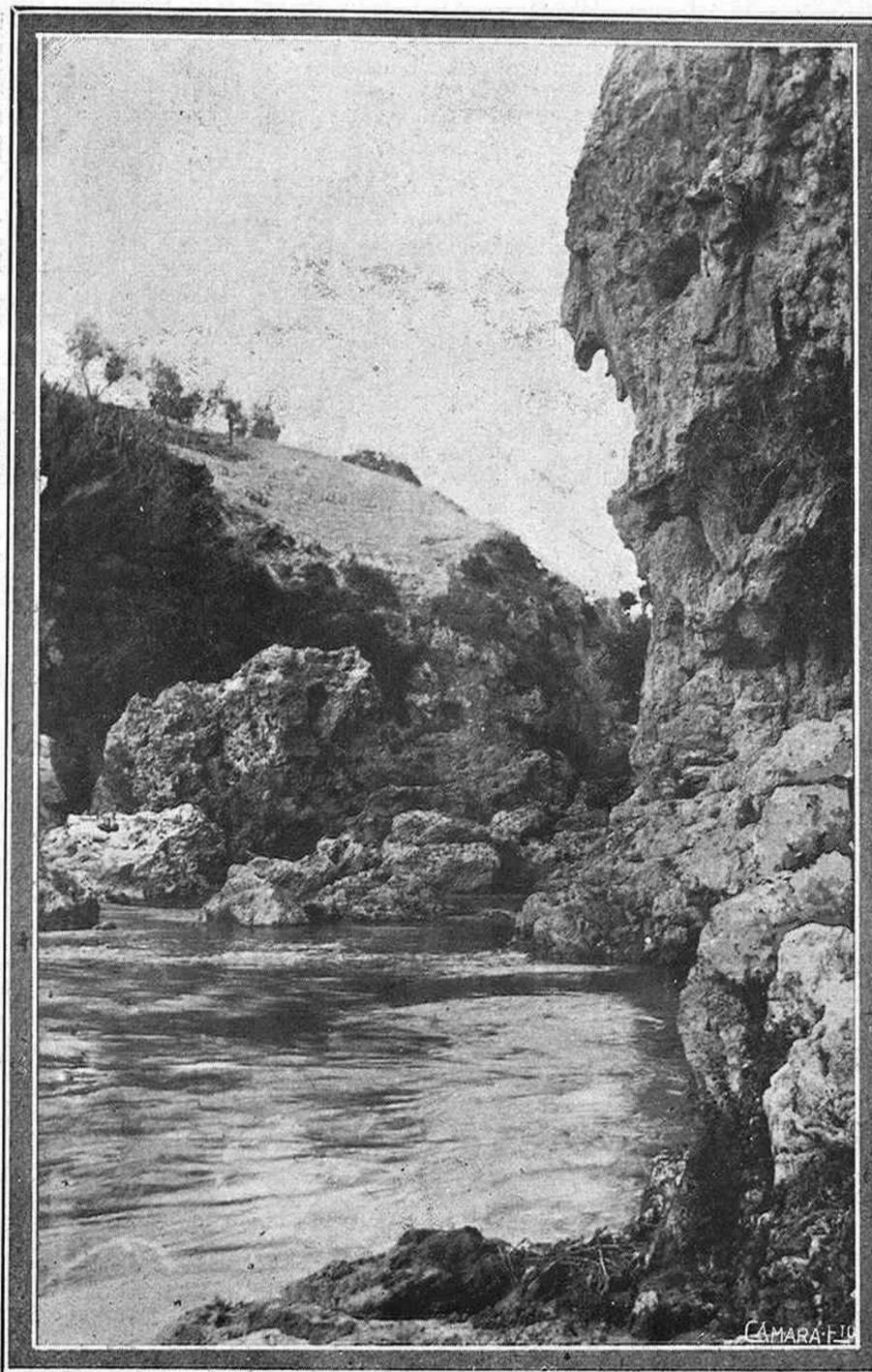


Cetro de honor

mente de Abril á Julio, la convierten en un jardín espléndido, en un soberbio parque natural, podría recibir otro aprovechamiento. Es decir, que la tierra casi salvaje se presta á distinto uso si quisieran dárselo sus dueños, y que una colonización inteligente, bien dirigida, la convertiría en una de las zonas más ricas de España.

Hay en todas las regiones españolas manchas de piedra que casi afloran á la superficie, y que en grandes extensiones aparece desnuda, absolutamente inaprovechable. Obstinar-se en mantener un cultivo en esas Hurdes—que no son sólo las extremeñas—es empresa heroica; pero en definitiva, inútil. Científicamente deberían quedar despobladas, conservando en los lugares habitables centros bien defendidos contra la miseria de la naturaleza. Pero la serranía de Loja la quisieran otras tierras que pasan por buenas para enorgullecerse de tenerlas... Y, sobre todo, para explotarla. Aquí llegamos al gran problema: á la distribución de la propiedad. Ya sé que estéticamente no ganará nada la Sierra de Loja con que en vez de servir á un corto número de propietarios que aprovechan monte, pastos y cotos, con abandono y grandeza, con elegancia señorial, entre en ella una verdadera organización agrícola é industrial. Junto al paisaje geológico, admirable en cualquier rincón de Sierra Nevada, está la flora espontánea que lo viste con el manto más rico á los ojos y lo llena de silvestres aromas. Loja puede tener la alegría del gran señor medieval que extiende su vista y su dominio por tierras nuevas y despobladas. Pero el criterio del paisajista pseudogeológico es el de un esteta indeseable.

Entrada á la laguna de los Infiernos y Fuente del Paraíso



La desolación es magnífica. La tragedia es el único espectáculo digno de un alma fuerte. Conservemos á nuestros paisajes toda su desolación y su tragedia. ¿No es eso? Aunque muchas veces, si están desolados, no es por obra de la Naturaleza, sino por causas históricas, por mano de los hombres. Y aunque en la mayoría de los casos, al corregir el destrozo causado por viejos errores, no pierde nada, sino al contrario, la belleza agreste de estos parajes privilegiados. ¿La serranía de Loja cultivada cómo un jardín?—preguntará alguien.—¿O convertida en tierra de pan llevar? No entremos en la polémica de mala fe. Una serranía tiene su valor estético y su valor económico que no son incompatibles; por eso hablo de una colonización inteligente y bien dirigida. Claro es que el amante de las grandes soledades le perturba una ciudad en el desierto. Ya no es desierto. Al que quiera la serranía con sus jornaleros rebeldes, dispuestos á caer en el bandolerismo del siglo pasado ó á echarse al monte otra vez siguiendo la bandera roja del famoso veterinario, le perturbará que entre allí una civilización más humana.

Pero volvamos á Loja. Antes buscamos en el Genil la «Fuente del Paraíso» y la «Entrada de los Infiernos». Este paisaje abrupto, hermano del de los Gaitanes y de la Serranía de Ronda, tiene tal fuerza de sugestión que cuesta esfuerzo separarse de él. Vamos á ver las calles desiguales, las costanillas y plazuelas irregulares de traza serrana. Subiremos hasta el peñón coronado—como en tantas ciudades—por los murallones de un fuerte, que fué castillo moro, y que hoy está abandonado á trechos, y á trechos edificado. Su pintoresca posición, dominando el curso del río y una magnífica campiña, bien cultivada, nos hará volver á él en todas

nuestras expediciones por la parte vieja. Pero esta ciudad tiene muchos lugares apacibles, alamedas que bajan hasta el Genil desde la misma torre de la Iglesia Mayor al pie del castillo; casas de tipo severo, algunas con graciosas galerías altas ó porches de estilo cordobés.

Ni aquí—ya lo saben mis lectores—ni aquí ni en ninguna parte de España, quiero viajar como un turista. Esta ciudad de Loja convida á vivir una vida tranquila, á separarse de todo cuidado, á no seguir la marcha de las cosas de fuera. Está muy cerrada. Haría falta un poco de agitación y de renovación que le aproximara en realidad á la sierra de que es señora.



Vista parcial de Loja y parroquia de la Iglesia de San Gabriel

LUIS BELLO



Cámara. Fio.



PINTORES IMPRESIONISTAS

RENOIR Y EL ARTE ULTRAMODERNO

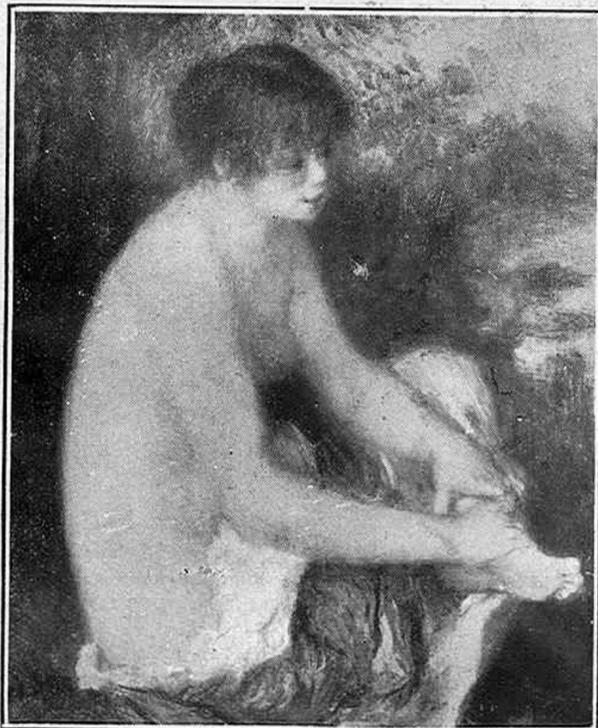
UNOS COMENTARIOS

AL mismo tiempo que se celebran grandes exposiciones en los salones oficiales y sociedades constituidas, y se abren al público cada quince días cientos de exposiciones particulares, todas ellas, salvo rara excepción, de carácter ultramoderno, *expresionismo*, *puntillismo*, *planismo*, *cubismo*, *futurismo*, *impresionismo* y otros *ismos*, París tiene el buen gusto y la amabilidad de ofrecer cada seis á diez meses, y con cualquier natural pretexto, una exposición de un artista consagrado, cuyas obras alcanzaron celebridad y grandes precios.

Son estas obras, para el público y aficionados que siguen la trayectoria del arte moderno, algo así como un descanso á lo largo de una difícil *caminata* de tropiezos y dudas, en la que hubiésemos buscado sin cesar una bella orientación de nuestro destino; interrogación á nuestros propios pensamientos y *cansancio por esa difícil caminata*. Y así, bien pudiéramos decir como el *Crispín* de *Los intereses creados*: «El mundo ya está viejo y chochea; el arte no se resigna á envejecer, y por parecer niño finge balbuceos.»

Una hermosa é interesante exposición de Renoir es ahora la que en estos días nos ofrece la virtud de un deseado descanso, y en que nos hace pensar en las causas de la actual decadencia artística, no obstante se obstinen los ultramodernos en asegurar lo contrario.

Esa tan interesante exposición, organizada á la memoria del más francés de los pintores franceses, que se está celebrando en los salones de la casa M. M. Bernheim-Jeune, es todo un ejemplo demostrativo frente al actual *Salón de los Independientes*, de que el arte ultramoderno se encuentra en un *callejón sin salida*, en el cual siguen más por amor propio que por convencimiento de ideales.



«Bañista»



«Retrato de niñas»

Viendo esta colección de cincuenta y dos obras de Renoir, se nos ocurre pensar lo mucho que ha aprendido teóricamente la presente generación de los ultramodernos y lo mucho que ignoran del oficio artístico.

Mientras que Renoir, como sus compañeros los impresionistas, nos han legado una bella forma, aunque incompleta, de saber interpretar, de saber ver la Naturaleza y de apreciarla de una forma seria y personal, el ultramodernismo, sal-

vo rara excepción, nos fatiga y nos aleja cada vez más del contacto que á sus teorías habíamos puesto hace algunos años, cuando creíamos en una posible renovación formal de la pintura y de la escultura.

No obstante la directa influencia que ejerce Picaso sobre los que se creen más seguros mantenedores del movimiento artístico actual, la mayor parte de los pintores y los últimos salones son una patente prueba de ello: no son más

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE ECHEA

(CONTINUACIÓN)

—Y yo me alegro mucho de oírte hablar así —prosiguió Stough Greenleaf, familiarizando bruscamente el tratamiento—. Puesto que he podido engañar á un hombre tan vivo como tú, ello prueba que sé todavía andar por el mundo. Tú, como yo, eres un sentimental, un imaginativo. Te he observado con tu perro, con tu negro y tu cerveza. No, no eres lo que se dice un busca-dinero. Y por esto precisamente es por lo que simpatizo contigo. A los otros... ofréceles una ganancia de cien dólares por un dólar, y en seguida muerden el anzuelo. Ofréceles mil dólares por uno, diez mil dólares por uno, y, vamos, es que se vuelven locos. Pero, hijo, yo ya soy un viejo, y no deseo más sino acabar mis días respetado, hasta cierto punto, de mis semejantes, y, eso sí, con un poco de comodidad.

—Y tal vez por eso le gustan los grandes viajes. Ahora empiezo á comprender. En el preciso momento en que se va á dar con el tesoro, un accidente imprevisto, la pérdida del agua potable del navío, por ejemplo, obliga á sus comanditarios á desandar lo andado y á cubrir los gastos de un nuevo viaje, á no ser que prefieran abandonar el negocio.

Stough Greenleaf hizo un gesto aprobatorio, y bajo un rayo de sol que penetraba en la cabina sus ojos se frunció en un guiño malicioso.

—Antes del *Mary Turner* ha habido el *Emma Louisa*. Su crucero duró dieciocho meses, gracias á ciertos contratiempos que yo supe «agenciar» sucesivamente. Además, mis capitalistas me tuvieron, antes de la partida, durante cuatro meses, en uno de los mejores hoteles de Nueva Orleans. Y puedes decir que me proporcionaron todo el dinero que necesité.

Dag, de un trago, vació su botella.

—Bonita combinación. La pondré en práctica cuando me sienta viejo, muy viejo. Pero tranquilícese usted: no le haré la competencia.

—Como ves, todo consiste en encontrar comanditarios ricos. Cuanto más ricos son, más fácilmente interesados por el negocio.

—Sí, la codicia es insaciable. Cuanto más se tiene, más se quiere tener.

—Exacto. Además pierden el dinero, pero no la salud. Al contrario. Esos viajes son excelentes para el organismo.

Dag descorchó otra botella y preguntó:

—¿Y ese chirlo en la cara y esos dedos cortados? Desde luego, no habrá sido en esa chalupa imaginaria.

El mayordomo renovó el *cock-tail* de Stough Greenleaf, que continuó sincerándose con Dag Daughtry.

—Sabe, ante todo, que soy un *gentleman* auténtico. Mis antepasados ocupan un lugar importante en la historia de los Estados Unidos, aun antes de que los Estados Unidos existiesen. He estudiado en una famosa Universidad. Mi nombre actual no es mi verdadero nombre. Tú no sabes la de disgustos que yo he tenido en la vida. De joven, sí, de joven tuve buena suerte. Pero después... ¿Mis cicatrices y los dedos que me faltan? Fué un accidente, una mañana, en un *sleeping-car*. Volví de La Florida. Ocurrió un choque. Estábamos atravesando un puente elevadísimo. El tren en que yo viajaba se partió en dos, y algunos coches cayeron al espacio. Me hallaba á medio vestir, sentado, las piernas colgando al borde de mi litera, cuando chocaron las dos locomotoras. Salí botado por la ventana del vagón, y me encontré en el lecho de un torrente medio seco. Todos los demás viajeros perecieron. Yo, sólo me había desvanecido. Cuando volví en mí me vi rodeado de médicos. Tenía estas heridas en la cara, estos dedos de menos, aparte tres costillas que se me extraviaron. Desgraciadamente, viajaba con un billete de favor, por lo que me fué imposible pedir indemnización á la Compañía. En fin, mayordomo, ¿otro traguito?

Dag preparó otro *cock-tail*, y aprovechó la ocasión para descorchar una tercera botella de cerveza.

Stough Greenleaf reanudó el hilo del cuento:

—Nací, como ya te he dicho, bajo el influjo de una buena estrella. No me duró mucho. No hablemos de ciertos disgustos de familia, que para ti no tienen interés. Gasté mis últimos dólares negociando en algodón, cacao, caucho y, finalmente, en caobas del Yucatán. Un día me vi obligado á comer de la beneficencia pública. Durante noches enteras hice cola para proporcionarme un pedazo de pan, asombrado de no desvanecerme de hambre y pensando ya en pedir una cama en un asilo nocturno. Pero había en mí un gran orgullo atávico, y no he sabido nunca quejarme á nadie de mi suerte. Tampoco pensé nunca en pedir nada á mi familia.

Hallé trabajo en un taller de lavado y planchado de Boston. Como Dios me daba á entender realizaba mi faena con mi única mano, mi muñón y mis costillas de menos. Ganaba dólar y medio semanalmente. Para economizar ese dólar y medio me impuse todas las privaciones que podían soportar mi cuerpo y mi estómago. Fumaba un tabaco infecto, comprado á un precio irrisorio. Pero ese dólar y medio era la sierra de acero de que se sirve un preso para evadirse. Y en mi cerebro fuí creando con todas sus piezas el *Wide Awake*: su casco, su arboladura, su

cargamento de oro, su naufragio, el de la chalupa, las cajas que contenían el tesoro bajo una braza de arena...

Dag Daughtry blandió su botella vacía.

—¡Admirable! ¡Admirable! Siga, señor, siga...

Stough Greenleaf se inclinó modestamente, tomó alientos y prosiguió:

—Llegó, al fin, la hora de la evasión, no sin sufrir antes una pleuresía que por poco acaba conmigo. Salí del taller con un peculio de ciento cincuenta y un dólares, reunidos después de dos años de sufrimientos inolvidables. Me adecenté un poco y alquilé una habitación en un modesto hotel, economizando á cuenta de la comida; pero invitando generosamente á beber á todo el mundo y perfeccionando insensiblemente mi novela del *Wide Awake* y su cargamento de oro, naufragado en los mares del Sur, en un lugar que yo solo conocía...

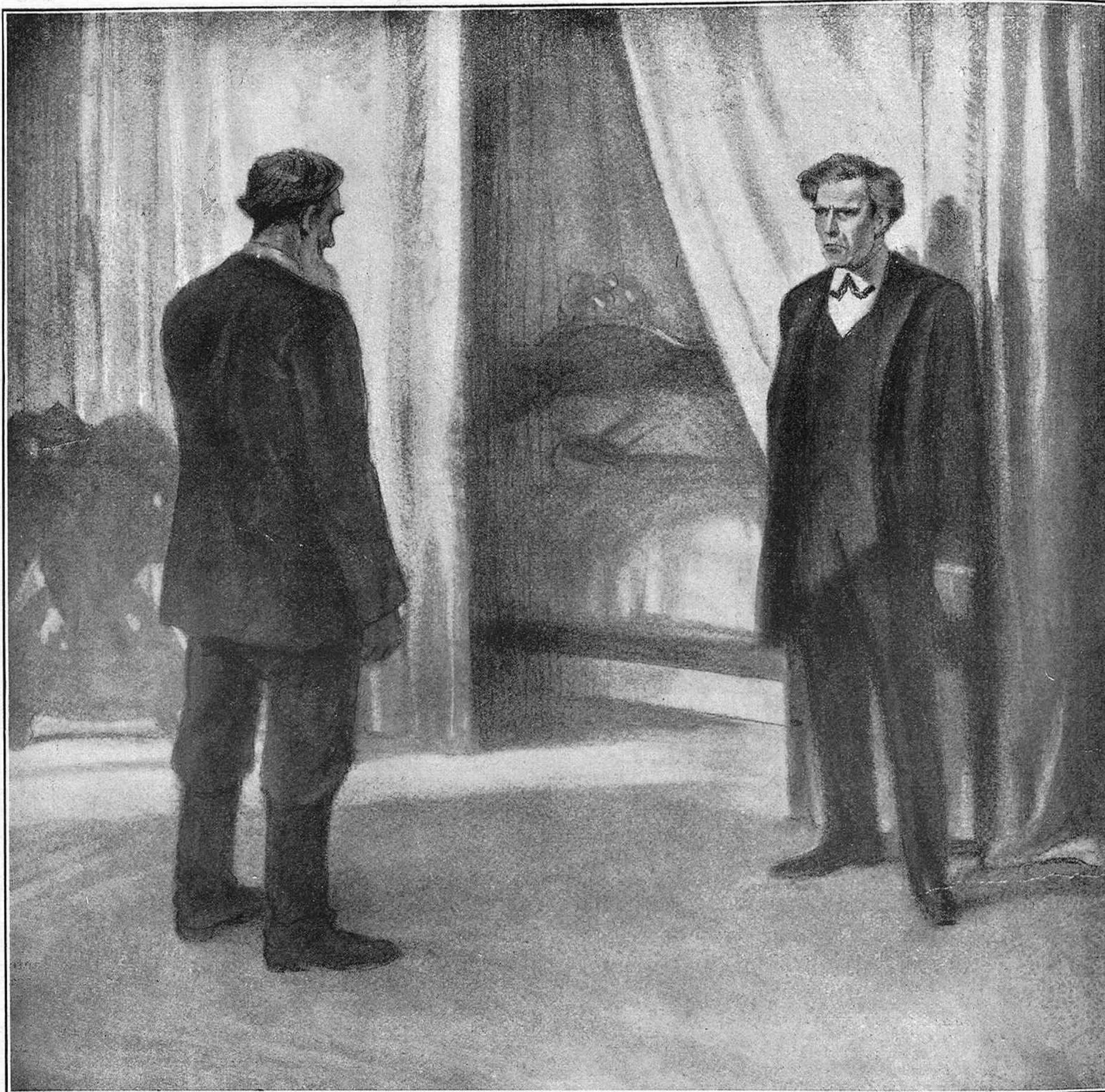
Gentes codiciosas y crédulas organizaron una pequeña expedición, que fracasó por falta de medios suficientes, y hubo que volver al principio. Empezaba á rehacerme, á convertirme en todo un personaje. Fué entonces cuando pude pagarme esta pepita de oro que sirve de colgante á mi cadena de reloj, y que fué otro anzuelo para atraer nuevos peces. También entonces me compré estas alhajas, que son, igualmente, un cepo maravilloso. Hoy ya no se ven como éstas. Bebiendo y fingiéndome borracho exageraba aun más la importancia del tesoro.

La historia empezó á ser conocida, hasta el punto de que vinieron á entrevistarme un día sobre el asunto del *Wide Awake* y su naufragio. Me negué á hablar, y mi silencio fué el mejor reclamo. Otros hablaron por mí, y muy pronto los diarios consagraron columnas enteras á mi asunto.

Entonces vino á verme un joven, doctor en Filosofía, muy rico, y me ofreció su fortuna. Llegó á tiempo, porque no me quedaban más que veintiocho dólares, y ya preveía el asilo de noche ó la muerte. Claro que la última me parecía preferible. Era un loco muy simpático el tal doctor en Filosofía. Le hice descripciones maravillosas de los mares del Sur, de las nieblas vaporosas, impulsadas por los vientos alisios, de las islas de palmeras y corales. Le embriagué de perfumes del trópico. Se entusiasmó y adquirió inmediatamente una pequeña goleta de pesca, que hizo arreglar y colmar de más comodidades que un yate de recreo.

Era un tipo original. Pocos días antes de la partida me espetó inesperadamente:

—¿Qué va á pensar mi amiga de una ausencia tan larga? De verdad que no me faltan ganas de llevarla con nosotros.



... me condujo á su dormitorio, y, descorriendo las cortinas de la cama, descubrió á mis ojos la momia de una joven egipcia...

Yo había ignorado hasta entonces la existencia de esa amiga, y ante mi sorpresa por sus palabras, añadió:

—Venga, venga conmigo. Voy á presentársela.

Me condujo á su dormitorio y, descorriendo las cortinas de la cama, descubrió á mis ojos la momia de una joven egipcia, dormida desde hacía varios miles de años, y que reposaba dulcemente entre las sábanas.

La momia bogó con nosotros hacia los mares del Sur, y puedes creerme que á punto estuve yo también de enamorarme de ella.

—Pero—preguntó Dag—¿cómo al regreso aceptó el doctor el fracaso del viaje?

Stough Greenleaf rompió á reír á carcajadas.

—Con la mejor voluntad del mundo. Me echó un brazo por el hombro y me declaró que estaba hablando con un embustero delicioso, que á medio viaje ya se había dado cuenta de que mi historia no era nada más que eso, una historia—le

advierdo á usted, mayordomo, que desde entonces la he perfeccionado bastante—; pero que no por eso le había encantado menos el viaje, y que me estaría agradecido toda la vida.

Era un muchacho encantador. Mucho me quería, pero yo no le quería menos. Le confesé toda la verdad, mis orígenes y mi calvario. Me consoló con enternecidas palabras, y me dijo que pensaba adoptarme legalmente, al mismo tiempo que á Isthara, la momia egipcia. Ciel! llegada la hora de mi redención. Sí, sí... Al día siguiente lo encontré muerto en su cama. No sé si una embolia ó un derrame cerebral... Supliqué que lo enterraran con su amiga. Pero su familia, gentes incomprensivas y sin entrañas, legaron Isthara al museo de Boston, y á mí me concedieron una hora para quitarme de en medio.

Regresé á Nueva York, en donde volví á empezar la comedia con éxito idéntico. De vuelta tuve algún que otro contratiempo; pero logré

escapar lo mejor que pude. Lo mismo sucedió en Nueva Orleans, y me trasladé en seguida á California. Este es mi quinto viaje. Mis socios de ahora son los que más se han resistido á entrar por vereda. Pretendían nada menos que yo anticipara todos los gastos. Fingí caer enfermo. Logré asustarlos: si me moría, adiós tesoro. Se decidieron al fin, y pagaron cuanto quise, incluso mi provisión de licores y cigarros.

Ahora .. aquí me tienes sin agua potable. Será preciso poner proa á las islas Marquesas, para aprovisionarse. Después, á empezar de nuevo. La codicia los ciega, y no se cansarán nunca, aunque pierdan las pestañas.

—Ya decía yo...—comentó Dag Daughtry—. Desde el primer momento me pareció éste un barco de locos.

Y en la cala, durante esta conversación, el agua potable seguía saliéndose de los barriles agujereados...

Muy temprano, á la mañana siguiente, el marino encargado de la provisión de agua advirtió que la mayoría de los toneles estaban vacíos. Se lo hizo saber al capitán Doane, que comunicó inmediatamente la mala nueva á sus asociados.

Llovieron los juramentos y las lamentaciones. Simón Nishikanta parecía el más furioso, y no se cansaba de prometer suplicios al culpable. Grimshau, con sus manos monstruosas, renovaba continuamente el gesto de estrangular á alguien. En cuanto al viejo marino, repetía:

—Hace tiempo me encontré en una situación parecida. Mejor dicho, en una situación mucho peor que ésta... Navegaba á bordo de la *Chispante* cuando encallamos en un arrecife, y allí dejó sus costillas... Era una noche como boca de lobo...

—¡Cállate, condenado!—tronó el judío armenio—. Acabarás por ponernos nerviosos con tus dichosos recuerdos...

Fueron interrogados todos los hombres de á bordo, y todos juraron que eran inocentes. No era posible sospechar de ninguno especialmente. No quedaba otro remedio que aceptar el hecho consumado. Por si fuera poco, una hora después, el capitán Doane sorprendió al segundo de á bordo intentando abrir su pupitre con una llave falsa, para curiosear, sin duda, los documentos relativos á la navegación del *Mary Turner*. Fué una escena ruidosa, pero sin más consecuencia. El segundo de á bordo era un hombre formidable, y sus puños inspiraban demasiado respeto al capitán.

Fué modificada la ruta del bergantín, y por la tarde, Stough Greenleaf confió á Dag Daughtry, loco de alegría, que se había puesto proa, como él había previsto, hacia la más próxima de las islas Marquesas.

El mayordomo bajó á afeitarse, no sin cierta inquietud sobre si allí en donde se detuvieran se encontraría buena cerveza y en cantidad suficiente. Ya se preparaba á hundir la navaja en la masa jabonosa, cuando advirtió en su frente, precisamente en medio, una mancha oscura. Acabó de afeitarse y se tocó la mancha con el dedo, preguntándose extrañado cómo habría podido darse un golpe inadvertidamente en semejante sitio. De lo que no se dió cuenta fué de que el lugar de la mancha había permanecido insensible al contacto del dedo, y que la carne parecía un poco inflamada.

—¡Es extraño!...

Y no volvió á pensar en ello. Y es que no sospechaba el pavoroso significado de aquella mancha oscura, que no había podido escapar á los ojos de almendra de Ah Moy, y que el chino veía aumentar día por día, con horror creciente.

El *Mary Turner* navegaba desde hacía dos días con todo el velamen desplegado hacia la nueva dirección, impulsado por los vientos del Sudeste. Después calmáronse los vientos, y Nishikanta, que no se cansaba de repetir al capitán Doane que se sentía tan incapaz de hallar las islas Marquesas como la Cabeza del León, había empuñado su carabina y se había apostado al acecho en la proa del bergantín, dispuesto á tirar sobre lo que fuera: delfín, marsopla ó simple caballa.

Fué, por el contrario, una enorme ballena lo que se presentó, acompañada de su ballenato. El bergantín flotaba sobre un mismo lugar, las velas caídas, cuando Simón Nishikanta disparó contra el ballenato. Fué tan exacto y afortunado en la puntería, que lo hirió de muerte; azar extraordinario, algo así como matar un elefante con una cerbatana. El ballenato, á pesar de todo, no había de morir inmediatamente. Pero dejó de moverse y parecía flotar inerte sobre las olas.

La madre en seguida se acercó consternada á su pequeño, empujándole por las aletas, dando vueltas á su alrededor, esforzándose, en fin, por sostenerlo á flote. Toda la tripulación observaba la escena desde el puente del bergantín, y todos se preguntaban, inquietos, qué iba á pasar como consecuencia del furor del enorme cetáceo, del mismo tamaño que el *Mary Turner*.

—¿Y si nos juega la misma partida que al

Essex?—preguntó Dag Daughtry al viejo marino.

—Pues querría decir que nos daban lo que nos merecíamos... Ese disparo ha sido una estupidez y una crueldad.

Michaël, viendo á todo el mundo acodado en el empalletado y preguntándose por qué, saltó sobre la toldilla para poder mirar él también, y al ver al monstruo se puso á ladrar con voz insultante y agresiva. Todos se volvieron hacia él, temiendo que sus lamentos irritasen aun más á la ballena. El mayordomo le hizo callar con una orden breve, proferida en voz baja.

—¡No vuelva á hacer esto!—murmuró el granjero californiano al oído de Nishikanta—. Si vuelvo á verle tirando á una ballena, le estrangulo hasta que se le salten los ojos.

El judío sonrió.

—No se preocupe... No pasa nada... Yo, por mi parte, no creo en esa historia de la *Essex* echada á pique por una ballena.

Entretanto, el ballenato, animado por la madre, intentaba vanos esfuerzos para volver á nadar. En el curso de sus evoluciones, la ballena tropezó violentamente por estribor con el *Mary Turner*, que osciló de manera inquietante. Minutos después, el monstruo, que se había lastimado en el choque, volvió contra el bergantín y le sacudió por babor un terrible coletazo. Se rompió el casco por el lugar en que había recibido el golpe, como si se tratase de una caja de cigarrillos.

Fué cegada inmediatamente la vía de agua. El ballenato agonizó durante cerca de una hora. Finalmente, pareció sacudido por un intenso temblor de todo el cuerpo...

—Son los últimos espasmos—declaró el viejo marino.

Transcurrieron aun cinco minutos, y el capitán Doane profirió:

—¡Muerto! ¡Muerto! Y de un solo balazo... Ahora lo que nos hace falta es una poca de brisa y huir de esta peligrosa vecindad.

—¡De buena nos hemos librado!—apoyó Grimshau.

Pero en vano el capitán Doane interrogaba las velas inertes, y escrutaba el cielo y el mar. Ni una ola digna de este nombre se elevaba en lontananza.

—Bien está lo que bien acaba—dijo Grimshau—. La ballena se aleja de nosotros... Perfectamente.

Como todo el mundo, Nishikanta contempló, mientras se secaba el rostro y el cuello con su pañuelo de seda, el monstruo que se alejaba.

Y dijo, bromeando:

—¡Y que no hay miedo por casa!... Y todo por un pececillo.

—Pues juraría—respondió Grimshau—que también usted había cambiado de color. Sin duda, le afluí la sangre á su cara de cera.

La charla fué interrumpida por un clamor de los marineros y un grito del capitán Doane:

—¡Que el Señor nos perdone!

La ballena, en efecto, había virado y se dirigía al bergantín como una flecha, dejando tras de sí un profundo surco, como el que pueda dejar un *dreadnought*.

—¡Cuidado! ¡Cuidado todo el mundo!—rugió el capitán.

Cada uno se agarró á donde pudo. En vano trató de virar el bergantín. La ballena, más rápida, lo acometió en pleno costado. Todo bailó á bordo; al golpe formidable, todo se vino al suelo en la cabina, y los mástiles oscilaron como beodos.

—¡Jackson!—ordenó el capitán Doane—. Vaya á ver si hay agua en la sentina.

Obedeció el segundo de á bordo, mientras la ballena se alejaba, arrojando al aire un gran chorro de agua.

—Vea usted, Nishikanta—gruñó Grimshau—el fruto de su trabajo. Estará usted satisfecho.

—Sí que lo estoy—respondió el judío—. Nunca creí que una ballena fuera capaz de un tal combate. Por lo menos, he aprendido algo.

Volvió el segundo de á bordo:

—Abajo todo está seco.

—¡Viene otra vez!—exclamó Dag Daughtry.

La ballena, que se había alejado una milla, había virado, en efecto, bruscamente y vuelto

á la carga. Los marineros, que habían descendido un instante al entrepuente, habían reaparecido, cargados con sus equipajes.

—Las ratas se disponen á dejar el navío—observó Dag al viejo marino.

—Ratas seremos todos dentro de unos instantes—respondió Stough Greenleaf.

Michaël había vuelto á saltar sobre la toldilla y ladraba á la ballena. Esta chocó tan fuertemente con el barco, que el mismo *Michaël* fué proyectado al suelo. El capitán Doane y dos hombres rodaron por el puente.

El capitán se levantó y se palpó todo el cuerpo, como para comprobar que todos los huesos estaban en su sitio.

Envió otra vez al segundo á observar la sentina y la cala, mientras que el chino emergía de la timonera con su saco lleno hasta reventar. Dag y Kwaque descendieron también para lo mismo.

—El bergantín hace agua—declaró el segundo.

Michaël ladraba y aullaba cada vez más furiosamente, amenazando á la ballena y á todo aquel universo hostil que parecía haber difundido un miedo pánico entre sus humanos dioses.

—¡Hazlo callar!—ordenó Simón Nishikanta al mayordomo, que había reaparecido—. Si no...

Dag tomó á *Michaël* en sus brazos y respondió:

—Mucho cuidado con levantar la mano á mi perro. Usted es el culpable de todo lo que pasa. ¡Si te toca, *Killeny-Boy*, muérdele! ¡Escúpele á la cara!

—¡El agua sigue entrando, capitán!—dijo el segundo—. Hay ya seis pulgadas en la cala.

El *Mary Turner* empezó á hundirse, mientras que la ballena giraba á su alrededor, codiciosa de su presa.

—¡Preparad el bote grande!—ordenó el capitán—. Y cárguenlo de víveres y agua. No lo echaremos al mar hasta el último momento...

Esta vez, al choque violento de la ballena, una ola enorme había pasado por encima del bergantín, inundando el puente, y el agua fué á precipitarse en la cala, por las escotillas, haciendo descender más aun la línea de flotación del navío.

—¡El agua sube rápidamente!—reiteró el segundo.

Todos preparaban sus efectos en maletas y sacos. El capitán Doane había ido á buscar sus instrumentos á la cabina, y los marineros amontonaban en el bote grande cajas de salmón, de carne, mermelada, bizcochos, manteca y leche condensada, en fin, los víveres habituales á bordo de un navío, y los últimos barriles de agua dulce. La ballena se había lastimado en sus violentas acometidas, por lo que se abrieron largos intervalos en sus ataques.

Echaron al mar el bote grande. Era indudable que si todos embarcaban en él, el peligro de naufragio sería inminente.

—Los marineros son los más útiles—observó Simón Nishikanta—, pues que son ellos los que han de remar.

Y se entreabrió la chaqueta, enseñando un gran revólver automático, pendiente de una correa.

—A usted era á quien debían tirar al agua—respondió el granjero californiano—. Ocupa usted el sitio de cuatro, y me parece excesivo para una bestia asquerosa como usted.

—No hay que perder el tiempo. Se acabaron las discusiones—intervino el capitán Doane—. La ballena puede volver al ataque de un momento á otro.

—¡Somos demasiados!—gritó Simón Nishikanta cuando Dag Daughtry se disponía á embarcar.

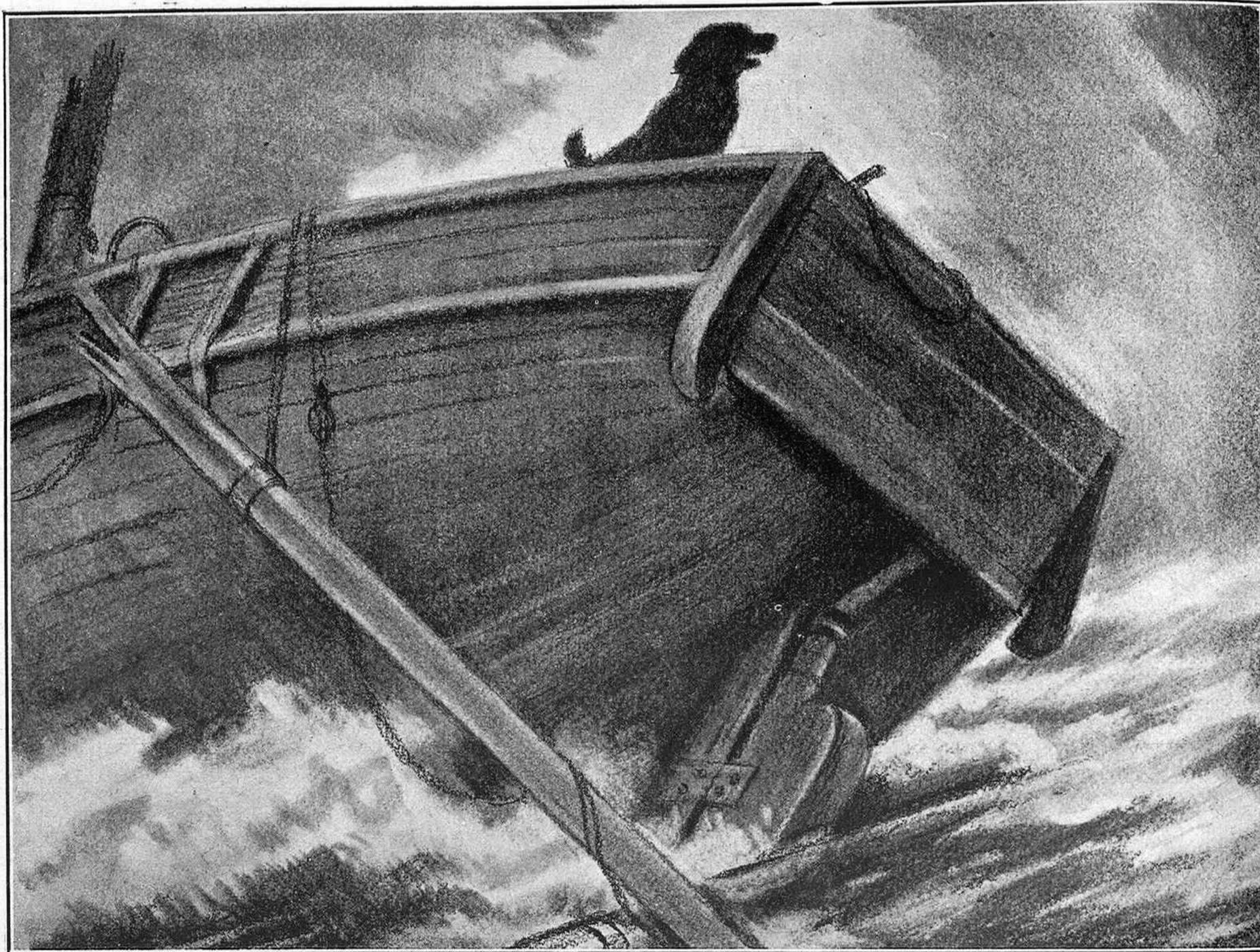
—¡Claro que sí! Este sobra—bromeó Grimshau—. No tiene revólver.

El capitán Doane, que pensaba en sus fincas de San Francisco y se preguntaba con inquietud si volvería á verlas, declaró:

—No, no hay sitio para usted, mayordomo. Ni para dos ó tres más. Yo lo siento mucho; pero es así...

—Encantado—respondió Dag—. No tengo ningún interés en vuestra compañía. Kwaque, coge tu equipaje y el mío y ponlos en el bote chico.





El terranova creía que se trataba de un juego, y se puso a ladrar alegremente...

Un marinero de ojos azules y cabellos rubios, alto y flaco, ayudó a Kwaque a cargar de víveres y una barrica de agua el pequeño bote, mientras que los tres asociados del viejo marino embarcaban, con el segundo y los otros hombres, en el bote grande. Daughtry había ido a buscar sus preciosas botellas de cerveza.

—¡Alerta!—gritó alguien—. Ahí viene otra vez.

La ballena derribó otros mástiles del *Mary Turner*, que seguía hundiéndose. El puente no tardó mucho en estar a ras del agua, lo que, por otra parte, simplificaba la operación del embarque en los botes.

—¿Viene usted, Greenleaf?—gritó el capitán cuando el bote se disponía a despegar del bergantín.

—No. Gracias. Me acomodaré en el chico.

—Vente con nosotros, cocinero—gritó Nishikanta—. Anda ya, diablo amarillo. Salta pronto.

Pero Ah Moy permanecía perplejo. Vacilaba entre la compañía del revólver del usurero y la de la lepra de Kwaque y de Daughtry. Ninguna de las dos cosas le parecían aceptables.

Finalmente, respondió:

—Prefiero irme en el bote chico.

En aquel momento, *Scraps*, el joven terranova, al que parecía divertir lo indecible toda aquella algarabía, dió un salto y vino a caer sobre un montón de cajas de conservas.

—¡No! ¡Perros, no!—protestó Nishikanta—. ¡Que lo tiren al agua!

Un marinero cogió a *Scraps* y lo arrojó al puente del *Mary Turner*, en donde cayó patas arriba.

El terranova creía que se trataba de un juego y se puso a ladrar alegremente.

—¡A remar!—ordenó el capitán Doane.

El bote empezó a separarse del bergantín, no sin que un coletazo de la ballena, al levantar otra ola enorme, pusiese en muy grave peligro la embarcación. Nishikanta, que estaba de pie en la popa, sin declinar su revólver amenazante, por poco pierde el equilibrio, y soltó el arma, que cayó al mar.

—¡Ja, ja!—exclamó Dag desde el bergantín, en donde hacía los últimos preparativos—. ¿Cuánto le había costado, Nishikanta? Dinero perdido y autoridad perdida. ¡Oigan, señores, si les falta víveres, ese cerdo que está de buen año puede hacerles un gran avío! Empiecen por él. Su carne puede que sepa a demonio, pero en trances difíciles no hay que ser melindrosos. Lo que no estaría de más es que le pusieran ustedes a remojo en agua salada durante veinticuatro horas.

Después, como el bote se hallase ya a unas cien yardas:

—¡Diga, capitán Doane!—gritó con todas sus fuerzas—. ¿Las islas Marquesas, hacia dónde caen?

—¡Norte, Nordeste, Oeste-Este! Nouka-Hiva es la más próxima. ¡A doscientas millas! Por poco que les ayude el Suroeste, pueden considerarse salvados.

—¡Gracias!

La ballena perseveraba, incansable, en su obra destructora. Fué arrojado al mar el bote chico. Stough Greenleaf, el viejo chino, el último marinero escandinavo, Kwaque y *Michaël*, embarcaron con Dag, que fué el último en abandonar el bergantín. Llamó luego al terranova, que seguía divirtiéndose de lo lindo, y que vino a reunirse con *Michaël*, mucho más serio y hasta rechinando los dientes.

Ya se disponía Dag a separarse del bergantín cuando un grito estridente y lastimero, a un tiempo mismo, llegó hasta la timonera a través de una escotilla.

El grito era éste:

—¡Cocky! ¡Cocky!

Y pasado un instante:

—¡Que se lo lleve el diablo! ¡Que se lo lleve el diablo!

Dag se arrojó sobre el puente y entre los restos del palo mayor, que se había derrumbado, se abrió camino hasta la timonera, en donde encontró al pobre animal encaramado en el borde de una litera, agitando las plumas, levantando y abatiendo alternativamente su cresta rosa, y lanzando todos los juramentos de su extenso repertorio contra la ballaquería del mundo, de los barcos y de los hombres que viven en los barcos.

La cacatúa saltó sobre el índice que Dag le tendió; después subió rápidamente a lo largo de la manga para ir a posarse en el hombro. Allí, hundiendo fuertemente sus garras, a través de la tela ligera de la camisa, en la carne de su protector, el pájaro inclinó la cabeza hacia el oído de Dag, y tanto como expresión de su agradecimiento que como para establecer claramente su identidad, dijo con voz dulce y acariciante:

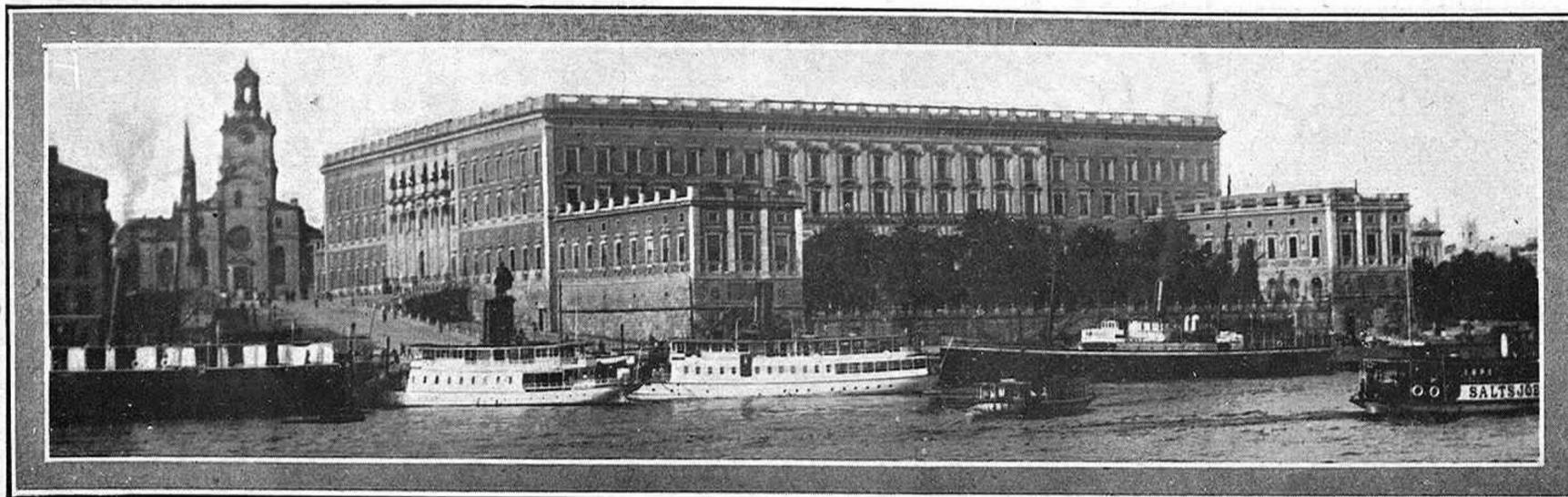
—¡Cocky! ¡Cocky!

—¿Qué quieres, barbián?—respondió Dag en el mismo tono.

—¡De primera!—exclamó *Cocky* con una voz de acento y timbre tan humanos que el mayor-domo se quedó atontado de asombro.

—¡Ea! ¡Y ahora alejémonos de aquí lo más pronto posible!

(Continuará en el número próximo)



El Palacio Real de Estocolmo, magnífica construcción del más puro renacimiento italiano, una de las más soberbias mansiones regias de Europa, á orillas del Saltsjö

S U E C I A

L A P R I N C E S A L E J A N A

SUECIA nos ha parecido siempre como una princesa lejana, perdida en la niebla. Y con motivo del actual viaje del Rey Gustavo V á España, nuestro interés por conocer algo de ese país lejano se ha avivado notablemente.

El pueblo sueco posee, ante todo, un gran sentido práctico: está dotado de muy buen gusto y tiene un gran cariño á las tradiciones. No debemos olvidar que los socialistas suecos, con Branting á la cabeza, son los primeros que se alzaron contra los bolcheviques.

La Familia Real es querida y respetada de todos, y aunque el régimen es constitucional, el soberano no ha dejado nunca de ejercer su acción personal y directa sobre un pueblo que le quiere y del que le preocupa su bienestar. El príncipe real goza de una gran popularidad, y todo el mundo recuerda la emoción que en ese país causó la muerte de su primera esposa en 1920, hija del duque de Connaught. El segundo hijo del Rey es teniente de navío, y ha hecho numerosos y notables viajes de exploración.

El Rey tiene tres hermanos: el príncipe Bernadotte, que se ocupa de filosofía religiosa; el príncipe Carlos, inspector general de Caballería, y, al mismo tiempo que dirige diferentes obras de caridad internacionales, es asimismo jefe de la Cruz Roja sueca. Su esposa es la hermana de los Reyes de Noruega y Dinamarca, y la encantadora princesa Astrid, duquesa de Brabant, es hija de ellos. En fin, el príncipe Eugenio, pintor paisajista universalmente conocido, gran protector de todos los artistas, es autor de los admirables frescos que decoran el salón de la alcaldía de Estocolmo.

Los príncipes ejercen, por su vida laboriosa, una gran influencia sobre el pueblo, como la ejercen también sobre todos los altos dignatarios. En Suecia todo el mundo trabaja, no solamente los hombres, sino las mujeres y las

jóvenes de toda edad y condición. Incluso los parlamentarios, que no pueden hacer de la política una profesión. El Parlamento no se reúne más que cuatro meses, cuatro meses bien empleados en hacer obra útil, cuatro únicos meses, durante los cuales cada parlamentario cobra veinte coronas diarias, que, en realidad, no pueden asegurarle la existencia de los ocho meses restantes del año. En el Parlamento, dividido en dos Cámaras, los representantes del pueblo están colocados, no por grupos, sino por orden alfabético. Los partidos más opuestos se acercan según la suerte lo depara, y parece ser que la marcha de los asuntos gana con ello. ¡Dichoso país!

Las ciencias, las artes y las letras ocupan un gran lugar en la vida sueca. No es necesario recordar que Suecia ha producido Linneo, y que el francés Descartes murió en Estocolmo y allí tiene su tumba. La tradición científica se ha mantenido en este país de trabajadores, y los suecos se han dedicado, sobre todo, á las aplicaciones de las ciencias á la industria. Sus ingenieros han hecho maravillas en la aplicación de la electricidad. Son autores de nuevos procedimientos en la fusión del acero; han inventado los faros automáticos,

y se han especializado en la industria del papel y en la construcción de maquinaria.

La literatura ha producido menos que la ciencia; pero ha dado, entre otros escritores, la gran Selma Lagerlof, cuyas deliciosas novelas interpretan tan á maravilla el alma del pueblo sueco, encantando á los lectores del mundo entero.

Los suecos se interesan en todas las literaturas, y muy especialmente en la española, aunque la elección de los libros españoles en sus bibliotecas no es siempre muy juiciosa. Los suecos hablan varias lenguas, especialmente las clases cultivadas. Los grandes focos intelectuales son las Universidades: Upsala, Gothenburg y Estocolmo, y no hay que olvidar que los literatos y los sabios del Universo han tenido en el sueco Nobel el mecenazgo más generoso.

Todas las artes son extremadamente florecientes en Suecia. Numerosos escultores y pintores, entre los cuales ya hemos dicho que se encuentra el príncipe Eugenio, han conseguido legítima reputación. Las artes aplicadas se distinguen especialmente en la industria de la cerámica y del vidrio.

Una preponderancia enorme tiene la música, y las sociedades musicales están subvencionadas de una manera real. La ópera de Estocolmo es conocida del mundo entero.

El cinematógrafo hace en Suecia una competencia temible al teatro. En Estocolmo solamente, existen setenta salas obscuras, y la producción cinematográfica tiene un puesto importante en el mercado mundial.

Desde el punto de vista turístico, un viaje á través de Suecia es un encanto, con la fría Laponia, la Dalecarlia, con sus bosques y sus lagos; la Escania, tan rica y sonriente; Gotemburgo, con su puerto famoso y el canal extraordinario y pintoresco que la une con Estocolmo, y al cual le han dado el nombre de la Venecia del Norte.

L. M.



Un aspecto de la campiña sueca, cuidadosamente cultivada, fuente abundante de riqueza nacional

Elegancias



Vestido de noche en «crêpe georgette» color verde Nilo
(Modelo Lecomte)



Vestido de noche en «crêpe georgette» en color palo de rosa
(Modelo Lecomte)

LOS TRAJES

DE ESTILO



Vestido en «charmeline» roja con adorno de trencillas
(Modelo Martial et Arnaud)



Vestido de «crêpe marocain» azul pavo, adornado con trencilla negra
(Modelo Bernard)



Vestido de popelín azul sobre fondo de seda color rosa
(Modelo Bernard)

DESDE hace algún tiempo se habla del renacimiento del traje de estilo. Pero veamos qué estilo. Se ven faldas 1830, bertas 1860, y, sin embargo, el estilo de hoy es el movimiento. El pedir á los costureros trajes de estilo equivale á encargar á Bugatti una *silla de brazos*. ¡Qué divertido resulta echar una ojeada á las modas femeninas desde los tiempos más antiguos!

En Asiria, en Egipto y en otros pueblos del Asia Menor, el vestido para las clases inferiores y para los esclavos estaba subordinado al clima. Los nobles y los ricos buscaban el distinguirse por el exterior y por ornamentos con que se cubrían.



Sombrero de paja guarnecido de cinta «gros grain» azul marino
(Modelo Agnés)

En Grecia, más tarde, el vestido de la mujer llegó á ser de una rara riqueza. Las coquetas gustaban de los trajes llamativos y complicados de colores: púrpura, azafrán y verde aceituna. A todas las gustaba cubrirse de joyas. El lujo de la *toilette* femenina fué con frecuencia reprimido por los magistrados especiales llamados Gynecónomos.

Pero todo ese lujo, toda esa riqueza del traje, no impedía el ser sencillo de línea, dejando á la mujer á la libertad de sus movimientos, porque no hay que olvidar que son los costureros de la Grecia antigua los que han inventado la *robe sport*. El día en que Nausicaa, jugando á la pelota en la playa de la isla de los Feácianos, se encontró con Ulises, estaba vestida de una túnica corta que dejaba en libertad toda su gracia y toda su esbeltez.

Más cerca de nosotros nos encontramos con la moda de la Edad Media, con los talles apretados.

Hasta nuestros días, la moda ha cambiado muchas veces; pero no por eso fué práctica.

La moda de hoy se inspira solamente de la vida moderna y de las necesidades que esta vida de movimiento crea.

Como siempre, las críticas no faltan, y la moda actual suscita bastantes.

Con frecuencia se la tacha de indecente.

La indecencia es, ante todo (según como se vea), el gusto dudoso y la excentricidad. Es también el uso que algunas personas hacen de una moda que está bien comprendida, pero que esas personas no comprenden.

La moda del pelo corto, que hizo y hace aún correr tanta tinta, no fué simplemente un capricho. De ninguna manera hay que considerarla como excéntrica. En los tiempos en que vivimos, ¿qué harían las mujeres con los antiguos moños prendidos en la cabeza á fuerza de horquillas, sosteniendo un inmenso sombrero de flores, plumas? ¿O con las faldas largas, con colas, mangas anchas, encerradas en un martirizante corsé?

¿Os podéis figurar á una señora en ese estilo vestida subiendo á un aereo-



Dos sombreros de paja y uno de seda, según modelos de Jane Vincent y Mauricette Robert



Toca en «jersey» azul bordado en oro y azul de otro tono
(Modelo Agnés)

plano ó á un automóvil de 10 caballos?

Muchas otras razones han transformado la moda en una concepción más racional. El verdadero secreto de la moda consiste en vestirse de tal forma que se puedan vivir todos los minutos rápidos, eléctricos, que debemos á una ciencia en progresión constante.

Apenas hace cinco ó seis años, la mujer compraba joyas por su propio valor; esas joyas no convenían siempre á todas las *toilettes*. Ahora, la mujer más elegante, la más rica, lleva joyas falsas para cada *toilette*, para combinarlas con ellas.

De un gusto exquisito «y muy joven» es el collar de perlas finas, tejidas en una *toilette* de *satín* rosa.

Las perlas son especialmente elegidas para combinarse con el tono del *satín*.

•••••

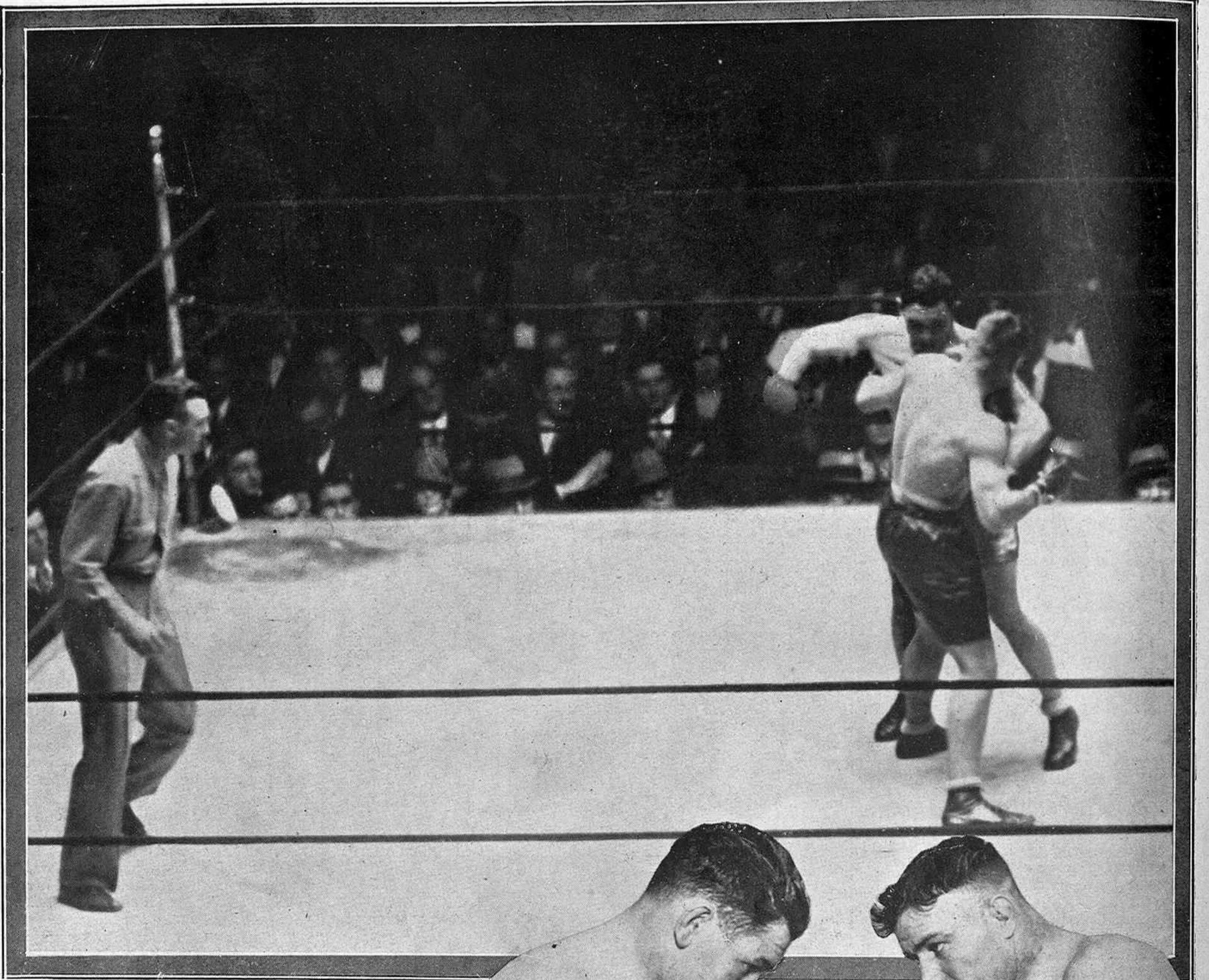
Durante varios años, los trajes han sido tan sencillos, que finalmente las mujeres se cansaron de ellos, y así es que reciben con alegría cualquier revelación nueva de elegancia.

Esa elegancia, que consistía antes en suprimir todo lo que era adorno, hoy es lo contrario, y encontramos un placer singular en los menores detalles de un modelo susceptible de interesarnos.

Esos detalles, variados, audaces, encantadores, son numerosos. Cuellos, puños, cinturones, pecheras, todo es un pretexto para nuestro interés, y nada lo prueba tan bien como la sonrisa de una mujer al descubrir un efecto inesperado.

Hay que decir, sin embargo, que si todos los adornos están admitidos y deseados incluso, hay reglas para emplearlos.

Este año nos ha traído las faldas bordadas y el resto del vestido unido; este año quiere que la silueta sea cortada, en lugar de una silueta alargada, y, naturalmente, como el talle es el lugar indicado para ello, en él se indican actualmente todos los adornos.



La derecha enferma (!) de Paulino Uzcudun castiga sin piedad el costado de Heeney durante el segundo asalto del último combate celebrado por el vasco en Norteamérica, del que salió de nuevo triunfante

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

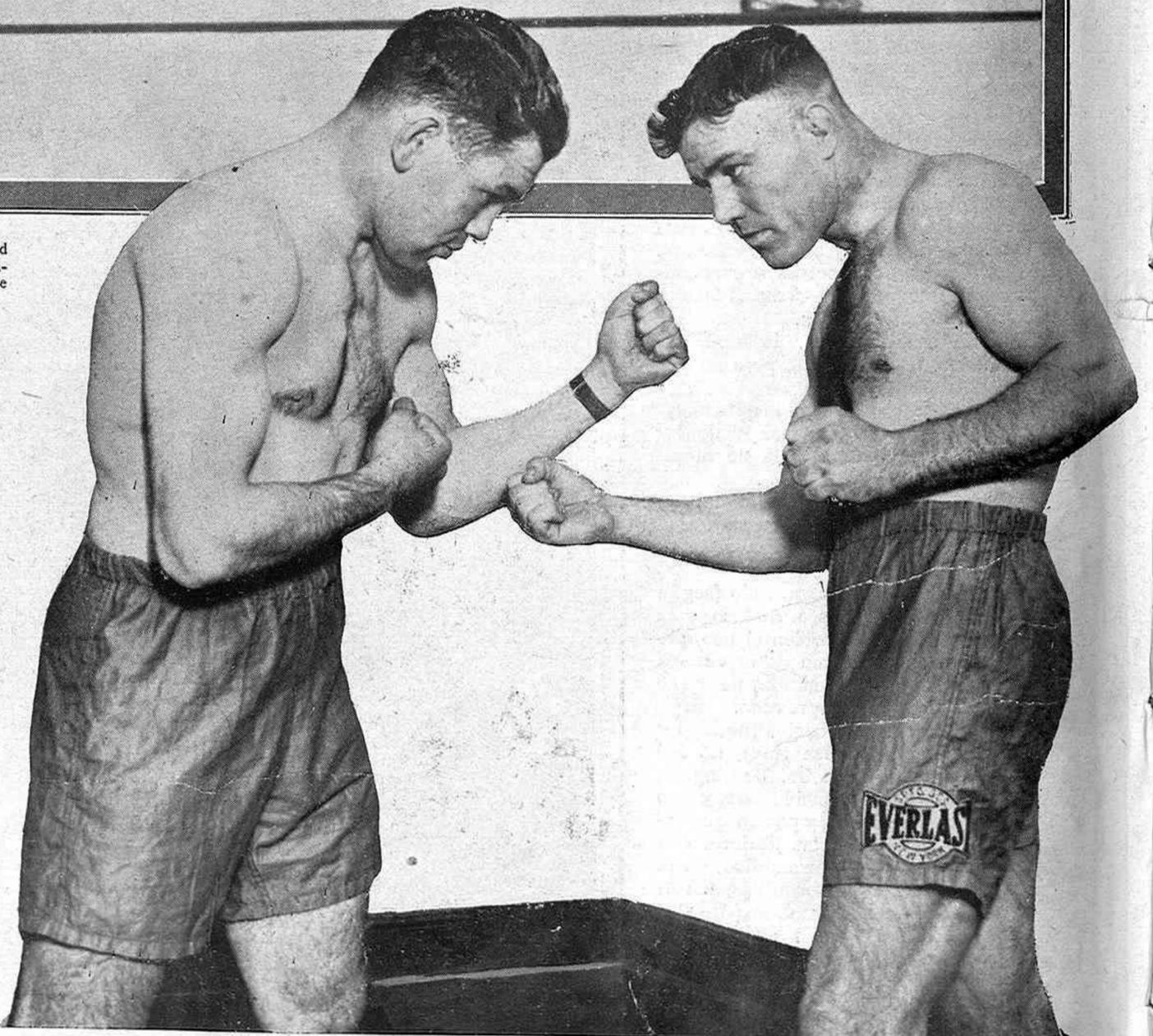
PAULINO EN ACCIÓN

Los puños de Paulino, á pesar de esas lesiones de que dan cuenta las noticias telegráficas, siguen tronchando hombres á medida que, puestos á su alcance sobre el ring, el árbitro da la señal de pegarse.

El último rival, Tom Heeney, ha durado más de la cuenta por culpa de esas articulaciones descompuestas que, dislocadas, tienen fuerza suficiente para arremeter con cuanto se les pone por delante.

En lo sucesivo, parece que los directores del vasco no le pondrán enfrente nuevos va-

Los rivales Uzcudun y Heeney posando para los gráficos, durante el obligado trámite del pesaje celebrado antes del combate





lores mediocres, de los que, en una jornada afortunada, pueden quitarlo todo, sin por su parte exponer gran cosa.

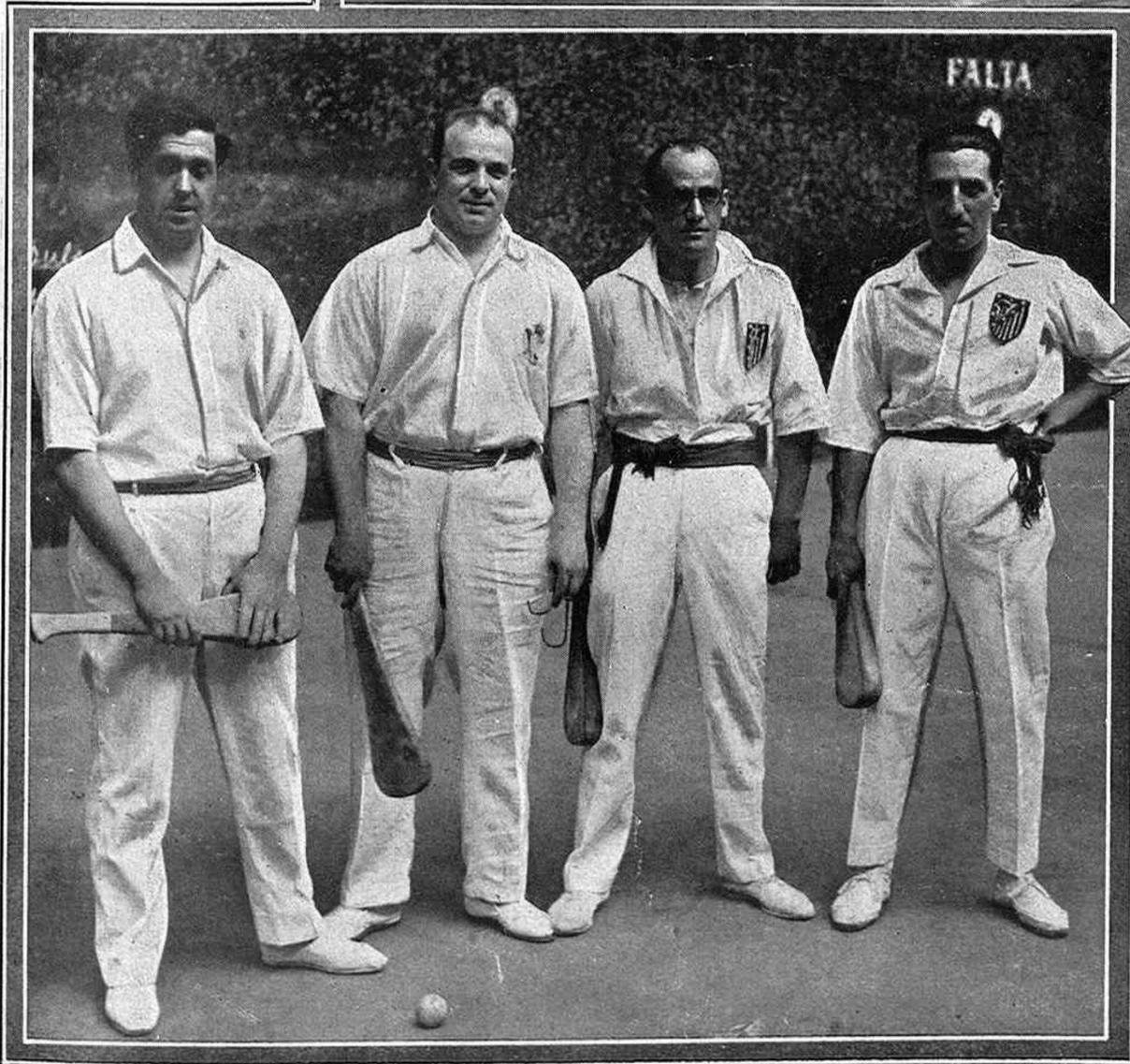
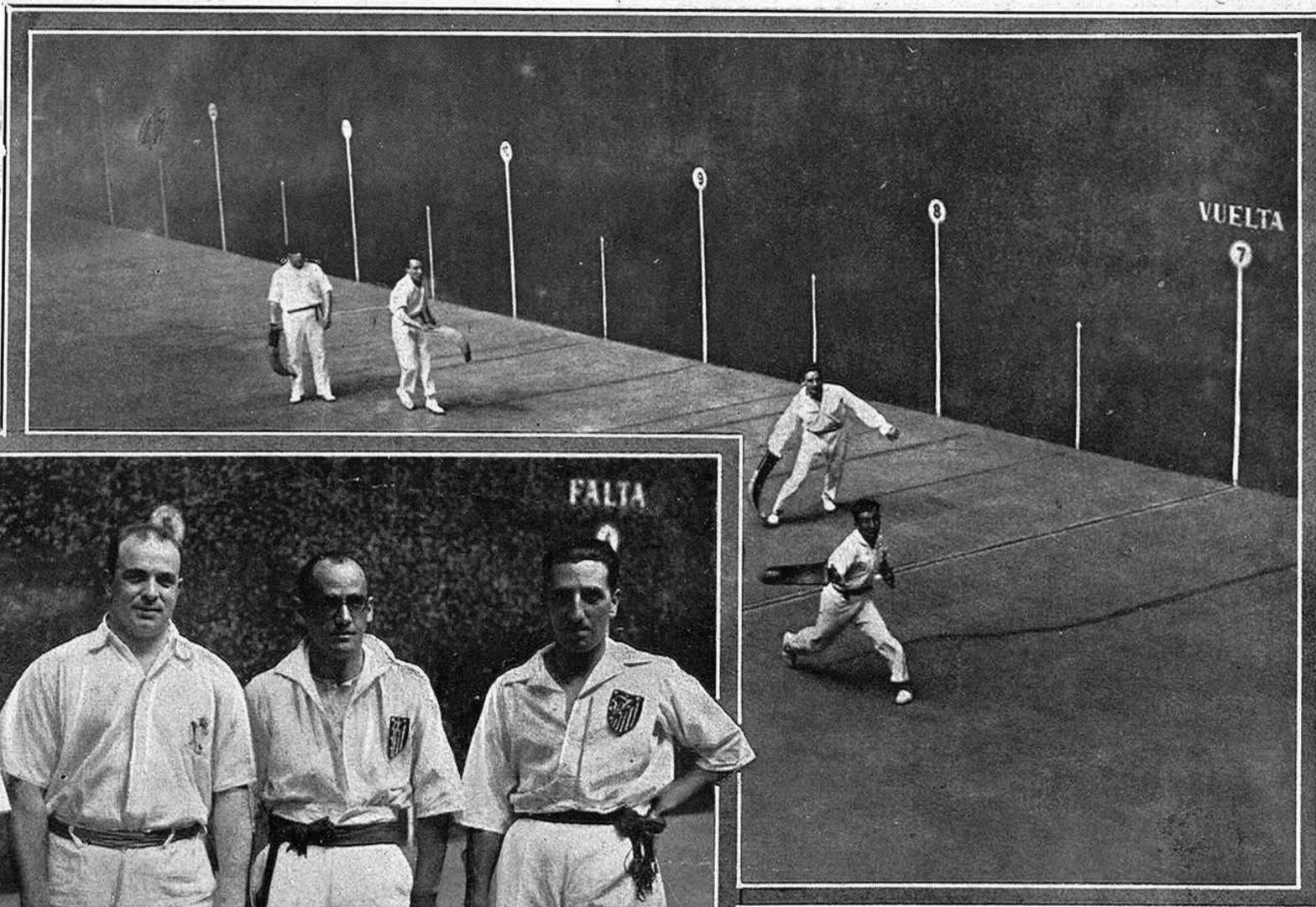
Si la Comisión oficial de boxeo no autoriza el combate contra Delaney, por no estar dentro de la categoría, parece lo más probable que en Junio próximo cruce Paulino sus guantes con Maloney, combate que contaría para la eliminatoria mundial, y del que, en caso de salir triunfante, le obligaría, como último compromiso antes de Tunney, á habérselas con Dempsey ó Sharkey.

LA PELOTA VASCA

En la ciudad condal, los mejores *amateurs* del clásico juego nacional de la pelota vasca, han celebrado recientemente el campeonato.

El nuevo equipo nacional español que, en la pista santanderina, logró vencer al grupo helvético por un tanto á cero

Del campeonato de España de pelota vasca en la ciudad condal. — Un momento del partido á cesta entre los representantes de Guipúzcoa y Navarra, que terminó con el triunfo de aquéllos



nato de España, al que han acudido los representantes de todas las regiones donde el deporte conserva la importancia que se merece.

Todos los partidos han sido presenciados por numerosos aficionados, y los vascos y guipuzcoanos, vencedores, á su regreso á la patria chica, fueron objeto de cariñosísimo recibimiento por los triunfos alcanzados.

Los jugadores de pala de los equipos de Guipúzcoa y Centro, Gutiérrez, Balda, Oyarzábal y Cotoruelo, antes del partido de campeonato, en el que los guipuzcoanos resultaron vencedores (Fots. Agencia Gráfica, Maymó, Sport y Arauñá)

EN SUIZA

PRIMER CONGRESO EUROPEO DE LA PELÍCULA ESCOLAR

DURANTE los días 7 al 12 del presente mes de Abril se ha celebrado en Basilea este importantísimo Congreso, al que han asistido más de doscientos delegados de diez y nueve naciones.

Las cuestiones sometidas al estudio y resolución de esta Asamblea, se hallaban comprendidas en los nueve grupos siguientes:

1.º Respecto á la Película escolar, lo concerniente á su contenido psicológico, á la materia de estudio y á la eficacia de la acción cinematográfica.

2.º Respecto al personal docente, cuál debe ser su cultura general y su especial preparación para la aplicación del cinematógrafo; modo de presentar con la mayor eficacia pedagógica la Película escolar, y, por último, colaboración que puede prestar el maestro para aumentar la colección de películas escolares.

3.º Respecto al alumno, cuál debe ser su preparación espiritual para recibir con provecho la lección cinematográfica, y cuál ha de ser la influencia que dicha lección haya de ejercer en su ánimo, encaminada á formar en el discípulo un juicio acertado de las cosas.

4.º Respecto á la Escuela, la determinación de los principales puntos que ha de abarcar un programa específico de enseñanza cinematográfica y cuál sea el lugar que corresponda á este programa en el plan general de estudios, así como también todo lo concerniente á la organización práctica del servicio cinematográfico escolar.

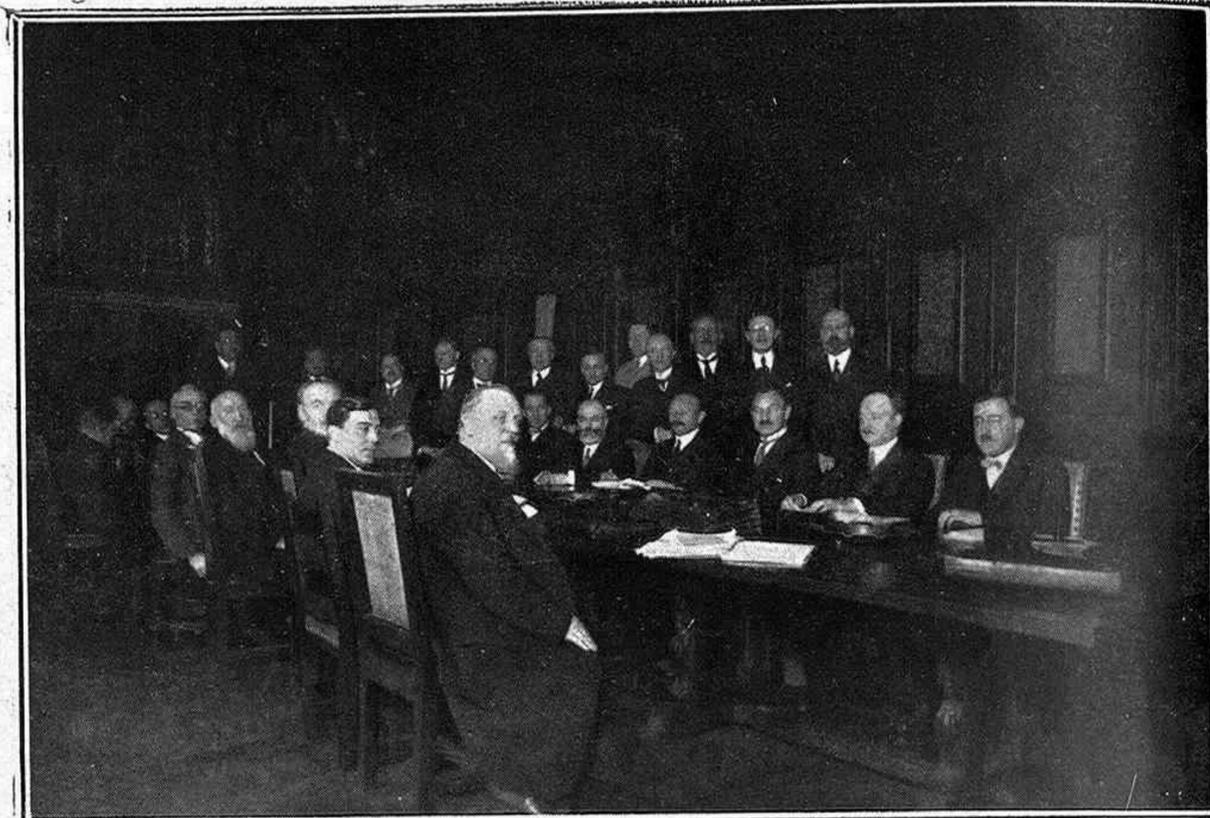
5.º Colaboración que cabe esperar del Municipio y de otros organismos sociales para la mayor eficacia de la enseñanza objetiva cinematográfica.

6.º Respecto al Estado, cuál debe ser su actuación en la labor de que se trata, por su calidad de órgano promotor de la cultura, inspector de la enseñanza y agente de la legislación escolar.

7.º Respecto á la Ciencia, como puede prestar su colaboración técnica, práctica y espiritual á la película de enseñanza.

8.º En cuanto á los productores de películas escolares, cuál deba ser su preparación específica, tanto en lo concerniente á la obtención de películas como á la propaganda de la mismas, y

9.º Respecto á la organización internacional de la cinematografía de enseñanza, el establecimiento de centros de información sobre producción y distribución de películas escolares y de literatura cinematográfica



La sesión primera del Congreso, una de las once en que se dividió esta importante Asamblea y que propuso la constitución de un organismo internacional permanente de la Película Escolar (Fot. Witt)

referente al Cinematógrafo escolar; la orientación pedagógica para la enseñanza cinematográfica; la sistematización y el estudio de las experiencias que en los diversos países se realicen sobre la materia; el intercambio de películas escolares, selección de las mismas, posibilidad de conseguir facilidades de transporte y reducción de tarifas, y manera de ampliar todo lo posible el campo de acción del cinematógrafo escolar, como medio educativo.

Para el estudio de estos problemas, y sin perjuicio de las sesiones generales, que resultaron muy interesantes y solemnes, se dividió el Congreso en once sesiones, de las cuales la primera tuvo á su cargo la más ardua de las cuestiones sometidas á deliberación, ó sea la referente á la cooperación internacional y á la constitución de un organismo europeo de la Película de enseñanza, la cual fué resuelta satisfactoriamente, con general aplauso y votación unánime, en la sesión del día 11, mediante las dos siguientes conclusiones:

1.ª La Conferencia europea de la Película Escolar, celebrada en Basilea, apoyándose en cada país en personalidades prestigiosas y competentes para servir de modo eficaz la causa, de la obra importante que desea llevar á efecto, constituye un Comité permanente de acción cinematográfica escolar, formado por tres miembros, á lo sumo, por cada país, elegidos por la Conferencia, y

2.ª El Comité permanente de acción cinematográfica escolar deberá ponerse en relación con las organizaciones de la Sociedad de Naciones que persigan los mismos fines, para realizar un trabajo armónico, útil y práctico.

Para integrar este Comité fueron elegidos por el Congreso, como miembros españoles, los señores Suárez Somonte, Acuña y Carrillo. Al margen del Congreso hubo una exposición muy interesante de aparatos de proyecciones fijas y cinematográficas, y, en horas compatibles con las sesiones, se proyectaron multitud de películas de enseñanza.

La Comisión organizadora del Congreso, presidida por el ministro de Instrucción Pública de Basilea, Dr. Hauser, é integrada por otras personalidades prestigiosas, como el Dr. Niederhauser, miembro también del Gobierno, y el doctor Imhof, secretario, alma de esta Asamblea, dispensó á los delegados extranjeros las más exquisitas atenciones.

El delegado oficial español, Dr. Carrillo Guerrero, que fué elegido por aclamación vicepresidente del Congreso, pronunció un discurso en la sesión inaugural saludando á los congresistas, dando las gracias por su designación para la vicepresidencia y expresando, con general aplauso, la misión espiritual que, por razones geográficas, étnicas y lingüísticas corresponde á España en toda obra universal de cultura como nexo entre Europa y la América española.

Todos los fines del Congreso se realizaron cumplidamente; pero, sobre todos esos fines, se ha cumplido también, como hizo notar el Dr. Carrillo en su discurso de la solemne sesión de clausura, otro quizás no previsto por los organizadores y, desde luego, no incluido en el programa, fué la exteriorización de un gran sentido de cordialidad europea y humana; pues se dió el caso, verdaderamente conmovedor, de que en el banquete oficial celebrado el domingo día 10, todos los congresistas, de pie, entonaron sucesivamente los himnos nacionales de los diversos países.



Pequeño grupo de congresistas, en el que figuran en primera línea, de derecha á izquierda, el Dr. Hauser, presidente del Congreso; el Dr. van Staveren, delegado de Holanda, presidente de la sección primera; el Dr. Carrillo Guerrero, delegado oficial español, y el Dr. Imhof, secretario general del Congreso (Fot. Witt)

EVOCACIONES HISTÓRICAS

LA PROCACIDAD DE UN MAGNATE

A la muerte del hijo de Hunyadi, Matías I, uno de los mejores reyes de Hungría, presentáronse cuatro candidatos á la corona de San Esteban.

Los más poderosos magnates favorecían la candidatura del rey de Bohemia, Uladislao; teníanle por príncipe débil y bondadoso, y calculaban, no sin fundamento, que podrían manejarle á su antojo, en provecho de sus miras ambiciosas.

Para proceder á la elección de soberano celebróse una Asamblea Nacional, que, según remota costumbre, se congregaba á caballo en alguna extensa llanura, por ser muchos los miles de individuos que acudían á estas juntas.

Reuniéronse los parciales de los cuatro pretendientes en el campo de Rakos, el 17 de Mayo de 1490. La candidatura patrocinada por la oligarquía salió triunfante, influyendo definitivamente en la elección de Uladislao el ambicioso y desaprensivo gobernador de Viena, Juan Szapolyai.

El nuevo rey no defraudó un punto las halagüeñas esperanzas que en él pusieron los magnates: dejábalos gobernar á gusto de su desahogada codicia, sin preocuparse, no ya de acrecentar ni aun de mantener el estado próspero en que su antecesor dejara el país. Lo único que le interesaba era asegurar á todo trance el trono de su familia, como lo consiguió haciendo coronar á su enfermizo hijo Luis, cuando era sólo un niño de dos años.

La apatía y debilidad de Uladislao fueron causa de la decadencia del poderío nacional y de la desorganización del ejército.

Un soberano que de tal modo se dasatendía de los asuntos del Gobierno y que todo le parecía bien, no debía de sufrir grandes contrariedades, y sin embargo, la insaciable ambición de los que le elevaron al trono le hizo pasar con frecuencia por situaciones tan denigrantes como amargas.

Formóse en contra suya un partido que le oponía un rival de cuidado al que había elegido rey: Esteban Szapolyai, hijo de aquel gobernador de Viena, á quien Uladislao debía principalmente la corona.

Las contiendas entabladas entre el partido del rey legítimo y el in-

truso fueron terribles: luchaban los nobles entre sí y los fuertes atropellaban á los débiles, devastando sus dominios, y eran continuas las discordias y las escenas borrascosas.

Uno de los próceres más ricos é influyentes, el duque Ujlaky, partidario del rey adventicio que eligió la conveniencia de los nobles insatisfechos, llevó su osadía hasta el extremo de invadir los mismos dominios reales.

A tamaña afrenta debía aplicarse una sanción ejemplar. Requerido el rebelde para responder del hecho, no se mostró arrepentido, ni siquiera procuró, con cualquier hábil protesta, ganarse la benevolencia real, sino que, según refiere Vambéry en su interesante *Historia de Hungría*, «llamó al rey buey desdeñosamente».

Uladislao, á pesar de la dulzura y bondad de su carácter, y de estar acostumbrado á la rudeza de sus vasallos, que en parte disculpaba la tosquedad de los tiempos, sintióse, como era de esperar, terriblemente ofendido en su dignidad de hombre y de rey.

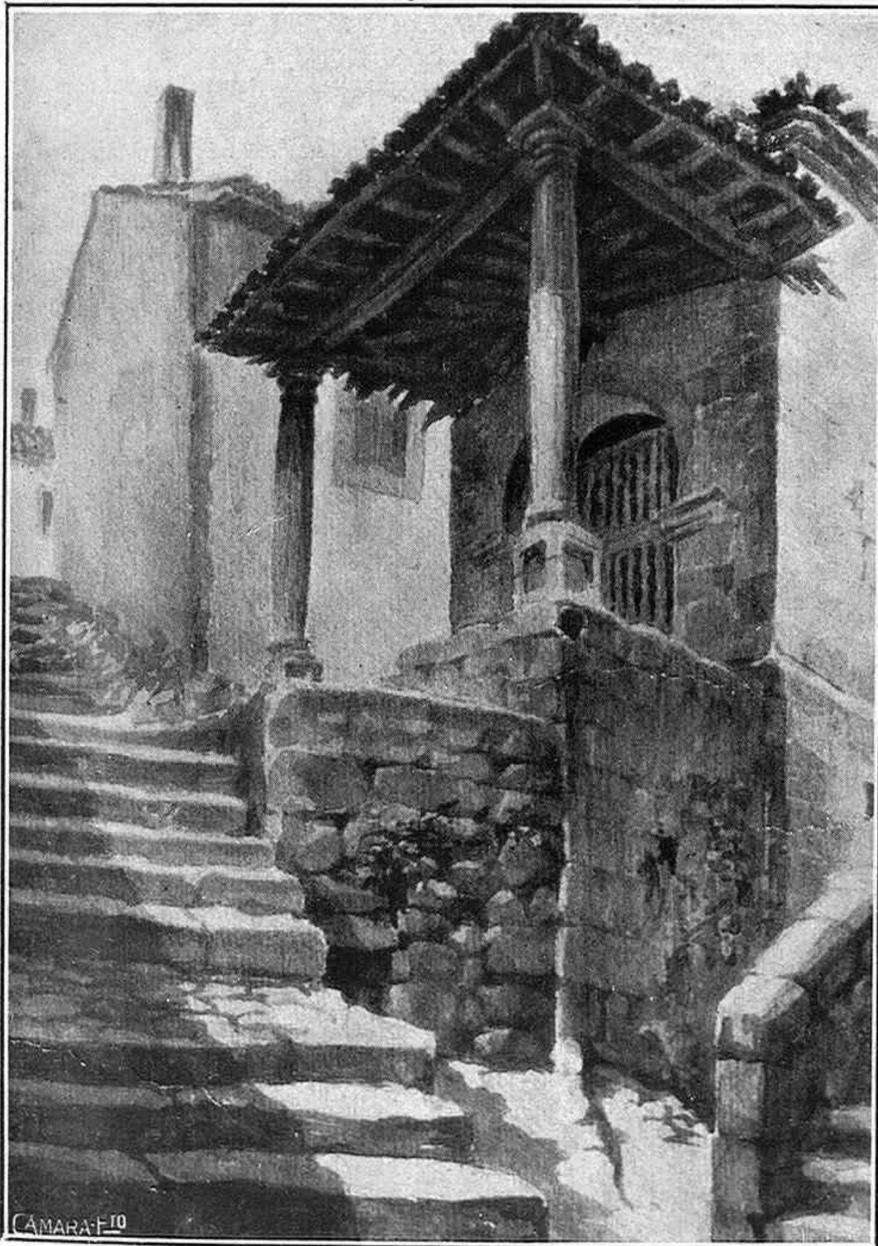
Para castigar insulto tan grosero como incalificable, y vengarse en su procaz ofensor, envió contra él un ejército, cuyo mando dió al vavoda de Transilvania, Bertalau Dragfy, con el mensaje, no menos feroz que el insulto que lo motivaba, «de que el segundo cuerno del rey estaba creciendo entonces, y que, por tanto, el rey combatiría á sus súbditos rebeldes con dos cuernos».

Szapolyai, palatino del reino y padre del rey nombrado por los sublevados, intervino en tan enojoso asunto, que amenazaba con los desastres de la guerra civil, ofreciéndose como intercesor. Uladislao advirtió á tiempo, ó le hicieron ver que la sospechosa intercesión del palatino sólo era un pretexto para excitar al pueblo á rebelarse contra su soberano, y creyó lo más acertado, en tales circunstancias, no extremar su justo rencor, sino perdonar generosamente á Ujlaky.

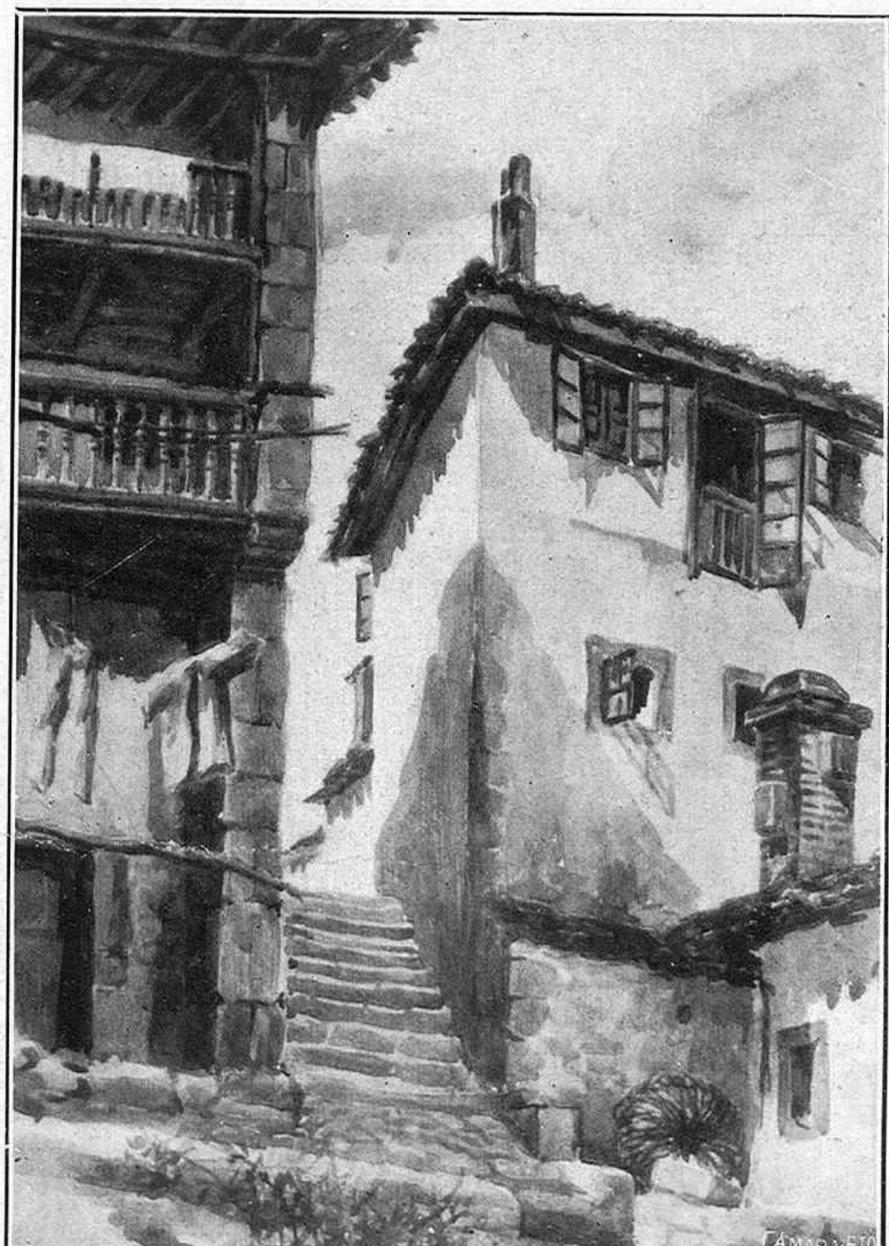
La muerte de la reina Ana de Candal, sobrina del rey de Francia, Luis XI, mujer de gran talento y entereza, sumió á Uladislao en vivo desconsuelo, que no aminoró en los diez años que sobrevivió á su esposa.

ALEJANDRO LARRUBIERA

RINCONES PINTORESCOS DE ESPAÑA



«La capilla de San José, de Lastres»



«Casas de marineros, de Lastres»

(Acuarelas del notable artista asturiano Tomás Bataller)

TIEMPOS PASADOS EL ARTE ESPAÑOL EN MÉJICO



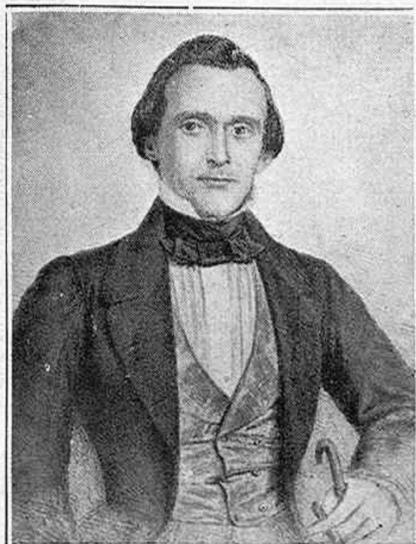
PILAR PAVÍA

HE aquí cuatro artistas — tres de ellos españoles — consagrados todos al arte escénico, intérpretes admirables de las producciones de nuestro teatro, y á ninguno de los cuales conocen ni han conocido los aficionados de la Península.

Durante mucho tiempo estuvieron estas litografías formando parte de una notable colección de retratos, que de las manos de mi padre vinieron á dar en las mías, sin que de las excelencias de tales artistas tuviera otra noticia que la que de su existencia pregonaban los grabados que para ilustrar este insignificante trabajo se reproducen é insertan en estas columnas. Indagué durante algún tiempo para satisfacer mi natural curiosidad, y ya desconfiaba de encontrar dato alguno que me llevase á identificar á los que yo tenía por comediantes notables; y cuando la inutilidad de mis esfuerzos llevaba á mi ánimo la duda sobre el mérito de estos artistas y aun sobre que fueran tales artistas, hallé alguna pequeña referencia acerca de uno de ellos: el llamado Manuel Fabre.

Véase todo lo que pude averiguar con respecto á este ciudadano: «Manuel Fabre. Nacido en Sevilla el año 1823. En 1841 fué contratado como galán joven por D. José Valero, con el cual actuó en el teatro de Granada. En 1842 figura ya como primer galán en Palma de Mallorca, y al finalizar el de 1843 fué contratado para trabajar en La Habana, ocupando un distinguido lugar en la Compañía de que entró á formar parte.»

Aquí perdemos el rastro de este actor. Ya sabemos algo; pero, ¿esto era suficiente á justificar el lujo de las litografías que tan poco se prodigaban en pasadas épocas? Al fin, y cuando menos lo esperábamos, un periódico que se publicaba en México allá por el año de 1856—*El panorama teatral*—, semanario de Teatros, Literatura, Modas y Variedades, vino á aclarar nuestras dudas. En él encontramos más precisas referencias de Fabre, Castro, Mata y la Pavía, que nos pusieron en antecedentes sobre su existencia, méritos y condiciones. Los cuatro artistas eran



ANTONIO CASTRO

popularísimos en los estados mejicanos, donde se habían a vecindado y donde vivían espléndidamente halagados por la popularidad y el aplauso público. Merced á los datos que *El Panorama* nos brindaba, pudimos am-

pliar nuestras noticias, y he aquí las que con referencia á estos casi desconocidos artistas poseemos:

PILAR PAVÍA

Catalana, nacida en Barcelona el 28 de Julio de 1837, hija de Francisco Pavía, primer bailarín y director de baile de algunos teatros de España y América. Heredera de las habilidades coreográficas de su progenitor, dábale la hija tan buena traza en imitar á los artistas que con él actuaban, que el buen bailarín decidióse á lanzar á su retoño por el camino del trezudo y la pirueta, poniéndole algunos bailes adecuados á la edad de la danzarina en ciernes—contaba Pilar á la sazón ocho años—, con los que obtuvo grandes éxitos en los teatros Tacón y Principal de La Habana y en el de Matanzas. Pasó después á México, y en la Compañía de D. Antonio Hermosilla ingresó niña aún, revelándose como desventueta y notable actriz; tanto, que Gorostiza, el imitador feliz de Moratín y autor de las comedias *Indulgencia para todos* y *Don Dieguito*, compuso para ella la titulada *Un casamiento aristocrático*, en cuyo desempeño aquilató la novel comedianta sus singulares méritos. Ya en el teatro Nacional, ya en el de Iturbide, encontramos posteriormente á esta actriz en calidad de dama joven, y convencidos de su capacidad artística que *El Panorama* y otros colegas suyos abonaron, suspendemos su persecución á través del tiempo, pródigo para la actriz española en toda clase de triunfos por tierras de América.

MANUEL FABRE

Damos con este comediante sevillano en Méjico el año 1845. Fué muy bien recibido por el público nacional, y actuó con beneplácito de todos hasta el año 1847, en que la invasión de los americanos le obligó á poner pies en polvorosa con rumbo á La Habana, de donde regresó de nuevo á Méjico una vez que desalojaron la capital los insurgentes. En Guanajuato y Guadalajara fué recibido con entusiasmo al decir de uno de sus panegiristas, colmándole el público de aplausos, lauro inmaterial y de cantantes y sonantes monedas de oro, de prosaica, pero de mucho más provechosa eficacia. En 1856 dirigía el teatro de Iturbide, y los mejicanos le celebraban á rabiarse en sus *incorporaciones*, como hoy se dice, de *El bufón del rey*, de Dumas; *Isabel la Católica*, de Rodríguez Rubí; *Alarcón*, de Luis de Eguílaz; *El zapatero y el rey*, de Zorrilla; *Flor de un día*, de Campredón; *Antonio de Leiba*, *El amante universal*, *Gabriela de Belle-Isle*, *El rey monje* y *Cada cual con su razón*.

Méjico, Guanajuato y Jalisco hicieron de este comediante su actor favorito. Y en España sin saber una palabra de él. Bien es verdad que en los escenarios del solar hispano hubiera tenido que luchar con Arjona, Romea, Valero y Catalina, entre otros excelsos representantes, y lo que él diría: «Más vale ser cabeza de ratón...»

JUAN DE MATA

Otro cómico español escapado á tierras de América para dar fe de la excelente solera artística del solar ibero. Nacido en Santoña el 8 de Febrero de 1810. Estuvo á punto de ser abogado; pero se frustró este designio de sus padres ante la tenaz resolución del presunto actor, á quien tiraban más los libros de dramas y comedias que el Digesto y las Pandectas.

No llegó á lucir sus habilidades de histrion en la Península, pues hizo su *debut* en Matanzas; continuó su aprendizaje por los escenarios de la isla de Cuba, y al fin se presentó en 1842 ante el público mejicano en el teatro de los Gallos, representando el papel de Podestá en el drama *Angelo, tirano de Padua*. Y en Méjico se quedó para siempre, dispuesto á hacer las delicias de los más ó menos apacibles *pelaos*. Y de que las hizo no hay duda, ya que de ello dan fe las múltiples gacetillas que hemos ojeado, relatando sus triunfos en la interpretación de obras tan dispares como la ya mencionada, *El hipócrita*, de Molière; *El primito*, *La batelera de Pasajes*, *El pilluelo de París*, *Carlos II el Hechizado* y otras del

repertorio más en boga por entonces en España; éxitos logrados, confirmados y aquilatados en los teatros de la capital y en los de Veracruz, Puebla y Querétaro.

ANTONIO CASTRO

Y vamos con el último. Así, al menos, nos resulta á

nosotros, no por sus merecimientos, sino porque algún orden habíamos de dar á esta enumeración de cómicos desconocidos. Este Castro no vió la luz en España, sino en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, el 2 de Mayo de 1816. Protegido por Gorostiza, se presentó en el teatro Nacional de Méjico, actuando sucesivamente en todos los coliseos de aquellos Estados, luciendo su buen arte en la interpretación de personajes eminentemente cómicos como el don Agapito de *Marcela* y el don Simplicio de *La pata de cabra*, y eminentemente dramáticos como el Andrés Lagranje de *La carcajada*. Este dramón acabó de enloquecer á sus paisanos; y uno de ellos, trastornado en más alto grado que los demás, disparó al bueno de Castro una oda en variedad de rimas que transcribiría con placer si no constara de cuatro cantos largos y no temiera contraer una enorme responsabilidad al abrumar á los lectores con tan grave pesadumbre.

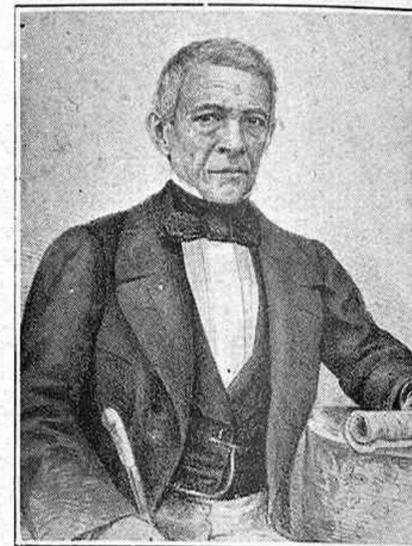
•••••

¿Era necesario revolver papeles viejos y emprender penosa peregrinación á través del tiempo en busca de las noticias biográficas que anteceden? Ciertamente que no. Pero, ¿podrá demostrarme alguien que esta labor es menos trascendente que otras muchas á que se dedica de continuo la actividad humana?

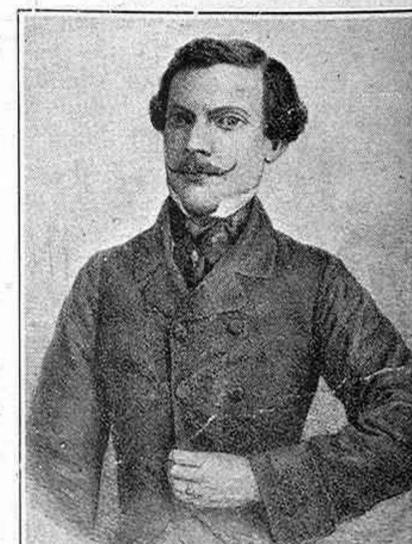
Después de todo, no es tarea tan baladí esta de enaltecer, siquiera sea someramente, las figuras de estos comediantes, que, lejos de España, han mantenido en remotas tierras el prestigio de nuestra tradición artística, haciendo pensar y sentir, reír y llorar á impulsos de ideas, imágenes, agudezas, pasiones y arrebatos expresados en el incomparable idioma de la madre común.

Quizás nada de esto valga la pena de tomarse la más mínima molestia. Yo, sin agraviar á nadie, creeré siempre que esto tiene por lo menos tanta importancia como vestirse unos más que holgados calzones, bailar el *chárleston* é inmortalizar á la *caraba*.

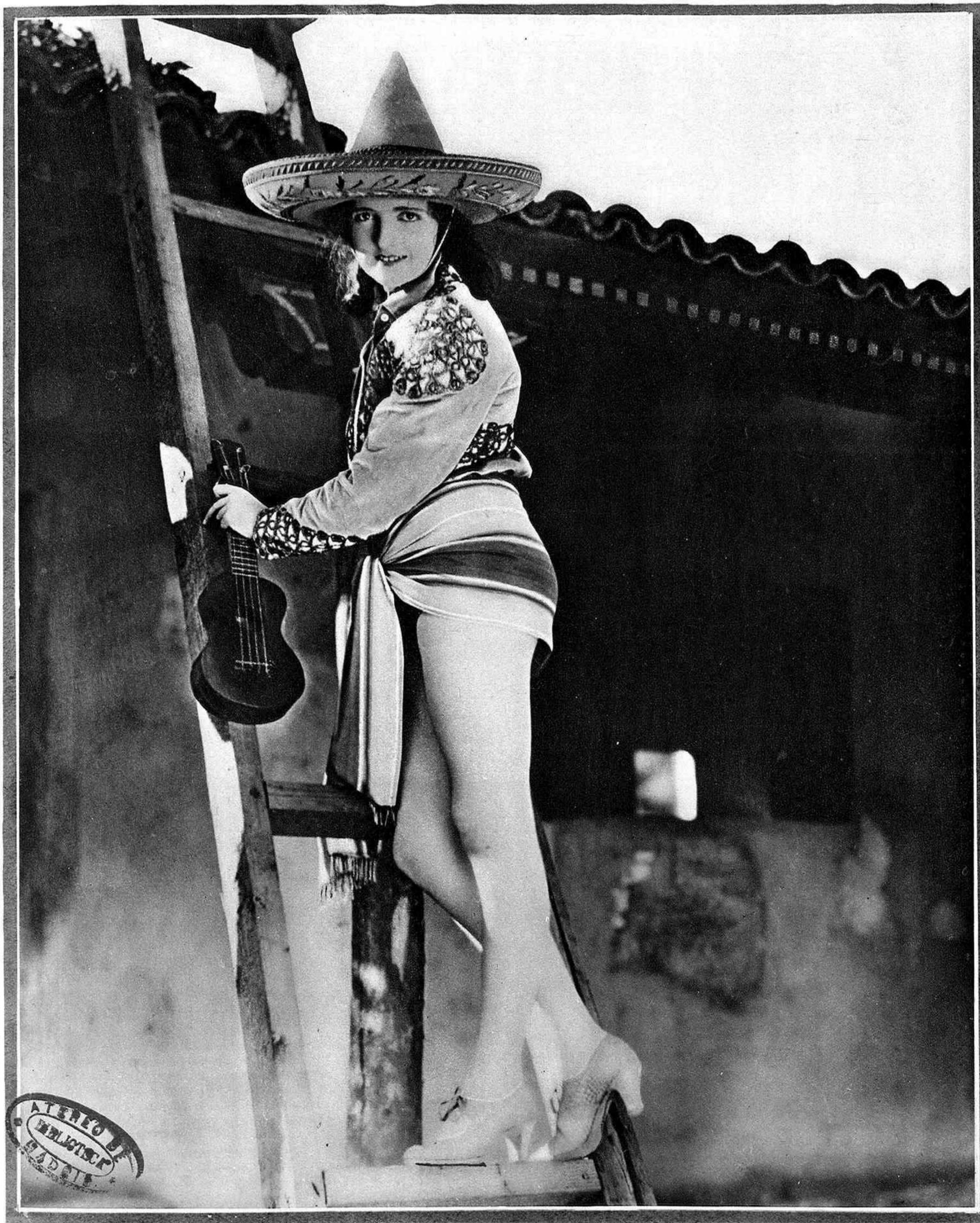
Victorino TAMAYO



JUAN DE MATA IBARZABAL



MANUEL FABRE



CINEMATOGRAFÍA

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA
ESPOSA POR DESPECHO

La gentilísima «star» cinematográfica Marie Francis, en uno de sus sugestivos papeles de las «Christie-Comedies»

FRANK Taylor, un colono recién llegado de Europa, trabaja á sueldo en la hacienda de su amigo Eduardo Marsh para ganar el dinero suficiente que más adelante habrá de permitirle trabajar su propia granja, la cual tuvo que abandonar por la pérdida de dos cosechas sucesivas.

En la hacienda de Marsh la faena de la recolección del trigo progresa rápidamente, á fin de que las tempranas heladas del norte no destruyan la cosecha. Ocupados en esta tarea en competencia con los elementos, llega á la granja un telegrama en el cual Nora, la hermana de Eduar-



Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson, ensayando una nueva película, en la que la gran actriz escandinava interpreta el papel capital

do, da aviso á éste de su próxima llegada, apresurada inesperadamente por la repentina muerte de la tía con quien vivía en Londres. Muy á pesar suyo, Frank es el encargado de ir á recibir á Nora á la estación del ferrocarril. La diferencia de caracteres no tarda en manifestarse. Nora trata á Frank como á cualquiera de los peones de la granja, sin parar mientes en las consideraciones que para él tiene Eduardo. La soberbia actitud de Nora hace nacer en el corazón del joven colono una profunda antipatía, la cual no se manifiesta ruidosa y estrepitosamente por respeto á su hermano. No sucede así, sin embargo, con la esposa de Marsh, quien, cansada de verse humillada y tratada peor que una criada por la señorita advenediza que «ni tan siquiera sabe coser un botón ó freir un par de huevos», obliga cierto día á Nora á darle una satisfacción, por todas las injurias inferidas, ante todos los empleados y jornaleros de la hacienda. Obligada á ello por su propio hermano, quien no podía resignarse á perder á su esposa, Nora se humilla; mas apenas los testigos de su vergüenza se han retirado, con excepción de Frank, la joven se

acercó hacia él y, sin poder ocultar su despecho, le dirige estas palabras:

—¿No dijo usted ayer que le hacía falta una esposa para que le cocinase, cosiese y lavase? ¿Serviría yo para el caso?

Al día siguiente, cumplidas ante el juez correspondiente las formalidades que habían de convertir á Frank y á Nora en marido y mujer, una carreta arrastrada por dos caballos se detiene ante la desvencijada choza de la granja de Frank, donde los dos esposos se disponen á pasar la luna de miel, pues no podía ser de miel el resultado inmediato de una boda en la cual no había contribuido el amor, sino el odio y el despecho.

Pasan los días, las semanas, los meses... Frank y Nora viven en el estrecho recinto de la cabaña que les sirve de jaula, como si fuesen dos desconocidos, silenciosos y apartados en apariencia; mas, en realidad, terriblemente juntos.

Cansado un día de aquella situación intolerable é insólita, Frank echa en cara á su esposa su incalificable conducta. Indignada ésta, descuelga un rifle y se dispone á dispararlo sobre su esposo. Este, de pie, á poca de distancia de ella,

espera, impasible, la descarga. La presión del dedo hace caer el gatillo, pero el disparo no tiene efecto por la sencilla razón de que el arma está descargada. Para probar á su esposa, Frank carga el rifle y lo coloca en manos de aquella. Nora arroja el arma á un lado sin intentar utilizarla.

•••••

Los solitarios meses de invierno canadiense que pasaron juntos, forjaron una cadena irrompible entre ellos... El odio huyó del corazón de Nora y la paz renació en el de Frank... El compromiso formalmente contraído era religiosamente observado... La felicidad comenzaba á vislumbrarse en la humilde cabaña del granjero.

Pasan más meses. Asesorada por Patricio, e cocinero de la granja de Marsh, quien acudió al llamado secreto de Frank para que diese unal cuantas lecciones de cocina á Nora, ésta no sólo se convierte en una excelente cocinera, sino que también comienza á dar inequívocas pruebas de ser una perfecta ama de casa, todo lo cual contribuye á disipar la atmósfera de incomprensión.



Greta Nissen, la deliciosa «estrella» alemana, en su interpretación de la nueva comedia cinematográfica «El pecado vulgar»

y desconfianza que hasta entonces había mantenido alejados a los dos esposos.

Y así llega el verano, y el campo de trigo que Frank amorosamente cultivara con sus propias manos, y en el cual cifra todas sus esperanzas, parece un ancho mar de doradas espigas tostándose al sol de Agosto, mientras aguardan, balanceándose al viento, el momento de ofrecer sus cuellos sutiles a la impía hoz del segador.

Mas la víspera del día que debían llegar los segadores dispuestos a la ardua tarea de la siega, negros nubarrones aparecen en el horizonte; un viento huracanado agita furiosamente las espigas de trigo, las cuales abaten sus rubias cabezas, para desaparecer enterradas pocos minutos después por una helada capa de nieve, tan trágica como prematura en aquella época del año.

En la choza de Frank todo es tristeza y desaliento... La ruina y el hambre con su figura de

lobo habían llamado a la puerta del granjero.

—Lo siento más que nada porque necesitaba el dinero de la cosecha para mandarte a Inglaterra—le dice Frank a su esposa, quien le escucha con la cabeza baja sin osar pronunciar palabra.

—De todas maneras podrás ir... Con este cheque tendrás bastante para el pasaje y todavía te sobrará dinero—añade Frank, poniendo en la mano de su esposa el cheque que días antes los testamentarios de la tía de aquella le habían remitido de Inglaterra.

—¿Quieres que me vaya?—le pregunta Nora a su esposo.

—Sí, vete a Londres. Allí serás más feliz—replica aquél, y en seguida añade:—Patricio te acompañará a la estación mañana temprano.

Al día siguiente, muy de mañana, la misma carreta que un año antes se detuviera silenciosamente ante la puerta de la granja de Frank Tay-

lor, con la joven pareja de recién casados, avanza lentamente hacia la estación del ferrocarril.

—¿Qué le pasa?—le dice Patricio, el conductor de la carreta, a Nora, al verla tan triste y compungida.

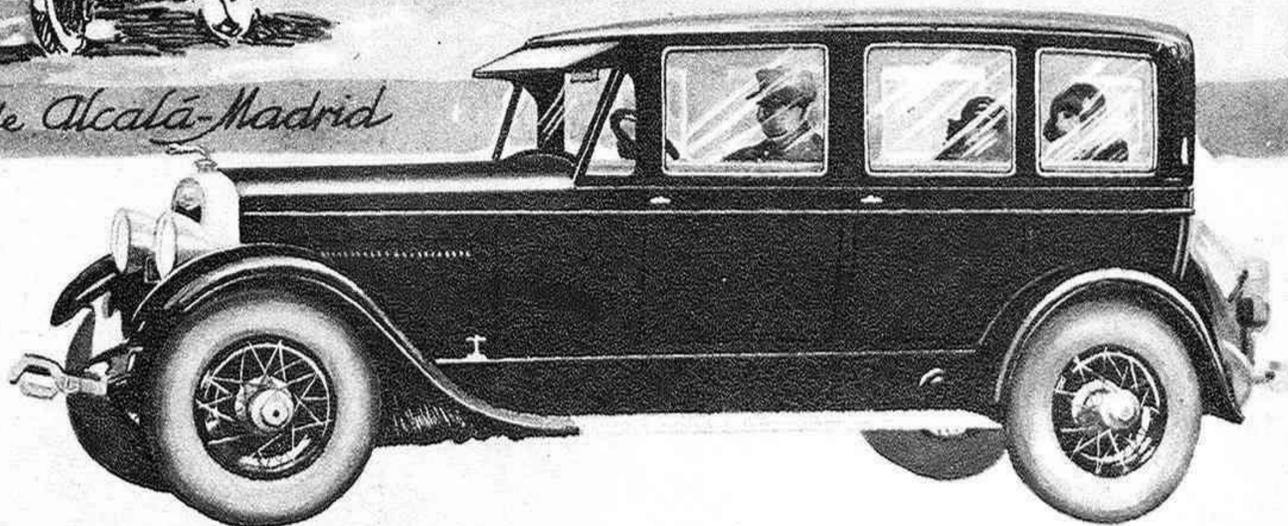
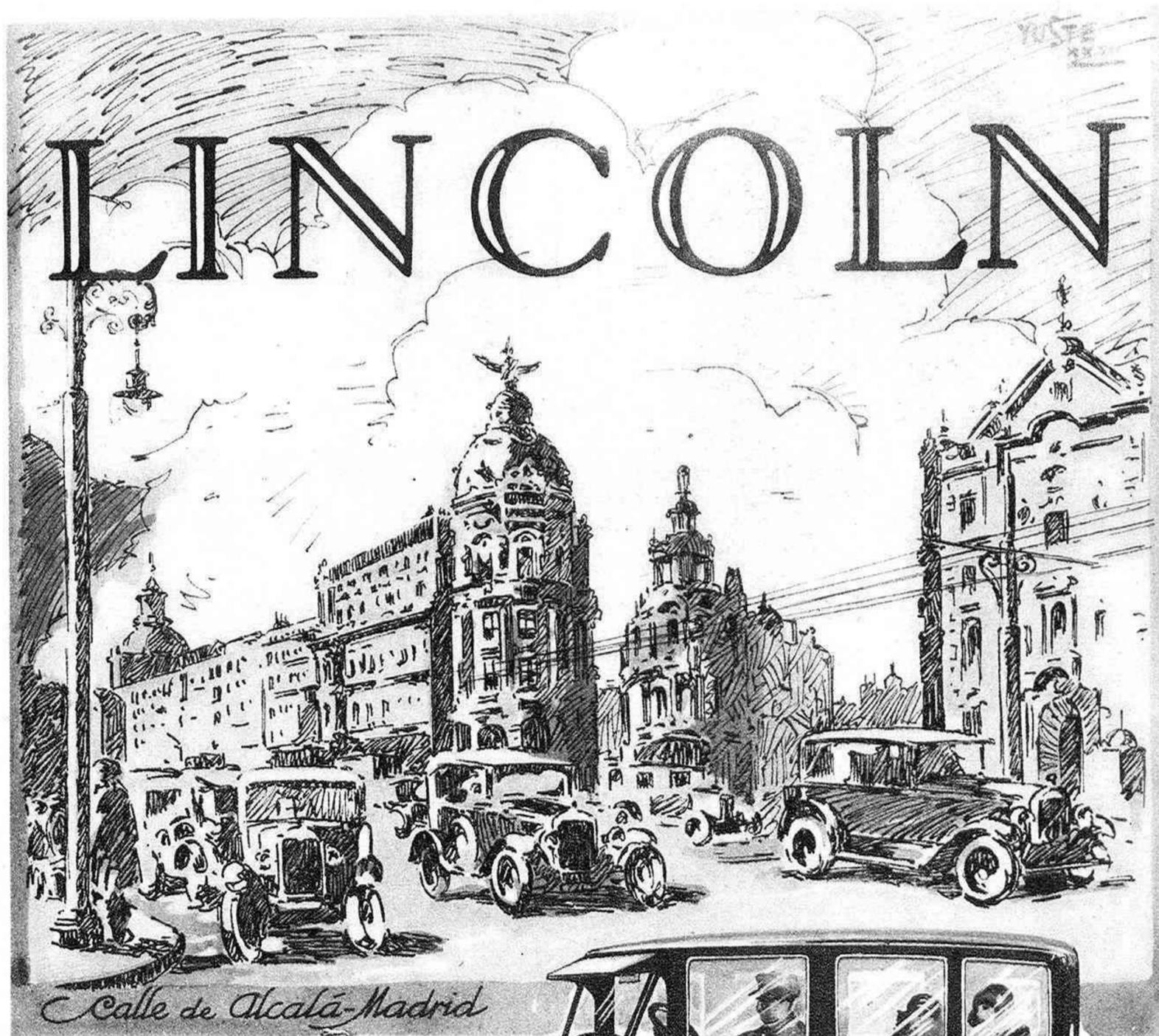
—No quiero marcharme—replica la joven.

El buen Patricio, astuto y sagaz como todo campesino, comprende perfectamente lo que aquellas palabras significan, y disminuye en seguida la marcha de la carreta.

Cuando el perezoso vehículo está a un cuarto de milla de distancia de la estación, el tren que Nora debía haber tomado pasa velozmente sin detenerse siquiera.

Momentos después, la carreta vuelve a pararse ante la cabaña del granjero y de ella salta Nora para arrojarse, con los ojos arrasados en llanto, en brazos de su esposo.

Patricio sonríe socarronamente...



En Madrid, como en los grandes «boulevards» de las principales urbes, circulan los majestuosos automóviles LINCOLN, los que, al ser reconocidos, instantáneamente son proclamados como el coche más perfecto y elegante.

Sistema de seis frenos á las cuatro ruedas.

Salones de Exposición en las principales capitales de provincias.

MADRID

Av. Pi y Margall, 11

BARCELONA

Diputación, 279

Ford Motor Company. LINCOLN Barcelona

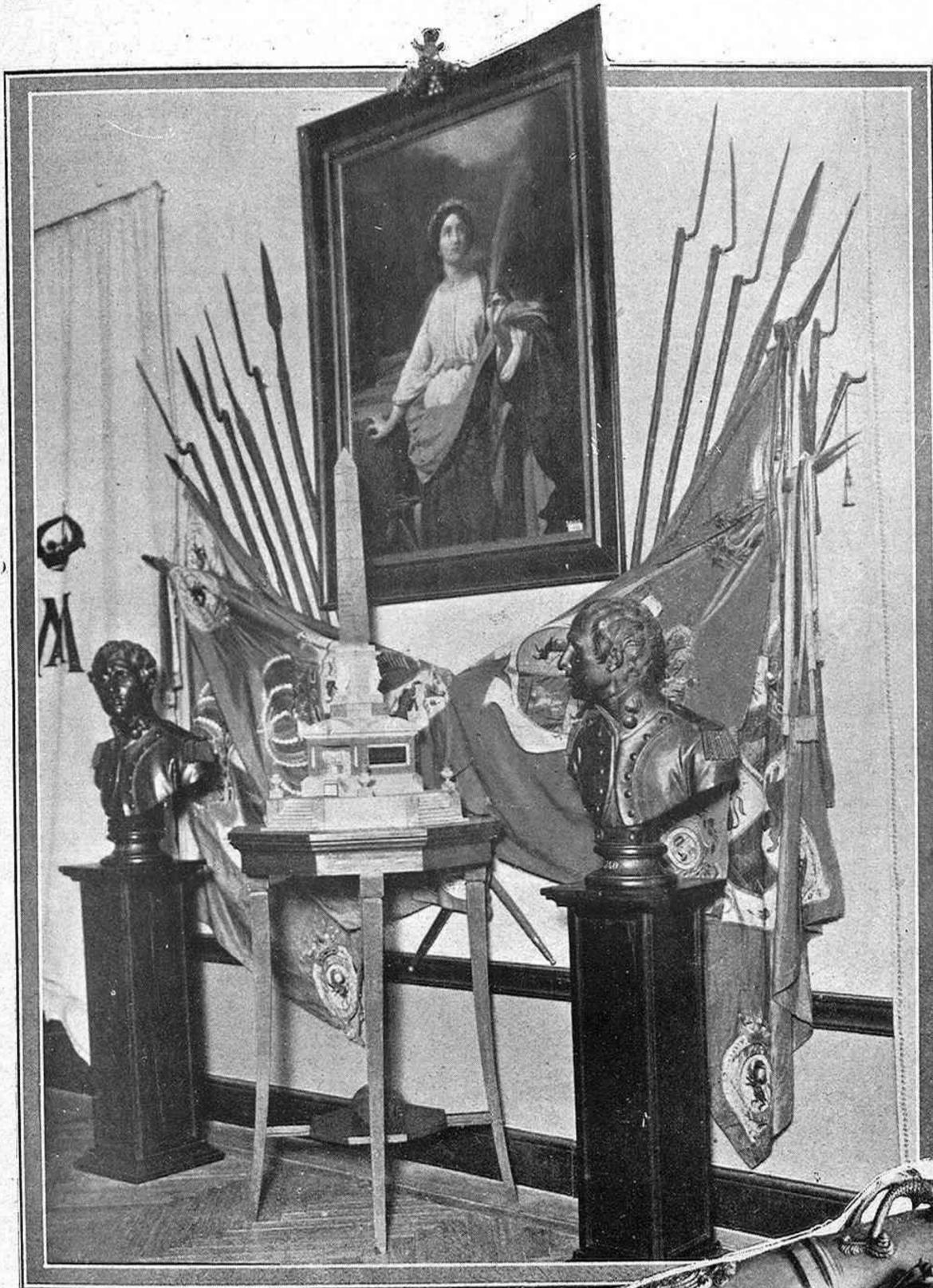
EL 2 DE MAYO DE 1808

LA TRAGICA Y GLORIOSA AVENTURA

EN MONTÓN Y GAVILLA

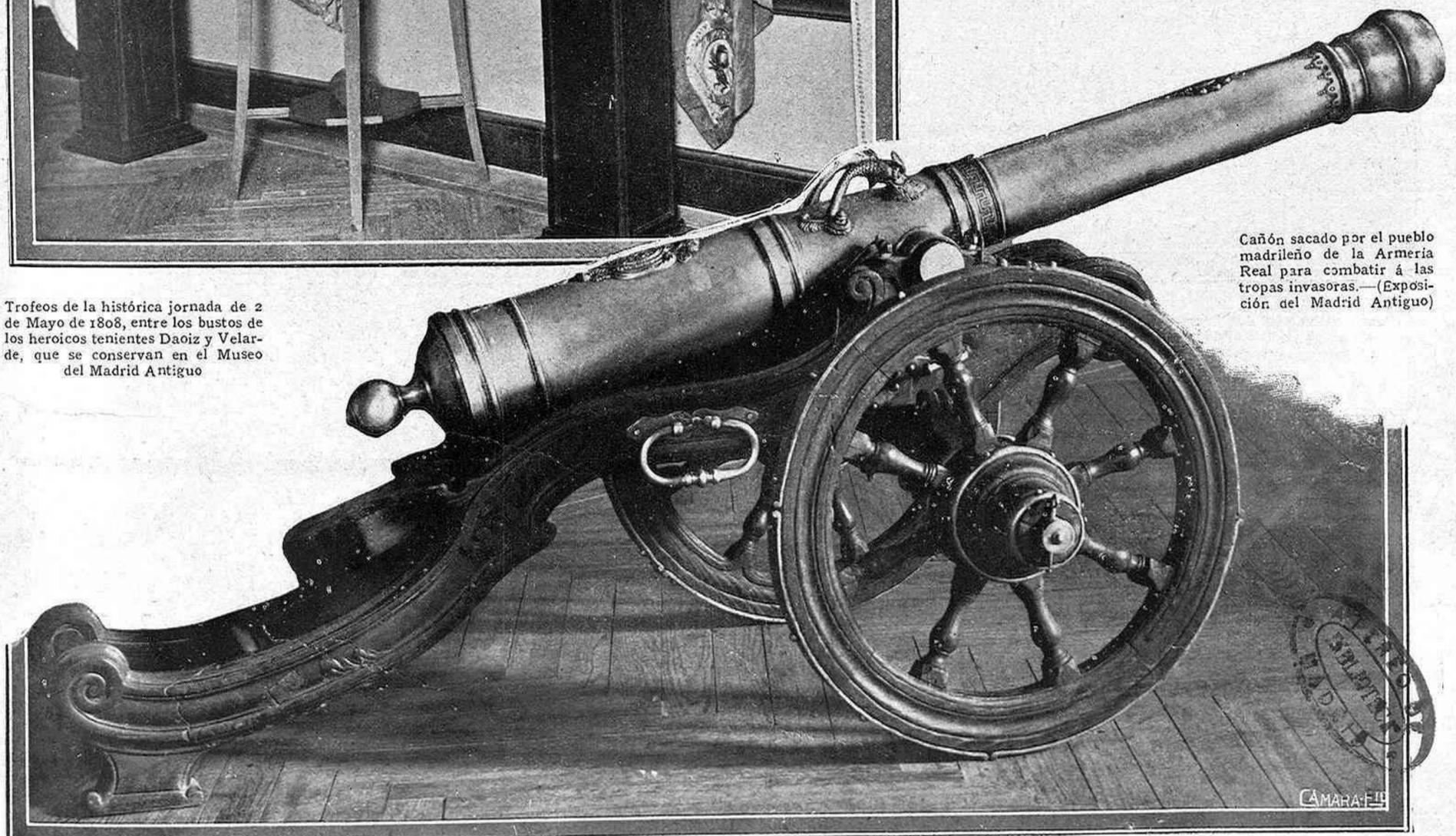
DEJA el segador la hoz, el gañán la yunta, el pelantrín su capacho, el albañil su plomada, el minero su traje de topo, el estudiante sus libros, el abogado sus pleitos, el fabricante sus máquinas, el burócrata su despacho, los frailes sus conventos, los canónigos sus catedrales, los médicos sus enfermos, el poeta sus fantasías, el político sus enredos, el truhán sus rapiñas y el monje su cenobio: y todos, pobres, medianos y ricos, jóvenes y valetudinarios, cambian las armas del trabajo por las de la pelea, y en montón y gavilla oponen al invasor la muralla de sus pechos.

Desde el Pirineo á Gibraltar, esta piel curtida de la vieja Iberia tiembla de rabia y de ira al sentir sobre ella la bota del soldado francés. Napoleón ha clavado su garra de hierro en la carne doliente de nuestro pueblo. ¿Qué pueden oponer los españoles á los invictos soldados franceses, que han aniquilado á los grandes ejércitos europeos coaligados? España, pobre, abatida, miserable, sin recursos, sin armas, sin ejército, entregada en las manos torpes de un valido—Godoy—, y bajo el reinado de un rey apático y abúlico—Carlos IV—, gime bajo el despotismo, la tiranía y el hambre. ¿Qué ha quedado de las mesnadas guerreras españolas que asombraron al mundo en Favía, San Quintín y Otumba? ¿Dónde están los grandes capitanes, los claros varones de los Tercios, los soldados gloriosos cuyos nombres son honra y prez de la patria: Gran Capitán, el duque de Alba, Pizarro, Hernán Cortés?... ¿Cómo hacerle cara á las vencedoras falanges napoleónicas, cubiertas de gloria en cien combates y llevando al frente generales como Murat, Ney, Kellerman y Bonet? ¿A quién volver los ojos en tan duro trance? Los hombres de Estado españoles, creyendo inútil todo esfuerzo para derrocar al invasor, se



Trofeos de la histórica jornada de 2 de Mayo de 1808, entre los bustos de los heroicos tenientes Daoiz y Velarde, que se conservan en el Museo del Madrid Antiguo

Cañón sacado por el pueblo madrileño de la Armería Real para combatir á las tropas invasoras.—(Exposición del Madrid Antiguo)



CÁMARA-FE



NAPOLEON.

El primero y último, por la ira del cielo: Emperador de los Jacobinos: Protector de la confederación de ladrones: Mediador de la liga infernal: Gran Cruz de la legión de horror: General en jefe de las legiones de esqueletos, que dexó en Moscow, Smolensk, Leipzig &c. Caudillo de prófugos: Gran sacerdote de comedia del Sanhedrin: Profeta de farsa de los Musulmanes, Columna de escarnio de la fe cristiana: Inventor del método sirio, para deshacerse de sus propios enfermos con un tósigo, y de los prisioneros á bayonetazos: Primer sepulturero, para enterrar vivos: Carcelero mayor del Padre santo, y del Rey de España: Destructor de coronas, y fabricante de condes, duques, príncipes, y reyes: Aduanero principal del sistema continental: Protocarnicero de la matanza de París, y Tolon: Homicida de HOFFER, PALM, WRIGHT, y hasta de su propio príncipe, el noble y virtuoso duque de Enguien, y de mil otros: Sobornador de embajadores: Gran almirante de las balsas de desembarco en la costa: Copero del veneno de Jafa, Archicanciller de los tratados en papel de estraza: Arquitectorero del pillage del mundo: el sanguinario insensato, asesino, é incendiario.

Esta pintura geroglífica del destructor, es copiada puntualmente de un retrato inglés, y este de otro alemán, con el catálogo irrisorio de sus títulos usurpados. El sombrero del destructor representa una águila francesa derrotada, mutilada, y agazapada despues del combate con las águilas del Norte: su rostro se compone de los esqueletos de las víctimas de su locura y ambición, que perecieron en los llanos de Rusia, y Saxonia: su cuello está rodeado del mar bermejo, aludiendo á sus ejércitos ahogados en él mismo: su charretera es una mano que conduce la confederación del Rhin, baxo el símbolo de una débil telaraña: la araña es un emblema de la vigilancia de los aliados, que ha dado á aquella mano una picada mortal.

Estampa antinapoleónica impresa en Madrid y distribuida entre el pueblo madrileño en los primeros meses del levantamiento nacional de 1808. Es un curioso dibujo simbólico, en el que los principales rasgos fisonómicos y las prendas del uniforme imperial están representados por figuras humanas, alimañas, etc., que subrayan y acentúan las violentas acusaciones del texto contra el invasor de España

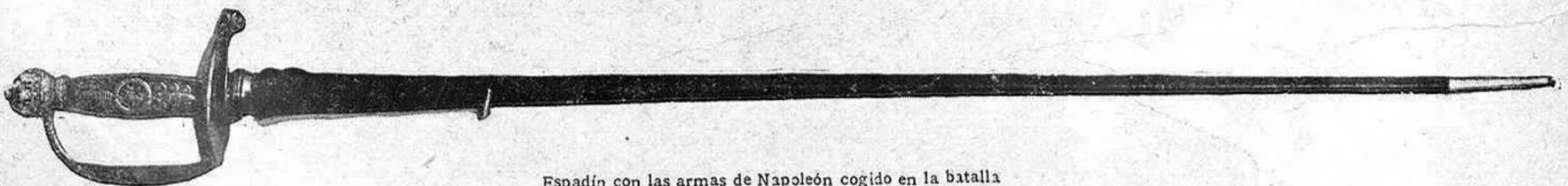
hacen apóstoles del «napoleonismo». Se forma un gobierno en Bayona compuesto por personalidades como Urquijo, Azanza, Mazarredo y Cabarrús. Se pide la colaboración de Jovellanos, y el gran patricio rechaza ofendido la oferta de un ministerio. Los cucos y escurridizos, que no miran más que á su medro, interrogan el porvenir y tratan de mostrarse neutrales. Algunos embarcan sus joyas y ricos petates y se marchan al Extranjero, esperando la hora propicia de la paz. En Bayona, Godoy se deshonorra firmando, como plenipotenciario de Carlos IV, el tratado por el cual cede al Emperador de los franceses todos los derechos á la corona de las Españas y las Indias. Otro español, el canónigo Escoiquiz, firma, envileciéndose, otro tratado en nombre de Fernando VII, en que éste renuncia también á la corona. Lluven proclamas escritas por manos doctas pidiéndole al pueblo resignación y mansedumbre, mientras resuenan en el país las pisadas de la caballería extranjera. Y frente á esta mancha negra, turbia y sucia de los cobardes y remisos, de los antipatriotas y renegados, de los solapados y arteros, fulge esplendorosa la llamada viva, el encendido gesto, el ademán altivo, prócer, de los grandes patriotas, que se ponen al frente del pueblo y lo enardecen y lo invitan á defender su dignidad y su patria: Floridablanca, Jovellanos, Palafox, Daoiz, Velarde, Mina, Morillo, Castaños y el Empecinado...

UNA CARTA QUEMADA POR EL VERDUGO]

No hay tiempo que perder. Las provincias nombran cada una una Junta de Defensa, compuesta de los hombres más esclarecidos. Para unificar la acción, estas Juntas delegan su mandato en la Suprema, que es una agrupación de varones de limpia historia, llenos de años y de virtudes, acérrimos partidarios de la libertad de su patria, á cuyo frente, según Jovellanos, se puso «el hombre que era entonces más respetado de la nación, así por sus venerables canas como por la reputación de sus talentos políticos y larga experiencia en el gobierno: Floridablanca.»

Esta Junta de grandes patriotas, cuando las avanzadas del ejército invasor asoman con sus bagajes cerca de Aranjuez, hacen el juramento de *no oír ni admitir proposición alguna de paz sin que se restituya á su trono el soberano legitimo, y sin que se estipulase por primera condición la absoluta integridad de España y de sus Américas, sin la desmembración de la más pequeña aldea.*

Napoleón se vale de los españoles renegados y antipatriotas que tiene á su servicio, y á los que trata como lacayos, para socavar la fortaleza de los ilustres miembros de la Junta, por medio de espléndidas dádivas, promesas de poder y de



Espadín con las armas de Napoleón cogido en la batalla de Vitoria con el equipaje del Rey José
(Exposición del Madrid Antiguo)



Sable de Murat, quitado por el pueblo de Madrid á un ordenanza francés que lo llevaba á Fuencarral el 2 de Mayo de 1808
(Exposición del Madrid Antiguo)
(Fots. Díaz Casariego)